

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN MARTIN- UNSAM**  
**IDAES- Instituto de Altos Estudios Sociales**  
**“Maestría en Clínica Psicoanalítica”**

**TESIS DE MAESTRÍA**

**Directora: Dra. Inés Sotelo**

**Maestranda: Prof. y Lic. Inés Tomé**

**Cohorte 2017**

**LA URGENCIA QUE DESPIERTA,  
el lugar del analista como lector.**

## INDICE

Epígrafe.....	5
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>6</b>
<b>CAPITULO I: Lo que se lee, lo que se des-lee.....</b>	<b>9</b>
Sobre la urgencia.....	9
¿Qué es un lector?.....	16
Marcas de lectura.....	23
La escritura a solas.....	25
<b>CAPITULO II: La interpretación, “saber leer de otro modo” .....</b>	<b>28</b>
Lo que se lee.....	28
J. Lacan: lector de S. Freud, S. Freud lector de Scheber.....	30
Sobre un film de lectores de Jame Joyce.....	32
La interpretación analítica .....	33
La interpretación por fuera del sentido.....	46
¿Cómo interviene el analista en la urgencia? .....	49
La dimensión del tiempo en la urgencia .....	55
El camino de la palabra .....	58
El golpe del despertar.....	61
<b>CAPITULO III: Entre el sueño y el despertar .....</b>	<b>67</b>
Fenómenos que tocan lo real: Trauma, perplejidad y angustia .....	67
Sueño y pesadilla.....	84
Lo que despierta una consulta.....	94
<b>CAPITULO IV: Entre el grito y lo mudo.....</b>	<b>97</b>
La obra El grito de E. Munch .....	98

El grito desde una lectura psicoanalítica .....	100
Lo mudo de la pulsión, las impulsiones.....	105
Precipitación a la acción: Pasaje al acto y acting out .....	108
<b>CAPITULO V: Despertar del analista.....</b>	<b>113</b>
Escritura del caso clínico.....	115
Dispositivo de Cartel del Pase.....	117
Dispositivo del Cartel.....	118
Dispositivo de Control .....	122
<b>CAPITULO VI: Historias con urgencias.....</b>	<b>126</b>
Presentación de enfermos: Despertar.....	126
Testimonio de Pase: Débora Ravinovich (AE 2014-2017) .....	132
<b>CONCLUSION: Concluir sin certezas .....</b>	<b>137</b>
Poema.....	142
Agradecimientos .....	144
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>145</b>

*“Si me preguntaban por la imagen de un lector, me lo imagino sentado con su lámpara en penumbras, leyendo solo. Dos intimidades, la del lector y la del autor, intercambian correspondencia... Así conforman (con muchos otros) la esfera pública de los libros: estoy solo pero no estoy realmente solo”*

*Alexander Kluge*

## INTRODUCCIÓN

Para comenzar este trabajo de investigación se parte de una afirmación que sostiene Jacques Lacan en el *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, quien afirma que “el análisis, más que ninguna otra praxis, está orientado hacia lo que, en la experiencia, es el hueso de lo real.” (Lacan, 2003, 61). A partir de situar esto es que él se pregunta ¿dónde encontramos ese real? y entonces sostiene que lo que fue descubierto por el psicoanálisis es que se trata “de una cita siempre reiterada con un real que se escabulle.” (Lacan, 2003, 62).

Si, por un lado, se puede ubicar entonces que lo real se escabulle, por otro lado, la definición de la urgencia nos acerca a pensar que ella, por el contrario, revela más bien algo del orden del encuentro con lo real. La urgencia nos muestra “lo real como lo imposible de soportar para un sujeto al que nada divierte”, tal como lo conceptualizó Jacques Lacan en el Hospital Stte Anne, teniendo en cuenta que el término divierte, *varité*, se traduce en variedad, es decir, allí donde nada varía, donde “en las urgencias lo imposible de soportar es el quedar inmerso en la repetición de lo mismo donde la dimensión del sujeto queda totalmente arrasada.” (Sotelo, 2007, 25)

En el seminario mencionado aparece lo real llamado como encuentro, es decir, se produce una repetición en el marco de un encuentro, y para explicar esto Jacques Lacan introduce el término aristotélico llamado *automaton*, para situar el principio mismo de repetición, allí donde al sujeto se le presenta una circunstancia inesperada, y este la asimila debido a que lo que sucede permanece dentro del orden de los significantes que ya conoce. Y diferencia este término de la *tyche*, que es un encuentro de otro orden, debido a que lo que surge es del orden de lo desconocido para el sujeto, no ha estado anteriormente. Es decir, que algo se torna allí como inasimilable, en el sentido de que no puede ser absorbido por el funcionamiento propio del proceso primario. Hasta que ese encuentro se produjo reinaba la homeostasis orientando el funcionamiento del principio de placer. “El encuentro del tipo *tyche* correspondo entonces al surgimiento de un elemento que permanece no ligado por el aparato psíquico, y por lo tanto por la red de significantes.” (Koretzky, 2019, 116).

Surge la pregunta a partir de este trabajo de investigación si es posible localizar la urgencia del lado de la *tyche*, en tanto momento de ruptura en la cadena significativa. ¿Se puede ubicar allí lo que despierta? Pregunta que guiará el recorrido de la tesis.

Será esto puesto a trabajar partiendo también de que en el campo psicoanalítico Inés Sotelo se pregunta “¿Qué se lee en una urgencia?” Es así como ubica que en la clínica los modos de presentación de la urgencia, más allá de lo singular de cada caso, siempre nos encontramos con aquello que “confronta al sujeto con el exceso: ruptura, quiebre del equilibrio con que la vida se sostenía”, (Sotelo, 2009, 26), dicho quiebre se puede producir en relación a los lazos con los otros, con el trabajo, con el pensamiento o hasta con el propio cuerpo, allí donde se produce “la irrupción de lo real, del fuera de sentido que conduce al sujeto al abismo, al grito sin articulación significativa” (Sotelo, 2009, 26).

Entonces la urgencia, se puede entender como un “grito, en tanto ficción lógica por fuera de la palabra”, y se intentará que se transforme en llamado en tanto el analista se ubique en el lugar de Otro “que acusa recibo sancionando con su poder discrecional, aquello que escucha.” (Sotelo, 2009, 27). Se tomará la cuestión del grito para trabajarla en un capítulo en oposición a lo mudo, al silencio de la pulsión. Ubicando allí el pasaje al acto y al acting out en tanto dan cuenta del actuar en desmedro del decir.

Es interesante señalar también que hay fenómenos que tal como lo describe Eric Laurent “tocan lo real” (Sotelo, 2009, 17) tales como el trauma, la perplejidad, la angustia. La angustia da una idea de estos fenómenos y “la arrancan de la idea de considerar la vida como un sueño.” (Sotelo, 2009, 17) Se dedicará otro capítulo a trabajar sobre estos fenómenos, localizando la diferencia entre el sueño y el despertar.

Este trabajo considera también que, frente a la prisa por concluir propia de la urgencia, donde la vivencia subjetiva se presenta como que no hay tiempo “el analista propone una pausa, en principio para leer lo que acontece.” (Sotelo, 2009, 29). Así es como esa pausa apunta a la apertura de un segundo tiempo, al que Lacan llama tiempo de comprender, allí donde propone “un tratamiento de

lo real por lo simbólico separando al sujeto de los significantes que lo alienan.” (Sotelo, 2009, 30).

Es decir, que el analista se ofrece como lector, allí donde en la urgencia algo queda *desleído*; el analista apuesta a abrir el tiempo de comprender para que se produzca una operación de lectura, tiempo que le permitirá luego intervenir, “a partir de ubicar el decir, la enunciación en tanto posición del sujeto que enuncia.” (Sotelo, 2009, 29). Se partirá del campo de la semiología y la literatura, para pensar luego que implica ser un lector dentro del campo psicoanalítico.

Jacques Lacan también nos advierte que el analista no está exento de experimentar, en determinados momentos de su práctica cierta angustia. Es por eso que se investigará sobre cuáles son los dispositivos con los que cuenta el analista para resolver sus propias urgencias, aquellos que le permitirán armar par, su al menos dos.

Finalmente se realizará una articulación teórico clínica, para trabajar los conceptos que se han ido desarrollando a lo largo de la tesis, a partir de dos casos tanto de la clínica de la psicosis, como de la neurosis.

Dos preguntas centrales guiarán el desarrollo de esta investigación: ¿Qué despierta en la urgencia? ¿a quién despierta?; y ¿qué es un lector? Para pensar luego el lugar del analista como lector de la urgencia y su modo particular de intervenir allí.

## CAPITULO I

### Lo que se lee, lo que se *deslee*.

*“Que otros se jacten de las páginas que han escrito;*

*A mí me enorgullecen las que he leído.”*

*Jorge Luis Borges.*

Para comenzar la siguiente investigación se recogerán los conceptos que serán puestos a trabajar en la siguiente tesis, extraídos de algunos autores que harán sus aportes al tema elegido, ya que tal como lo plantea Leonardo Gorostiza “no hay investigación individual” (Gorostiza, [www.cuartromasunoeol.com](http://www.cuartromasunoeol.com)) es decir que el Otro está siempre presente, hay con estos Otros una interlocución permanente, por lo tanto, él nombra a esta aventura increíble una invención colectiva de saber, ésta será la orientación.

#### Sobre la urgencia

La urgencia, cuyo origen de la palabra remite al verbo urgir, significa según la Real Academia Española: “pedir o exigir algo con apremio”, por ende, la urgencia es definida como la “necesidad o falta apremiante de lo que es menester para algún negocio” ([www.dle.rae.es](http://www.dle.rae.es)). Por lo tanto, la urgencia es una situación apremiante que requiere una atención inmediata. Este concepto se origina en el ámbito médico, y esta es definida como “la aparición fortuita, imprevista o inesperada, en cualquier lugar o actividad, de un problema de causa diversa y gravedad variable que genera la conciencia de una necesidad inminente de atención por parte del sujeto que lo sufre (o de su familia).” (Sotelo, 2015, 65) Dicha consulta aparece sin cita previa y se caracteriza por presentar cierta prisa por ser resuelta.

Para la psiquiatría, en cambio, la urgencia se define como “la situación en la que el trastorno del pensamiento, del afecto o de la conducta es en alto grado disruptivo, que el paciente mismo, la familia o la sociedad, consideran que

requiere atención inmediata.” (Sotelo, 2015, 66). Estos trastornos pueden ser manifestaciones de una alteración psicológica aguda que pueden poner en riesgo la seguridad para sí o para terceros, o incluso puede presentarse como un comportamiento altamente desorganizado. La psiquiatría la reduce a la cuestión de la clínica de la mirada, y del acallamiento del síntoma, quizás en un sentido dormitivo.

Dentro del campo psicoanalítico, clínica de la escucha, la urgencia aparece definida como “aquello que da cuenta de cierta ruptura”, según Inés Sotelo quien describe que ésta se presenta “como dolor, como sufrimiento insoportable, como ruptura aguda. Freud decía quiebre de la homeostasis con que la vida transcurría” (Sotelo, 2007, 26). Es así como en determinado momento que no necesariamente debe coincidir con hechos que sean objetivamente graves se produce el quiebre de la homeostasis con que la vida sucedía hasta ese momento. Se rompe el equilibrio y esto puede suceder tanto en lo que sostenía las relaciones con los otros, con el trabajo, con los lazos amorosos y familiares, con los pensamientos, o hasta con el propio cuerpo. Esta ruptura va a requerir de cierta intervención por parte de los profesionales que la reciban, tal como lo considera la autora.

Es importante señalar que la urgencia como se mencionaba no necesariamente implica lo grave, puede ser algo nimio, pero basta con que rompa la homeostasis de lo que hasta allí se venía sosteniendo con cierto equilibrio para ese sujeto en particular, produciéndose la irrupción de un sin sentido.

Jacques Alan Miller nos recuerda que la palabra urgencia, del latín bajo *urgens*, quiere decir que no sufre retraso, y proviene del latín clásico *urgere* que quiere decir empujar, apurar. Es decir, que eso urge implica que hay algo que empuja.

### *Urgencia subjetiva*

Otra definición de la que se parte es pensar la urgencia subjetiva como “ruptura de la cadena significativa, ya que si el significante no se articula el sujeto no puede representarse. Lo cual implica para el sujeto un efecto de mortificación” según Ricardo Seldes. (Belaga, 2006, 34). Es decir, la urgencia

como quiebre en la cadena significativa allí donde la trama se presenta desentramada.

La urgencia subjetiva quien “aparece en aquellos casos en que la misma compromete al sujeto quien tiene una percepción íntima de que eso le concierne.” (Sotelo, 2015, 65). Inés Sotelo se sirve para ubicar esto en el concepto de evaluación, trabajado por Jacques Alain Miller, quien “une la evaluación con el aval del paciente; en todo caso la intervención tendrá otro efecto en tanto el sujeto avala su sufrimiento. Ese padecimiento que irrumpe como ajeno, como algo del destino, como algo que llegó, puede virar hacia algún lugar en que el sujeto consienta de él.” (Sotelo, 2007, 35).

Entonces, que la urgencia pueda subjetivarse implica ese movimiento, que aquello que en un primer momento irrumpe como ajeno, pueda producir una torsión hacia lo más propio. Será tarea del analista que pueda producirse “alguna rectificación para que el sujeto pueda reconocerse en eso que aparece como ajeno.” (Sotelo, 2007, 36)

Es interesante señalar que la autora sostiene que “la localización de la urgencia es un hecho de discurso, depende del lector, del intérprete” (Sotelo, 2007, 105). ¿Quién es el lector? ¿Qué se lee?, serán interrogantes puestos a trabajar en la siguiente tesis.

Retomando la urgencia ligada al sin sentido, para esto Daniela Camaly, en el libro *Perspectivas de la clínica de la urgencia* define a las urgencias subjetivas a aquellas que se refieren al encuentro de un sujeto con un acontecimiento, una circunstancia, puede ser una grandeza o una nimiedad, que conmueve el equilibrio y los puntos de referencia simbólica en los que el sujeto se sostenía. “El sujeto queda desamarrado, suelto, en una deriva de sentido que habrá que encauzar a partir del trabajo significativo” tal como lo sostiene la autora. (Sotelo, 2009, 129).

Para retomar la definición de urgencia subjetiva Emilio Vaschetto sostiene que se trata más bien de la subjetivación de la urgencia. Explica esto considerando que “no hay sucesión significativa, por lo tanto, no hay tiempo; no hay intervalo ni representatividad, por lo tanto, no hay sujeto. Lo cual, estrictamente hablando, nos fuerza a redefinir el sintagma urgencias subjetivas

más bien como urgencias en la producción de un sujeto posible.” (Sotelo, 2009, 139). Horizonte al cual se dirige un analista, si la urgencia logra subjetivarse se produce entonces la salida de la misma.

Analista, que según sostiene E. Vaschetto ofrece una presencia para alojar esa sincronía con que aparecen los hechos de la urgencia para provocar un desplazamiento diacrónico de los dichos del sujeto, hasta que algo del decir pueda sorprenderlo a él mismo. Es decir, de los hechos al dicho, del dicho al decir.

### *Urgencia generalizada*

El concepto de urgencia generalizada, es traído por Guillermo Belaga quien ubica que esta “habla de un traumatismo tanto a nivel de lo colectivo como en el singular, donde encontramos la impotencia del discurso a la hora de leer el acontecimiento.” (Sotelo, 2005,35). Es decir, allí donde el discurso encuentra su límite. Él toma de Jacques Alain Miller la idea de que “se produce un traumatismo cuando un hecho entra en contradicción con un dicho, con un dicho esencial en la vida de un paciente”, es decir, cuando hay una contradicción entre un hecho y un dicho. (Belaga, 2005,28).

Aparece para este autor la urgencia como una nueva categoría clínica de esta época que ya no es la de los antiguos manuales de psiquiatría, sino como “una nueva forma clínica, como nuevo síntoma, emparentado al malvivir del que habla J. C. Milner, para diferenciarlo de la psicopatología tradicional” (Belaga, 2006, 12). Por lo tanto, aparece en la época actual, como una nueva categoría clínica que demanda una respuesta desde el campo de la psicología, dentro del ámbito de la salud mental.

### *Urgencias analíticas*

La definición de urgencias analíticas es trabajada por Ram Mandil en su libro *Psicoanálisis en tiempo real*, quien hace hincapié en el cuerpo afectado, es decir que incluye al cuerpo. Lo define como aquellas que “permiten incluir (...) aquellas que emanan del *parletre*, del ser hablante, lo que lleva a considerar los estados de urgencia en los cuales la relación del cuerpo está totalmente concernida.” (Mandil, 2019, 53). Toma como ejemplo el ataque de pánico, allí donde el cuerpo

se ve afectado de manera dramática frente al encuentro con algo que no puede nombrar.

Este autor considera que “la expresión urgencias analíticas permite vislumbrar que la demanda de urgencia subjetiva- en última instancia, una pregunta sobre quién soy yo- debe conjugarse con la pregunta ¿Qué cuerpo tengo? - propia de la perspectiva del *parletre*, del ser hablante.” (Mandil, 2019, 54).

R. Mandil se sirve de Jacques Alain Miller, debido a que él subraya que la urgencia queda asociada a un encuentro, más o menos dramático, con aquello que rompe la homeostasis, allí donde hasta el momento primaba un equilibrio a nivel de los síntomas. Y ubica a “la urgencia como respuesta, en el tiempo, a la ocurrencia o a la inserción de un trauma, o también una versión terapéutica de la prisa frente a la emergencia de lo que perfora la trama simbólica, o de lo que produce un desenlace del nudo que da consistencia al ser hablante.” (Mandil, 2019, 54).

El autor sostiene entonces que la urgencia, por lo tanto, puede ser observada como una respuesta ante lo que se presenta como enigma y perplejidad para el sujeto, allí donde este supone que su existencia está concernida. Cuando la urgencia se presenta, como demanda, ya es un acto del analizante que da cuenta de una perspectiva terapéutica que él lleva a cabo a partir del encuentro con lo real.

#### *La urgencia en la obra de J. Lacan*

Se destacan también tres momentos en los que Jacques Lacan utiliza el término urgencia, en diferentes momentos de su obra. Serán situados y luego desarrollados a lo largo de este trabajo de tesis.

En primer lugar, la urgencia aparece en el *Prefacio a la edición inglesa del Seminario 11*, en *Otros Escritos*, afirma: “señalo que como siempre los casos de urgencia me enredaban mientras escribía esto. Escribo, sin embargo, en la medida en que creo deber hacerlo, para estar al día con esos casos, para hacer con ellos el par.” (Lacan, 2016, 601). En la nota al pie nos aclara que estar al día en francés, *etre au pair*, se refiere a estar al día con las tareas, y también:

pagar con un servicio el alojamiento y la comida. Y hacer el par, *faire la paire*, también remite a entenderse, estar de acuerdo.

Luego, se pueden encontrar dos citas más en el libro *Escritos 1* en el texto *El sujeto por fin cuestionado* Jacques Lacan afirma “por lo menos ahora podemos contentarnos con que mientras dure un rastro de lo que hemos instaurado, habrá psicoanalistas para responder a ciertas urgencias subjetivas” (Lacan, 2002, 226), este habrá psicoanalistas queda entendido también como habrá acto psicoanalítico.

Y, por último, en el texto *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis* Jacques Lacan volverá a hablar de este término cuando afirma “nada creado que no aparezca en la urgencia, nada en la urgencia que no engendre su rebasamiento a la palabra. Pero nada también que no se haga en ella contingente.” (Lacan, 2002, 231).

Para finalizar, Jacques Alain Miller, en el Seminario *El ultimísimo Lacan* retoma lo que J. Lacan plantea, y refiere que Lacan llama urgencia “a la modalidad temporal que responde a la llegada o la inserción de un traumatismo. Descarta de ese modo que la situación analítica esté hecha de un encuentro, y designa como pedido de urgencia lo que llamamos la demanda del analizante en potencia.” (Miller, 2014, 19). Aparece la urgencia entonces como modalidad temporal, que empuja la consulta, esto será trabajado luego para pensar ¿qué es lo que despierta una consulta?

Luego J. A. Miller refiere que J. Lacan en sus *Escritos*, aparece la evocación de la urgencia, ahí sostiene cuando está terminando su libro, cuando afirma que por lo menos ahora podemos contentarnos con que mientras dure un rastro de lo que hemos instaurado, habrá psicoanalista para responder a ciertas urgencias subjetivas. Y entonces J. A. Miller refiere que “las urgencias subjetivas, validan el hecho de que se trata efectivamente de la función psicoanalítica, y que aquella tiene que ver más que nada, antes del inicio del análisis, con la urgencia, es decir, con el surgimiento de lo que hace agujero.” (Miller, 2014, 20). Ubica urgencia y agujero, es decir, con el traumatismo se alude al agujero en lo real. Agujero que en francés remite a la palabra *traumatisme*. Más adelante se

desarrollará la cuestión del trauma para diferenciar el trauma como proceso, con lo que está al inicio, del trauma como acontecimiento, como imprevisto.

J.A. Miller retoma luego otra cita, ya mencionada, J. Lacan sostiene que no hay nada creado que no aparezca en la urgencia, nada en la urgencia que no engendre su rebasamiento en la palabra. Entonces este autor nos explica que “dado que, en la urgencia, con la cual hay que hacer pareja, es justamente lo que solicita en el demandante, en aquel que demanda, el rebasamiento en la palabra, entendiendo esto último como al mismo tiempo, el fallar de la verdad mentirosa”. (Miller, 2014,21). Es interesante entonces como la urgencia da cuenta entonces este rebasamiento a la palabra, es decir, pasa cierto límite, allí donde la palabra no alcanza.

Sin embargo, J. Lacan agrega que nada también que no se haga en ella contingente. J. A. Miller considera que ahí ya se acentúa lo ineliminable de la función de la prisa debido a que la urgencia es de alguna manera la versión terapéutica de la prisa. Sostiene: “en todo lo que tiene que ver con la verdad, siempre hay una precipitación lógica, y basta con agregar que es también una precipitación hacia la mentira, esa que puede conllevar la verdad a la que uno se volvió atento.” (Miller, 2014, 21). Es decir que la urgencia incluye la prisa, esa vivencia subjetiva de que no hay tiempo. Como sostiene Eric Laurent “la urgencia no es el tiempo del reloj” (AAVV, 1989, 19), sino que quedará ubicada más bien del lado del tiempo lógico. Se trabajará en un apartado la urgencia y el tiempo, para desplegar este punto.

Se puede pensar entonces que el psicoanálisis parte del sujeto, aquél que es efecto del lenguaje, y a su vez sujeto de la palabra. Tal como se define desde el campo psicoanalítico, un sujeto es aquello que emerge entre un significante y otro. Y es en este sentido que en la urgencia el sujeto aparece más bien desarticulado de la cadena. Se puede ubicar del lado de la psicosis el desencadenamiento o la desestabilización, y en la neurosis la angustia. Estas cuestiones serán puestas a trabajar en un capítulo de la tesis, para poder localizar cómo se presenta el encuentro con lo real: el trauma en sus dos vertientes; la perplejidad y la angustia.

## ¿Qué es un lector?

Para abordar esta pregunta esta investigación parte del campo de la semiología, considerando entre ellos algunos autores, tales como Roland Barthes, uno de los principales representantes del posestructuralismo francés y el fundador de la semiótica francesa. Es en su libro *El susurro del lenguaje*, sostiene “el lector es el espacio mismo en que se inscriben, sin que se pierda ni una, todas las citas que constituyen una escritura.” (Barthes, 2013, 82)

Es interesante en tanto el autor señala que el lector incluye el espacio, aparece esa dimensión propia en la lectura, la espacialidad, y sostiene también que se tratará de inscribir citas, que harán al proceso de la escritura.

Luego R. Barthes sostiene: “la unidad del texto no está en su origen sino en su destino, pero este destino ya no puede seguir siendo personal: el lector es un hombre sin historia, sin biografía, sin psicología, él es tan solo ese alguien que mantiene reunidas en un mismo campo todas las huellas que constituyen el escrito.” (Barthes, 2013, 82)

Aquí aparece otra dimensión fundamental, que es que el lector es un hombre sin historia, sin biografía, y esto nos acercará a la idea de lo que plantearé luego como el lugar del analista como lector. Aquél que lee las huellas que constituyen el escrito.

Este autor se pregunta en su libro *Variaciones sobre la escritura ¿Qué significa la lectura?* Y afirma que “significa descodificar un mensaje que otro ha codificado.” (Barthes, 2013, 160) Es decir que acerca la idea de leer con la de decodificar un mensaje, un mensaje a descifrar.

Otro autor de referencia es Ricardo Piglia, escritor y crítico literario argentino. En su libro *El último lector* también se pregunta: ¿Qué es un lector? Y advierte “un lector es también aquel que lee mal, distorsiona, percibe confusamente. En la clínica del arte de leer, no siempre el que tiene mejor vista lee mejor.” (Piglia, 2014, 17) Es decir que separa la lectura del órgano ojo, y trae esta idea del “arte de leer”. Toma el ejemplo de Borges, como aquel que ha quemado sus ojos a la luz de la lámpara, un lector de páginas que sus ojos ya

no pueden ver. El decir que la idea de la ceguera aproxima a pensar que no se lee con los ojos.

R. Piglia toma también la idea del lector adicto como aquél “que no puede dejar de leer, y el lector insomne, aquel que está siempre despierto.” (Piglia, 2014, 19). Así los piensa como lectores puros, para los cuales la lectura no es solamente una práctica sino una forma de vida.

Aparece el lector en relación al espacio y la luz. R. Piglia sostiene que “la lectura es un arte de la microscopía, de la perspectiva y del espacio (no solo los pintores se ocupan de estas cosas). Segunda cuestión: la lectura es un asunto de la óptica, de luz, una dimensión de la física”. (Piglia, 2014, 18)”

Este autor introduce luego la idea del lector como anónimo e invisible. Es interesante también cuando señala que, en este universo de libros, donde todo está escrito, “sólo se puede releer, leer de otro modo.” (Piglia, 2014, 25). No se trata solo de leer sino de releer.

Para R. Piglia el lector es entendido como descifrador, como un intérprete, queda muchas veces del lado de una alegoría del intelectual. “La figura del sujeto que lee forma parte de la construcción del intelectual en el sentido moderno. No sólo como letrado, sino como alguien que se enfrenta con el mundo en una relación que en principio está mediada por un tipo específico de saber. La lectura funciona como un modelo general de construcción del sentido. La indecisión del intelectual es siempre la incertidumbre de la interpretación, de las múltiples posibilidades de lectura.” (Piglia, 2014, 93). Se trabajará este punto más adelante, para realizar una interlocución con el campo psicoanalítico. Diferenciar el analista, del intelectual, pensar el saber en este campo, el sentido, y el estatuto de la interpretación.

Luego R. Piglia piensa que hay cuestiones éticas, diferenciando por un lado las lecturas muertas que están sujetas a estereotipos, a las repeticiones mentales, a las consignas, de las lecturas vivas que producen un texto interior. Y ubica esta última lectura viva, del lado de una lectura escindida, que implica la escisión del sujeto de la que hablaba Freud.

Otro autor de referencia es Michel Foucault, filósofo, historiador de ideas, psicólogo y teórico social francés. En su libro *¿Qué es un autor?* a modo de ensayo trabaja esa pregunta.

M. Foucault plantea que “la función-autor no se ejerce de un modo universal y constante en todos los discursos”. (Foucault, 1969, 17) En nuestra civilización, no han sido siempre los mismos textos los que han pedido recibir una atribución. Los textos que hoy llamaríamos literarios tales como relatos, cuentos, epopeyas, tragedias, comedias eran recibidos y puestos en circulación, valorados sin que se planteara la cuestión del autor; eran anónimos y esto no presentaba ninguna dificultad debido a que su antigüedad funcionaba como una garantía suficiente, más allá de si eran verdaderos o no. En cambio, los textos que hoy llamaríamos científicos tales como la cosmología, la medicina, las enfermedades, las ciencias naturales o la geografía, no era aceptados en la Edad Media, “no tenían valor de verdad, si no estaban marcados con el nombre de su autor” (Foucault, 1969, 17). Es interesante este punto para poder pensar luego, como el analista trabaja con el texto del paciente, y pensar allí la “función- autor”, ¿Quién habla?, ¿el analista lee todo lo que dice? ¿Qué tiene valor allí del texto del paciente? para conversar con el campo psicoanalítico.

Graciela Montes, escritora y traductora argentina, en su libro *Buscar indicios, construir sentido*, en su texto *Retirados a la sombra de nuestros párpados* sostiene que ella va a partir de la lectura, y los lectores.

Esta autora ubica que lo primero que aparece al leer es sentirse perplejo y cómo a partir de este enigma es que luego se construye sentido. Diferencia un grado cero que tiene que ver con sentirse desconcertado, perplejo, y luego un grado uno que implica recoger indicios y construir sentido.

G. Montes nos aclara que “cuando digo construir sentido, no quiero decir interpretarlo todo o buscar significaciones objetivas, tampoco alegorías, o destinos, quiero decir construir sentido, es decir retirarse un poco y armarse alguna clase de dibujo, de mapa (que siempre será un mapa provisorio), encontrar un lugar significativo para uno, frente a ese enigma desconcertante en el que uno está embutido, algo que, provisoriamente, repito, lo haga habitable.” (Montes, 2017, 244) Es interesante esta idea de que leer construye sentido, pero

que esto es un mapa provisorio, que hace que frente al enigma algo se vuelva habitable.

La lectura entonces construye sentidos, en plural, ya que esto es una actividad siempre dinámica, es decir no hay un sentido unívoco.

De esta forma elemental de lectura, de este grado cero de la posición del lector G. Montes refiere que hay cuatro lecciones que se derivan. Éstas son:

En primer lugar, lo que genera la lectura es el vacío de sentido, el sinsentido, la perplejidad frente al caos. “Es la intriga lo que despierta la actividad de recolección de indicios. (...) El vacío es el punto de partida. El silencio habita la palabra” (Montes, 2017, 245).

En segundo lugar, considera que la lectura es una construcción personal, es decir que depende de quién sea el lector lo que se lee. “la lectura actúa de alguna manera sobre el enigma creando formas, un dibujo, un pequeño cosmos que vuelven más habitable”. (Montes, 2017, 245)

En tercer lugar, sostiene que la posición del lector es siempre protagónica, personal, única, activa, que hay allí un gesto propio.

Por último, piensa que la lectura es siempre provisorio, y la compara con una ciudad que está siempre en obra.

Recuerda G. Montes que la palabra lector, hace mucho tiempo significaba ser un recolector de señales. Luego aclara que el grado cero de la posición del lector conlleva los componentes que fueron heredados “esa especie de patrimonio de lectura que se manifiesta en todo desde que nacemos (...) El mundo que rodea al recién nacido es siempre un enigma, un mundo a leer, pero también es un discurso, un mundo, en parte ya leído” (Montes, 2017, 248).

G. Montes cuenta entonces que luego aparece un grado dos de lectores, a partir de que nace la escritura. “Los “indicios” que el lector recogía eran ciertas claves que, convenientemente decodificadas, le permitían “reconstruir” un sentido- cifrado- que el texto ya contenía.” (Montes, 2017, 248) Y lo explica sosteniendo que “era una lectura de una lectura, o incluso una lectura de una lectura de una lectura, ya que el código en sí (la lengua) ya es, en sí, una lectura del mundo.” (Montes, 2017, 248)

Luego la autora diferencia que saber leer y escribir no es sinónimo de lectura, realizando una distinción de lo que implica leer. Ya que la lectura no es sinónimo de libros. Entonces refiere que “hay muchos libros que no se leen, en el sentido original que le dimos a la palabra leer, como curiosa e intrigada construcción de sentido, que más bien se aprenden o se graban, que funcionan como marcas más que como alternativas.” (Montes, 2017, 254) Se puede decir entonces que a veces se lee un libro como lector, en tanto lector, y otras veces se lo lee como no-lector.

Más adelante G. Montes sostiene que “el lector no puede parar de leer, en su lectura no consigue sino posiciones inestables, precarias, porque su propia postura le indica que constantemente aparecen nuevos indicios y nuevos motivos de perplejidad.” (Montes, 2017, 257). La perplejidad lo lleva a que vuelva a leer, una y otra vez. En este sentido resalta entonces como la lectura aparece como algo provisorio, y la perplejidad impulsa la lectura, la motoriza. Refiere que el lector es alguien curioso, que explora los bordes. “El lector vive (...) entre el caos y el cosmos. Caos desconcertante, cosmos tranquilizador, y luego otra vez el caos” (Montes, 2017, 258). Es entre esa alternancia que se produce la lectura.

Sin embargo, poder leer no implica empezar siempre de nuevo, sino que “se es más lector, más ágil, más astuto, más ducho en conjeturas, más diestro en detectar señales, más audaz en el trazo de los dibujos.” (Montes, 2017, 259) Esto no implica que el enigma se agote. Poder leer implica sostener el enigma.

Ser lector implicará también estar abierto a las preguntas, es decir que lectura misma se abre a lo que en ella interroga.

Otro autor que realiza sus aportes es Alan Pauls, escritor, crítico literario y guionista argentino, antiguo discípulo de Ricardo Piglia. En una entrevista realizada por Karina Ocampo, ella le pregunta acerca de su relación con la lectura, y A. Pauls refiere “recuerdo aún más lo que me leían a mí. La experiencia que uno tiene como lector cuando todavía no puede leer. Cuando es leído por otro. La voz del otro leyendo, el tiempo material que te leen, la situación en la que te leen.” El piensa en el efecto general de esa experiencia que es muy increíble cuando uno toma distancia y la piensa. Considera que uno la da por sentada pero no es obvio que eso pase de manera natural. Piensa que esa

experiencia funciona como marca, ya que a partir de ella se inaugura la relación que uno tiene con los libros y la lectura. ([www.lettraslibres.com/espana-mexico/literatura/entrevista-alan-pauls-leer-es-una-especie-adiccion-feliz](http://www.lettraslibres.com/espana-mexico/literatura/entrevista-alan-pauls-leer-es-una-especie-adiccion-feliz))

Remarca de este modo, ese momento inicial donde se está en el lugar del que oye, localizando allí su relación posterior con la lectura. Es decir que reúne el escuchar con el leer.

En otra entrevista A. Pauls reúne la lectura con la escritura, y es así que sostiene “si trabajar es escribir, llenar páginas. Porque lo que hago, lo que siempre hice, y en la playa como en ninguna otra parte es leer- que, como sabemos, es el otro lado de escribir.” ([www.telam.com.ar/notas/201903/340647/alan-pauls.html](http://www.telam.com.ar/notas/201903/340647/alan-pauls.html))

En otra ocasión A. Pauls sostiene en una entrevista realizada por Dolores Caviglia que en al principio para él escribir fue una cosa muy personal, muy privada, que tenía que ver con lo no institucional. Pero esto cambió luego cuando ingresa en la escolaridad. Afirma que uno nunca escribe lo que quisiera escribir. Es decir, que el trascurrir de la escritura ocurre otra cosa.

Este autor afirma que le parece que el oficio de escribir implica volver a lo que uno escribió más que escribir algo, corregir, cambiar. Nos cuenta que tenía un delirio gráfico en ese momento, le gustaba mucho escribir, pero sobre todo escribir en el sentido material: la máquina de escribir, la tinta, la cinta, el grado de muesca que producía la tecla contra el papel.

Alan Pauls considera que “esos procesos, esa intención de volver al texto para mejorarlo, esa especie de trabajo es una señal de que escribir es algo mucho más serio que de hecho sentarse y escribir.” Por lo tanto, escribir no es sentarse y que surjan ideas; eso es expresarse, descargar, vengarse, pero no era totalmente escribir. Se empezaba a escribir cuando se volvía sobre el texto, cuando se transformaba en una materia para trabajar. Transmite entonces que la escritura ocurre en una temporalidad que implica volver sobre aquello que se escribió, se trata de volver sobre lo escrito, de darle otra vuelta, de un material que se pone a trabajar.

El entrevistador le pregunta que hace cuando no puede avanzar en lo que está escribiendo, y A. Pauls afirma “más bien me parece que cuando uno deja,

suelta lo que está haciendo y le plantea problemas, en la distracción, en la suspensión, aparece otro modo de mirar que lleva a una solución. La refrescada sirve; después te sentás de nuevo y ves de otro modo.” Es parece interesante en este punto, como la escritura implica también un corte, una escansión, que algo pueda quedar suspendido para ser luego retomado. ([www.continuidaddeloslibros.com/uno-nunca-escribe-lo-que-queria-escribir](http://www.continuidaddeloslibros.com/uno-nunca-escribe-lo-que-queria-escribir))

En otra entrevista Alan Pauls sostiene: “me resultaba muy difícil reconstruir una especie de trayectoria lineal de mí como lector y en cambio lo que se me aparecían eran como pedazos de cosas, episodios, escenas, ideas, ideas fijas.” Es decir que leer, aparece del lado de lo discontinuo. Por eso lo describe con la estructura glosario, la estructura diccionario, que da cuenta de esta especie de mosaico de experiencias que para él la vida como lector. Esto aparece en su libro titulado Trance.

Este autor retoma lo que había mencionado antes, y vuelve a sostener “me interesó mucho recuperar esa experiencia de cuando sos lector sin saber leer. Que es, en realidad, como todos empezamos a leer”. Aparece entonces ese primer momento, inaugural en que hay otro que lee, se es leído por este otro. Y este ser leído aparece la voz del otro, esas voces que le narraron cuentos antes de irse a dormir, cuando era pequeño y aun no sabía leer. Y considera que uno es formado por esos primeros libros que lee.

Hay una formación en esto de ser lector, y A. Pauls sostiene que “esa experiencia, ser leído por otro, para mí es una experiencia totalmente originaria, fundante. Y no sé si está muy pensada. O si lo está, está pensada como una especie de momento bucólico de niñez, de infancia, pero no como formación o como experiencia de lectura tercerizada.”

La lectura para Alan Pauls es algo que se ejercita todo el tiempo, y muchas veces se la considera en un sentido acotado. “Uno lee la ciudad en la que vive. Uno lee comportamientos cotidianos, situaciones.”

Entonces este autor sitúa que la lectura se trata de una función, no queda solamente ligado a la idea de leer el objeto libro, ya que implica descifrar, entender, conectar, interpretar y es algo que se realiza todo el tiempo sin ser conscientes de esto. La función tendrá que ver con “cómo uno lee en la vida que

vive, en el mundo en el que vive, los contextos por los que pasa. Y ahí me parece que la lectura se convierte en algo genial, sin dudas.” Leer es más amplio, implica como se decía una función.

### Marcas de lectura

También Alan Pauls cuenta su experiencia con el libro, haciendo hincapié en que para él el momento de subrayar algo es muy importante en la lectura, así como el momento de anotar en la última página del libro, sostiene “no puedo leer sin un lápiz en la mano” ([www.infobae.com/altura/2019/04/02](http://www.infobae.com/altura/2019/04/02)). Aparece entonces la lectura que implica siempre extraer algo, subrayarlo, anotar. Se trabajarán estas cuestiones en relación al analista como lector.

A. Pauls piensa que leer un libro subrayado por otro es como acceder a una especie de privilegio, ya que es modo de leer dos libros al mismo tiempo: por un lado, el libro que a uno le prestan, y por otro el libro que leyó el que te lo prestó. Es decir que cada lectura es singular, y en este sentido subrayar implica dejar marcas de ese modo particular de leer.

Se le pregunta: ¿Qué relación buscás con el lector? Y es en este sentido que A. Pauls cuenta que prefiere los malos entendidos que se generan ya que éstos manifiestan una relación en la que se generan tensiones e intercambios. Esto da cuenta, tal como lo dice que “uno nunca escribe lo que quería escribir, escribe una negociación entre lo que quería escribir y la estructura que el libro le propone. Es más aleatorio. (...) Pero me gusta conversar con los lectores, porque la lectura es una conversación. Lo que tirás no es exactamente lo que te devuelven.”

Es decir que hay algo que acontece en el proceso mismo de la escritura, que no tiene que ver con el propósito del inicio. Y, pese a que la escritura se origina de manera solitaria luego aparece una conversación en el intercambio con los lectores.

En la *Revista Temporales* A. Pauls comenta nuevamente que él subraya mucho los libros que lee, e insiste en este punto ya que para él “el

arte del subrayado es para mí algo totalmente indisociable de la lectura. No puedo leer sin un lápiz en la mano”. Piensa que, aunque no anote nada, necesita que el lápiz este ahí, para disponer de él. Se compara con un cirujano plástico que primero dibuja dónde va el corte y esto no le quita ningún placer ya que lo considera parte del placer. Cuando es raptado por un libro, piensa que esto ocurre por lo que el libro cuenta y también por el punto de vista, por el estilo y por la arquitectura del relato.

A. Pauls relata un recuerdo valioso para él, y fue aquel en el que un profesor le prestó un libro y le permitió que él se lo llevara a su casa, cosa poco común en esa época ya que los profesores no solían prestar sus libros a los alumnos. Ese libro que él recibió estaba subrayado. Piensa que el profesor le enseñó a subrayar. “Me di cuenta de que lo que el tipo hacía al *subrayar era leer*. No solo eso, sino que -para mí, que era un lector bastante voraz- lo que leía era el libro y la relación que él tenía con el libro. Era como ver una escena muy privada entre el libro y mi profesor, al que yo admiraba mucho. Fue como un momento increíble en mi historia lectora; ver lo que el tipo hacía con el mismo texto que yo estaba leyendo”

Este autor considera que el papel una de las cosas más importantes que tiene es la posibilidad ser intervenido. Así es como le gusta volver a leer un libro que leyó hace 10 años y encontrar al lector que él fue era hace 10 años atrás, pudiendo comparar de este modo lo que subrayó ahora con lo de entonces. Compara esto con los anillos del tronco de un árbol que permiten reconstruir la genealogía del árbol a partir de sus anillos. Del mismo modo él puede volver a leer un libro que tenía hace 30 años y puede ver de este modo sus fases de lector. “Podría hacer mi autobiografía de lector sólo mirando los libros más antiguos de mi biblioteca y viendo cómo anotaba lo que leía.” Es decir que un lector va cambiando con el paso del tiempo, el modo de leer, de intervenir un libro.

Para finalizar, se destaca que a 120 años de su nacimiento el *Diario La Unión* realiza una nota sobre Jorge Luis Borges, titulada *J.L. Borges, el lector y el escritor*. Ahí toman la cita en la que él mencionaba que uno llega a ser grande por lo lee, y no por lo que escribe, frase dicha con modestia pero que además revela su pasión por la lectura. El 24 de agosto, fecha del

nacimiento de J. L. Borges, se conmemora en la Argentina el Día del Lector, en su homenaje. Esta Ley tiene como fin promover la lectura y la democracia a través de actos de divulgación de las letras y de reconocimiento de su obra.

La relación de Borges con la literatura comenzó a los cuatro años, edad en la que ya sabía leer y escribir. Dice luego a sus 71 años “si tuviera que señalar el hecho capital de mi vida, diría la biblioteca de mi padre. En realidad, creo no haber salido nunca de esa biblioteca. Es como si todavía la estuviera viendo... recuerdo con nitidez los grabados en acero de la Chamber's Encyclopaedia y de la británica.” ([www.launion.com.ar/Borges-el-lector-y-el-escriptor](http://www.launion.com.ar/Borges-el-lector-y-el-escriptor)) De este modo Borges también nos relata esas marcas de lectura.

Esa biblioteca fue heredada de su padre, que venía de su abuela inglesa, lugar que le permitió conocer muchos autores. Luego, en su propia biblioteca había tanto ejemplares de literatura como de filosofía, religión, astrología, matemática y ciencias; libros que habrán sido fuente de inspiración de su obra como escritor.

### La escritura a solas

Otra autora hace su aporte, pero esta vez para pensar más bien la experiencia de escribir allí donde esto se enlaza con la lectura. Ella es Marguerite Duras, novelista, guionista y directora de cine francés.

En su libro *Escribir* ella da cuenta de la experiencia de la escritura, y es en este sentido que relata la soledad del autor, se escribe a solas, según ella, sin otro. Podremos pensar luego un contrapunto, en la experiencia analítica, resaltando aquí el silencio que rodea esta experiencia.

Resalta M. Duras la soledad que implica la escritura y sostiene: “alrededor de la persona que escribe libros siempre debe haber una separación de los demás. Es una soledad. Es la soledad del autor, la del escribir. Para empezar, uno se pregunta qué es ese silencio que lo rodea. Y prácticamente a cada paso que se da en una casa y a toda hora del día, bajo todas las luces, ya sean del

exterior o de las lámparas encendidas durante el día. Esta soledad real del cuerpo se convierte en la, inviolable, del escribir.” (Duras, 1994, 17)

M. Duras cuenta que escribir era lo único que llenaba su vida y que la escritura nunca la ha abandonado, aparece de este modo la soledad y a su vez la compañía.

M. Duras piensa que “un escritor es algo extraño. Es una contradicción y también un sinsentido. Escribir también es no hablar. Es callarse. Es aullar sin ruido. Un escritor es algo que descansa, con frecuencia, escucha mucho.” (Duras, 1994, 30) La autora acerca la dimensión de la escritura con el silencio, y con la escucha.

También sostiene la autora “hallarse en un agujero, en el fondo de un agujero, en una soledad casi total y descubrir que solo la escritura te salvará. No tener ningún argumento para el libro, ninguna idea de libro es encontrarse, volver encontrarse delante de un libro. Una inmensidad vacía. Un libro posible. Delante de nada. Delante de algo así como una escritura viva y desnuda” (Duras, 1994, 27). Piensa que la persona que escribe “no tiene idea respecto al libro que tiene en sus manos vacías, la cabeza vacía, y que, de esa aventura del libro solo conoce la escritura seca y desnuda, sin futuro, sin eco, lejana, con sus reglas de oro, elementales: la ortografía, el sentido.” (Duras, 1994, 22) Quisiera remarcar en este punto cómo la Margarite Duras piensa que es necesario ese vacío para que la escritura aparezca.

La autora también afirma “esa ilusión que tenemos- y que es justa-de ser la única persona que ha escrito lo que hemos escrito, sea nulo o maravilloso”, (Duras, 1994, 27) es decir que la escritura se propone como única, singular.

“La soledad, también era eso. Una especie de escritura. Y leer era escribir.” (Duras, 2000, 36) Junta la autora en este punto lectura y escritura. Ubica también que es luego cuando se sabe de lo que se va a escribir, es algo que del orden de lo que acontece, que no puede saberse a priori.

M. Duras sostiene que todo escribe a nuestro alrededor, “un día, quizás, a lo largo de los siglos venideros, se leería esa escritura, también sería descifrarla, y traducida. Y la inmensidad de un poema legible se desplegaría en

el cielo.” (Duras, 1994, 45). La idea del desciframiento nos acerca a la dimensión de la interpretación.

La autora describe a la escritura como aquello que “llega como el viento, está desnuda, es la tinta, es lo escrito, y pasa como nada pasa en la vida, nada, excepto eso, la vida.” (Duras, 1994, 54) Se sostiene esa afirmación, la escritura es lo escrito.

Se abre la interlocución con el campo psicoanalítico: ¿Qué se lee en un análisis?, específicamente en relación a este trabajo: ¿Cómo interviene el analista en los momentos en que el paciente entra en un estado de urgencia?

## CAPITULO II

### La interpretación, “saber leer de otro modo”

*“se trata de aprender a leer en lo que se oye”*

*Jacques Lacan.*

*“asir el inconsciente como lo que ante todo se lee”*

*Jacques Alain Miller.*

#### Lo que se lee

Para abordar la dimensión de lo que se lee desde el paradigma psicoanalítico es en el *Seminario 20: Aún*, Jacques Lacan trabaja en un capítulo titulado *La función de lo escrito*, y sostiene que sus Escritos no se leen fácilmente, tal vez no eran para leer, en el sentido de que no eran para ser comprendidos.

El discurso analítico invita al sujeto a hablar, el analista le propone al paciente el despliegue de la asociación libre: a decir cualquier cosa, lo que se le ocurra. Pero se trata de lo que se lee allí. J. Lacan sostiene: “en el discurso analítico no se trata de otra cosa, no se trata sino de lo que se lee, de lo que se lee más allá de lo que se ha incitado al sujeto a decir, que no es tanto, como dije la última vez, decirlo todo, decir cualquier cosa, sin vacilar ante las necedades que se pueden decir.” (Lacan, 2008, 38).

Se trata de la lectura y de la relectura también, ya que “no deja de ser cierto que ese releerse representa una dimensión que ha de situarse en relación a lo que es, respecto del discurso analítico, la función de lo que se lee.” (Lacan, 2008, 38). Leer implica una función.

J. Lacan sostiene que la lingüística introduce la noción del significante, diferenciándola del significado, y esto resulta importante en tanto “se postula que lo que se oye no tiene ninguna relación con lo que significa” (Lacan, 2008, 40), es decir que no hay una relación unívoca entre el significante y el significado.

Es propio del ser viviente la utilización del lenguaje, y en este sentido es que “el significante como tal no se refiere a nada que no sea un discurso, es decir

un modo de funcionamiento, una utilización del lenguaje como vínculo. (...) El vínculo es un vínculo entre los que hablan” (Lacan, 2008, 41)

La lectura y la escucha se localizan del lado del significante, es en este sentido que J. Lacan nos aclara que “el significado no tiene nada que ver con los oídos, sino sólo con la lectura, con lo que uno escucha del significante. El significado no es lo que se escucha. Lo que se escucha es el significante. El significado es el efecto del significante.” (Lacan, 2008, 45).

J. Lacan separa entonces el significante del significado, es decir que se lee el significante vaciado de sentido. Se pregunta si “esta dimensión del *leerse*, ¿acaso no basta para demostrar que estamos en el registro del discurso analítico? En el discurso analítico, se trata siempre de lo siguiente: a lo que se enuncia como significante se le da una lectura distinta de lo que significa.” (Lacan, 2008, 49). Se trata entonces de estar advertidos de que se lee en la enunciación.

Por esto el autor toma como ejemplo a Joyce, ahí donde éste no es legible. Se pregunta qué ocurre con Joyce, y entonces localiza que “el significante viene a rellenar como picadillo al significado. Los significantes encajan unos con otros, se combinan, se aglomeran, se entrechocan – lean *Finnegans Wake*, nos propone- y se produce algo así que, como significado, puede parecer enigmático, pero es realmente lo más cercano a lo que nosotros, los analistas, gracias al discurso analítico, tenemos que leer: el lapsus.” (Lacan, 2008, 49). Propone entonces sostener lo enigmático.

Si estamos entonces en el campo psicoanalítico se tratará de aprender a leer el propio inconsciente. J. Lacan afirma en este sentido que “en el discurso analítico ustedes suponen que el sujeto del inconsciente sabe leer. Y no es otra cosa, todo ese asunto del inconsciente. No sólo suponen que sabe leer, suponen también que puede aprender a leer” (Lacan, 2008, 49).

Ya al final de su enseñanza, en el *Seminario 25: El momento de concluir*, Jacques Lacan ubica que un análisis consiste en tener algún saber en aquello en lo que se está enredado, es decir, que uno no se libera de su síntoma, sino que “el análisis consiste en que se sepa porqué se está enredado en eso: eso se produce debido a que hay lo Simbólico.” (Lacan, inédito, clase 10 de enero

1978) Trabajaré en este sentido el concepto de sinthome, que implica un saber hacer allí, con el síntoma.

Es interesante pensar cómo el análisis deja un saldo de saber sobre lo propio. Es en este sentido que se parte de que “lo simbólico es el lenguaje, se aprende a hablar y eso deja trazas. Eso deja trazas, deja consecuencias que no son ninguna otra cosa que el síntoma (sinthome). Y el análisis consiste en saber porque se tienen esos síntomas, de suerte que está ligado al saber.” (Lacan, inédito, clase 10 enero 1978)

Se lee el inconsciente, ahí en sus manifestaciones, en los sueños, lapsus, actos fallidos, chistes. Es “imposible pues saber quién lee. Hay seguramente escritura en el inconsciente, no sería más que porque el sueño, principio del inconsciente-eso es lo que dice Freud- el lapsus e incluso el chiste se definen por lo legible”. (Lacan, inédito, clase 10 enero de 1978) Es retroactivamente que se produce la lectura.

Para finalizar, aparecen dos dimensiones que señala en dicho seminario “lo legible es esto que consiste el saber. Y en suma es escaso. Lo que digo de la transferencia es que la he adelantado tímidamente como siendo el sujeto- un sujeto es siempre supuesto, no hay más que supuesto- supuesto saber. ¿Qué es lo que eso puede querer decir? El supuesto-saber-leer-de-otro-modo”. (Lacan, inédito, clase 10 de enero de 1978) Queda ubicado del lado de la transferencia el saber leer de otro modo, o sea que la transferencia instala otra lectura posible.

Se puede pensar entonces que del lado de lo ilegible quedaría entonces la letra, que no se puede leer, no quiere decir nada, es decir se ubica del lado de lo real. La escucha apunta del sentido al fuera de sentido, es decir de lo ilegible, allí donde hay que soportar que no hay nada más para leer.

Entonces se puede ubicar: lo que es para leer, es decir, el significante, de lo que no es para leer, es decir, la letra.

### J. Lacan lector de S. Freud, S. Freud lector de Scheber

Es Jacques Alain Miller quien en el *Suplemento topológico a De una cuestión preliminar...* publicado en su libro *Matemas 1*, refiere que Freud recurrió

a la lectura como modo de construir su teoría de la psicosis, y su recurso en este punto fue estudiar el escrito del presidente Scheber.

J. A. Miller nos aclara entonces que Freud no atendió a Schreber presencialmente como a un paciente en su propio consultorio haciéndole pagar sus sesiones, sino que “lo leyó. Y Lacan leyó a Schreber y leyó a Freud, y presentó, si no elaboró, lo esencial de lo que podemos considerar su teoría de la psicosis a partir de esas lecturas.” (Miller, 1986, 135). Es decir que en ambos casos se parte de la lectura y es con ellas que se construye la teoría.

Este autor ubica claramente que lo leyó, eso basta en sí mismo, y luego el autor afirma que “la lectura no puede reemplazar la escucha” (Miller, 1986, 136) pero avanza sosteniendo que el escrito parece superar la experiencia directa.

J. A. Miller sitúa entonces lo que llama operación de lectura, y hace mención de cómo Lacan va leyendo a Freud dependiendo de la época de sus escritos y teorizaciones, es decir, como va variando en el tiempo. Leer queda del lado de interpretar, tener un razonamiento crítico. El autor afirma entonces que “la operación de lectura de Lacan, de la que podemos esperar aprender, es una lectura que incorpora los descubrimientos de Freud posteriores a 1911, posteriores a la redacción de Freud del caso Schreber.” (Miller, 1986, 136) Por lo tanto, la lectura de Lacan a veces interpreta y también critica al Freud, dependiendo de la época en que la teoría de él fue desarrollada.

Es decir, que, por un lado, aparece la lectura del texto del presidente Schreber y lo que no puede reemplazar a la escucha, presentándose estos dos términos separados, y por otro lado J. A. Miller reúne la lectura con la interpretación, es decir, parece sostener que leer implica interpretar. Se puede pensar que la operación de lectura permite luego que el analista pueda intervenir e interpretar.

En este sentido, Pablo Fridman, en el libro *Escuchar la psicosis* también nos remite a este punto, allí donde Freud para plantear la teoría psicoanalítica de la psicosis no parte de un paciente que atendió, sino como se mencionaba anteriormente parte de un escrito, titulado *Memorias de un neurópata* de Paul Scheber. Éste es el único caso del que Freud se sostiene de un escrito y tiene

gran valor debido a lo que significa la escritura en la clínica de la psicosis, el psicótico “significa un valor de fijación de un goce particular.” (Fridman, Galante, Fantin, 2009, 158).

Por lo tanto, que Freud haya abordado a Scheber desde la escritura implicó un abordaje metodológico particular, tal como lo describe el autor “con el objeto de despejar a cielo abierto, de un modo que evita la deriva significativa, que es la producción de un sujeto psicótico y que permite leer ahí los basamentos estructurales de las psicosis.” (Fridman, Galante, Fantin, 2009, 158) Es decir que el escrito permite leer la estructura.

Se puede diferenciar en este sentido, tal como lo explica P. Fridman, que el sujeto neurótico se representa en un significante para otro, mientras que siguiendo la enseñanza de Lacan, el sujeto psicótico se presenta como sujeto del goce, es decir, se trata “del sujeto de la emergencia pulsional desencadenada” (Fridman, Galante, Fantin, 2009, 168). Este trabajo se detendrá en esto más adelante, para pensar la perplejidad en la psicosis.

### Sobre un film de lectores de Jame Joyce

Otra autora que se detiene a trabajar sobre la cuestión de la lectura es Dora García, quien realiza un film titulado *La sociedad Joyceana* sobre un grupo de lectores que se reúnen a leer y releer un escrito de un psicótico, en este caso el *Finnegns Wake* de James Joyce, ya Lacan nos invitaba a acercarnos a este libro, un libro que “se lee a sí mismo, en el sentido de que se puede sentir la presencia del goce de quien lo ha escrito.” Debido a que aparece la creación de un “síntoma privado en el lenguaje.” ([www.macba.cat/es/arte-artistas/artistas/garcia-dora/joycean-society](http://www.macba.cat/es/arte-artistas/artistas/garcia-dora/joycean-society)). Se diferencia en este punto que en Joyce no hay un desencadenamiento, como si se puede ubicar en el caso Scheber. Los escritos de Joyce cumplen la función de anudamiento de los tres registros, debido a que se produce una suplencia del Nombre del Padre.

Es interesante rescatar, como lo plantea Dora García, que “leer no es necesariamente interpretar. En Joyce leer es asociar, adivinar y abandonar toda certeza. El film sugiere los beneficios de una aventura intelectual en la que no

existe esperanza alguna de descifrar el último sentido de un texto.”  
([www.macba.cat/es/arte-artistas/artistas/garcia-dora/joycean-society](http://www.macba.cat/es/arte-artistas/artistas/garcia-dora/joycean-society))

La dimensión de un sentido disgregado, que se pierde, también es tomada por Ricardo Piglia en su libro *El último lector*, quien sostiene al respecto: “Joyce no hace lo que haría cualquier narrador, jamás explica, más bien expande y disuelve las relaciones, disgrega sentido.” (Piglia, 2014, 168)

También este autor sostiene que “Joyce llega más lejos que nadie en la ilusión de escribir con una lengua propia.” (Piglia, 2014, 168) Esto nos orienta a pensar, que el analista lector, lee, escucha la lengua privada de cada quien, *lalengua*.

Dicho por R. Piglia, “Joyce llegó más lejos que nadie en ese viaje, inventó la figura del lector final, el que se pierde en los múltiples ríos del lenguaje. (...) No pueden quejarse de que esté escrito en inglés, ni siquiera está escrito. Ni siquiera es para ser leído. Es para mirar y para escuchar.” (Piglia, 2014, 169). El analista entonces tratará de escuchar *lalengua* del paciente.

### La interpretación analítica

Se puede considerar, tal como lo sostienen Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis en el *Diccionario de Psicoanálisis* que “la interpretación se halla en el núcleo de la doctrina y de la técnica freudianas”, (Laplanche- Pontalis, 2013, 201)

Así es como esto aparece en los comienzos de la obra de Sigmund Freud, en *La interpretación de los sueños* de 1900 debido a que le interesa demostrar que los sueños tienen un sentido a interpretar, diferenciándose de lo que se pensaba en la antigüedad, en Oriente, que se pensaba en un método de interpretación del estilo de la clave de los sueños. Para S. Freud se trataba más bien de poner el acento en lo singular del simbolismo en la persona. Él consideraba que se trataba de crear “la existencia de una técnica psicológica que permite interpretar los sueños, y merced a la cual se revela cada uno de ellos como un producto psíquico pleno de sentido” (Freud, 1900-2013, 349)

Es a partir de la narración que realiza el sujeto de sus sueños, su contenido manifiesto, como vía la asociación libre, se irá conduciendo hacia el contenido latente del mismo, y de este modo la interpretación apunta a poder localizar el deseo inconsciente que allí se manifiesta.

La interpretación se aplica a las restantes formaciones del inconsciente, como ser actos fallidos, lapsus, síntomas, etc.; y de manera más general a todo aquello que dentro de las manifestaciones verbales y el comportamiento del paciente llevan tal como el autor lo describe el sello del conflicto defensivo.

La interpretación adquiere verdadera importancia en la medida en que comienza a definirse la técnica psicoanalítica, integrándose a la dinámica de la cura.

En su texto *Repetir, recordar, reelaborar* de 1914 S. Freud comienza diferenciando el método psicoanalítico del estado hipnótico al que sometía a sus pacientes en un comienzo, renunciando a éste y proponiendo la asociación libre de la cual “se planteó la labor de deducir de las ocurrencias espontaneas del analizado aquello que no conseguía recordar” (Freud, 1914-2013, 1683) intentando ubicar el momento en el que surgieron los síntomas por vez primera, es decir, su origen.

La interpretación se utilizará para descubrir las resistencias que en ellas emergen y comunicárselas luego al analizado. Después S. Freud sitúa el “olvido”, que “queda restringido por la existencia de recuerdos encubridores” (Freud, 1914-2013,1684) que compensan la amnesia infantil.

Pero diferencia el autor un punto importante, “el otro grupo de procesos psíquicos susceptibles de ser opuestos como actos puramente internos a las impresiones y los sucesos vividos, o sea el constituido por las fantasías, las asociaciones, los sentimientos, etc., ha de ser estudiado separadamente en cuanto a su relación con el olvido y el recuerdo. Sucede aquí que se recuerda algo que no pudo nunca ser olvidado, pues nunca fue retenido ni llegó a ser consiente.” (Freud, 1914-2013, 1684) Y afirma: “el analizado no recuerda nada de lo olvidado o reprimido, sino que lo vive de nuevo. No lo reproduce como recuerdo, sino como acto, lo repite sin saber, naturalmente, que lo repite.” (Freud, 1914-2013, 1684).

A esto último llamará S. Freud la compulsión a la repetición, fenómeno que constituye una manera especial de recordar. Localiza a la transferencia, sosteniendo que “la transferencia no es por sí misma más que una repetición, y la repetición, la transferencia del pretérito olvidado, pero no solo sobre el médico sino sobre todos los sectores de la situación presente”. (Freud, 1914- 2013, 1685) Sostiene que “tampoco es difícil reconocer la participación de la resistencia. Cuanto más intensa es esta, más ampliamente quedará sustituido el recuerdo por la acción (repetición).” (Freud, 1914-2013, 1685).

Se diferencia entonces la transferencia positiva, de la hostil, esta última deja entrever que “el recuerdo queda sustituido por el acto de la repetición (...) que se repite en lugar de recordar, y que lo hace bajo las condiciones de la resistencia.” (Freud, 1914-2013, 1685). Es decir que S. Freud se encuentra con un obstáculo, debido a que los pacientes repiten en vez de recordar, y aparece la resistencia a asociar.

La transferencia ya no es motor, sino obstáculo, y esta última revela la presencia del analista quien ocupaba no solo el lugar de causa del decir, sino el objeto fijado de la pulsión parcial tal como lo explica Osvaldo Delgado, psicoanalista de la ciudad de Buenos Aires, en su libro “*La aptitud de psicoanalista*”. Este autor sostiene que en este punto aparece la consideración cuantitativa: el *quantum* pulsional es donde la interpretación encuentra su límite ya que cuando se trata de la pulsión, es asunto de satisfacción y del límite de lo interpretable.

S. Freud sostiene luego que la manera de frenar esta compulsión a la repetición tendrá que ver con el manejo de la transferencia.

Otro texto del mismo autor es *Construcciones en psicoanálisis* de 1937, diferencia la interpretación analítica, de la construcción. S. Freud se pregunta sobre cuál es la tarea del psicoanalista, y sostiene que ésta consiste en “hacer surgir lo que ha sido olvidado a partir de las huellas que ha dejado tras de sí, o más correctamente, *construirlo*.” (Freud, 1937-2013, 3366). Para explicar esto compara el trabajo de construcción o de reconstrucción, con la excavación arqueológica de una casa o de un antiguo edificio que ha sido destruido y enterrado. Aunque diferencia la tarea del psicoanalista en el punto en el que

éste trabaja con material que todavía se halla vivo. Ambos parten de restos encontrados en las ruinas, así es como el analista se sirve de fragmentos de recuerdos, de las asociaciones y de la conducta del sujeto. Ésta es una acción preliminar y no el fin en sí mismo.

S. Freud sostiene que “el término interpretación se aplica a alguna cosa que uno hace con algún elemento sencillo del material, como una asociación (...). Pero es una construcción cuando uno coloca ante el sujeto analizado un fragmento de su historia anterior, que ha olvidado.” (Freud,1937-2013, 3367) Es decir que la construcción equivale a aquello que no puede retornar como recuerdo. Justamente porque el paciente no puede recordar todo es que el analista se ve conducido a construir lo olvidado.

Así es como S. Freud sostiene que el surgimiento de lo reprimido, puesto en actividad por la presentación de la construcción, tiene como fin llevar las huellas mnémicas importantes a la conciencia, pero una resistencia ha logrado detener este movimiento, y desplazarlo a objetos adyacentes de importancia menor.

El autor afirma que “estos recuerdos podrían haber sido descritos como alucinaciones si a su claridad se hubiera añadido una creencia en su presencia actual. (...) Tal vez pueda ser una característica general de las alucinaciones a la que hasta ahora no se le ha concedido atención suficiente que en ellas reaparezca algo experimentado en la infancia y luego olvidado- algo que el niño ha visto u oído en una época en que apenas sabía hablar y que ahora se fragua un camino hasta la conciencia probablemente desfigurado y desplazado por la intervención de fuerzas que se oponen a su retorno.” (Freud, 1937-2013, 3371)

Es importante este punto en el que el efecto de la construcción apunta a la emergencia de lo hipernítido, de algo que el niño vio y oyó en la época anterior al lenguaje tal como lo describe, es decir, restos visuales y auditivos que se revelan en su irrupción alucinatoria, sin tratarse de una psicosis.

S. Freud sostiene que “así como nuestra construcción solo es eficaz porque recibe un fragmento de experiencia perdida, los delirios deben su poder de convicción al elemento de verdad histórica que insertan en lugar de la realidad rechazada.” (Freud, 1937- 2013, 3373).

En la obra de Jacques Lacan, también en diferentes momentos él se refiere a la interpretación analítica. Luego Jacques Alain Miller los propondrá como medios de la interpretación. Se recortan algunos de ellos:

### *Resonancia*

En *Función y Campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, en el libro *Escritos 1* J. Lacan sitúa “las resonancias de la interpretación y el tiempo del sujeto en la técnica psicoanalítica” (Lacan, 2002, 278) remitiéndose al neologismo de Francis Ponge “*resón*” que surge de la condensación de “*raison*” (razón en francés) y “*resonance*” (resonancia en este idioma).

Afirma que Freud “lejos de reconocer la resistencia, usa de ella como una disposición propicia a la puesta en movimiento de las resonancias de la palabra. (...) Aprendemos que el psicoanálisis consiste en pulsar sobre los múltiples pentagramas de la partitura que la palabra constituye los registros del lenguaje. (...) Para que el mensaje del analista responda a la interrogación profunda del sujeto, es preciso en efecto que el sujeto lo oiga como la respuesta que le es particular.” (Lacan, 2002, 280) Se puede pensar el valor de la interpretación en éste que el sujeto lo oiga, ahí la resonancia, lo que resuena, lo que queda escuchado.

En el *Seminario 24: L'Insu que Saint de L Une Bevue S Aile a Mourre* J. Lacan vuelve a tomar este concepto mencionado en el apartado uno, pero esta vez sostiene que “el sentido es lo que resuena, es lo que resuena con la ayuda del significante. Pero lo que resuena, eso no llega lejos, es más bien flojo. El sentido, eso taponar. Pero con la ayuda de lo que se llama escritura poética, ustedes pueden tener la dimensión de lo que podría ser la interpretación analítica.” (Lacan, 44) Lo que resuena queda ubicado aquí por fuera del sentido.

### *Alusión*

En *La Dirección de la cura y los principios de su poder*, en el libro *Escritos 2*, J. Lacan sostiene que “la interpretación, para descifrar la diacronía de las repeticiones inconscientes, debe introducir en la sincronía de los significantes que allí se componen algo que bruscamente haga posible su traducción- precisamente lo que permite la función del Otro en la ocultación del código, ya

que es a propósito de él como aparece su elemento faltante.” (Lacan, 2013, 566)  
La alusión tiene que ver a lo que alude, si se piensa en términos de Falta en Ser, se alude allí donde no está.

### *Entre enigma y cita*

En el *Seminario 17: El reverso del psicoanálisis*, J. Lacan sostiene que “la interpretación analítica va en contra del sentido común del término” (Lacan, 2004, 15) y luego sostiene “el enigma es un decir a medias” (Lacan, 2004, 37)

Nos aclara entonces que “el enigma es la enunciación-con el enunciado, espabilense. La cita es: ya planteo el enunciado, y el resto, es el sólido apoyo que ustedes encuentran en el nombre del autor, cuya carga les endoso.” (Lacan, 2004, 37)

Luego J. Lacan agrega: “la cita a su manera también es un medio decir.” (Lacan, 2004, 38). El autor continúa sosteniendo que “la interpretación se establece a menudo por medio del enigma. Enigma recogido, en la medida de lo posible, en la trama del discurso del psicoanalizante, y que uno, el intérprete, no puede de ningún modo completar por sí mismo. (...) Cita, por otra parte, tomada a veces del mismo texto, de tal enunciado. Así es que puede pasar por algo efectivamente manifestado, sólo con que se le adjunte todo el contexto. Pero entonces uno apela al autor.” (Lacan, 2004, 38)

Se puede ubicar que aparece un juego entre el enunciado y la enunciación, entre lo que se dice y aquello que se sustrae en lo que se dice. El enigma da la pauta de que algo quiere significar, la cita abre la pregunta de ¿Quién lo dice?

### *El equívoco*

En *El Atolondradicho*, publicado en el libro *Otros Escritos*, J. Lacan sostiene “estos equívocos con que se inscribe lo accesorio de una enunciación se concentran en tres puntos-nudo donde se observara no sólo la presencia de lo impar sino que ninguno se impone al primero.” (Lacan, 2016, 515)

El término el atolondrado, *l etourdi*, equivoca homofónicamente con *les tours dits*, las vueltas dichas. En este texto J. Lacan toma el equívoco como un juego

permanente entre escritura y fonación. Esta última interviene en la comparación con la escritura.

El autor introduce tres puntos posibles para el equívoco “la homofonía, la gramática y la lógica”, (Lacan, 2016, 516) equívocos que no tienen solución, es decir, aparece la paradoja propia del lenguaje. Estos puntos son:

-homofónico: una palabra que suena igual a otra, pero que se escribe de otro modo.

-gramatical: depende donde se puntúe la oración cobra otro significado.

-lógico: tiene que ver con la estructura de la frase.

Para seguir trabajando acerca de la interpretación analítica, varios psicoanalistas hacen su lectura siguiendo los aportes de S. Freud y J. Lacan. Entre ellos, Inés Sotelo en su último libro *DATUS, Dispositivo analítico para tratamiento de urgencias subjetivas* trabaja la intervención del analista ligada a la pausa, el silencio y la interpretación. Ubica a estas tres dentro de las intervenciones posibles.

Así es que la autora considera que las intervenciones que aparecen del lado del corte de la entrevista y aquellas otras donde aparece el silencio tienen un lugar privilegiado en la teoría psicoanalítica. Sostiene que el corte de la sesión es un modo de intervención capital en la enseñanza de Lacan, debido a que ésta se guía por la lógica del discurso y no por reglas técnicas que están estandarizadas de antemano. Esta intervención está ligada a pensar que “el inconsciente se manifiesta como lo que vacila en un corte, donde surge un hallazgo, según lo afirma Lacan en el Seminario 11.” (Sotelo, 2015, 150). Es decir, intervenir con el estilo propio del inconsciente.

“La posición silente del analista responde a una lógica, a la que nos conduce Lacan en el *Seminario 14*, en el que diferencia *sileo* y *taceo*, palabras que, en latín, distinguen la ausencia de ruido del acto de callar.” (Sotelo, 2015, 149) Entonces ella aclara que *taceo* significa callar, guardar un secreto, no formular un elogio. Es a través del acto de callar que el analista ofrece su escucha. Por otro lado, ubica que “el silencio del analista no es cualquier silencio entre los silencios posibles. Es un silencio al que el analista se obliga, un silencio

ético emparentado con la docta ignorancia, un callar en acto que permite que se pongan en juego otros silencios.” (Sotelo, 2015, 152). El analista calla en tanto que ofrece su escucha, dando lugar a otros silencios.

Inés Sotelo considera que, para Lacan, el silencio del analista se deriva del decir a medias de la verdad, “decir a medias que linda con el silencio de la pulsión: He escrito la fórmula de la pulsión, arriba a la derecha del Grafo como \$ () D, es cuando la demanda se calla que la pulsión comienza. Pero si no he hablado en absoluto del silencio es porque *sileo* no es *taceo* (Lacan, inédito-a). *Sileo*: cuando la demanda calla, la pulsión comienza.” (Sotelo, 2015, 152)

Entonces se puede pensar que el silencio del analista implica introducir una falta, introducir el enigma del deseo en la plenitud muda de la satisfacción pulsional, tal como lo explica I. Sotelo.

La autora considera el texto llamado *Función y campo de la palabra y el lenguaje* “Lacan enfatiza el poder discrecional del oyente y agrega que, en la dirección al Otro, existe una diferencia entre reacción y respuesta: no hay respuesta sino para mi deseo (Jacques Lacan, 2008e) dando cuenta de la responsabilidad del analista: entonces aparece la función decisiva de mi propia respuesta y que no es solamente, como suele decirse, ser recibida por el sujeto como aprobación o rechazo de su discurso, sino verdaderamente reconocerlo o abolirlo como sujeto (Jacques Lacan, 2008e)” (Sotelo, 2015, 150)

Luego I. Sotelo localiza en relación a la interpretación que ésta “como señalamiento, indica justamente que sólo se puede alcanzar por vías indirectas ese lugar en que la verdad se dice a medias y la pulsión reina: el horizonte deshabitado del ser. La virtud de la interpretación es la virtud de la poquedad, del decir menos tonto, de la alusión.” (Sotelo, 2015, 152). Enfatiza aquí entonces la interpretación del lado de la alusión.

Otro autor, Jorge Chamorro, en su libro titulado *¡Interpretar!*, va desarrollando este concepto atravesado por los distintos momentos de la enseñanza de Jacques Lacan.

J. Chamorro sostiene que la interpretación analítica “barre con la rutina y evita lo esperable”, es decir que le da el estatuto de sorpresa y este punto la

ubica del lado del corte, del estilo del inconsciente. (Chamorro, 2017, 8). Así como lo inconsciente irrumpe, del mismo modo la interpretación analítica adquiere ese estilo, al no poder ser explicada ni anticipada, sino que “destituye todo lo que decíamos, dice otra cosa.” (Chamorro, 2017, 18).

Este autor ubica la interpretación analítica del lado del equívoco, en el punto en que dice muy poco, es una reducción. Es un trabajo que apunta a la reducción sistemática de la proliferación de sentido, de palabras, etc. Y luego nos aclara que “la interpretación analítica es una lectura”. (Chamorro, 2017, 28) Se subraya este punto en tanto el analista es un lector.

También J. Chamorro sostiene que un psicoanálisis se define por la interpretación que se hace, es decir que, en la práctica, y en cada caso esta juega un papel fundamental.

Este autor ubica tres tiempos de la interpretación: primero la interpretación por la cita, que implica extraer del discurso del paciente una cita, palabra, o frase; luego confrontar al sujeto haciéndolo perder los estribos del sentido de lo que está queriendo decir, y finalmente obstaculizar el retorno al sentido del contexto en el que estaba hablando. Considerando que discurso del paciente se guía por la asociación libre, tal como lo plantea S. Freud.

J. Chamorro sostiene que el silencio forma parte de la interpretación, en tanto este implica un “silencio de sentido” (Chamorro, 2017, 39) y de este lado es que ubicamos la interpretación por alusión, es decir “es aludir a algo sin decir porque uno alude a eso.” (Chamorro, 2017, 40)

La interpretación tiene un carácter afirmativo, provocador. En este sentido es apofántica, es decir asertiva. El autor considera que apunta a “movilizar los sentidos fijos del código habitual de la comunicación para dar lugar a la creación de sentidos nuevos.” (Chamorro, 2017, 47) Sabiendo que la esencia del sentido es fugarse. Y sostiene “cuando pasamos a la fuga de sentido, lo que queda no es el vacío, sino la escritura” (Chamorro, 2017, 50) es decir, hacer de los significantes una letra.

Lucas Rodriguez, Graciela Tutanoski, Valeria Mazzia y Lucia Moavro retoman este punto en un artículo titulado *La elaboración psíquica en la clínica*

*de la urgencia*, al sostener que el psicoanálisis apunta a “desgajar a la lengua de su uso común y corriente y hacerla resonar en sus múltiples sentidos. Es el equívoco el que tiene el efecto doble de sentido y de agujero” (Facultad de Psicología, UBA, Revista universitaria de psicoanálisis, 2018 Nro18, 51) Explican esto haciendo mención al uso de la resonancia que hace Lacan en tanto esta ya no es solo resonancia de sentido, sino que queda ligada a la pulsión con la resonancia corporal de la palabra. Retoman dos preguntas de Miller “¿Cuáles son las consecuencias, el alcance de las palabras para el analizante? ¿Qué lectura del analista permite medir ese alcance?” (Miller, 2014, 195)

Para retomar la cuestión de la lectura, y siguiendo con el concepto de interpretación debido a que ambas se enlazan, es interesante considerar dos textos de Jacques Alain Miller.

En *Leer un síntoma*, publicado por la *Revista Enlaces*, él recorta dos términos fundamentales en la experiencia analítica. “El bien decir en el psicoanálisis no es nada sin el saber leer” ([revistaenlaces.com.ar/archivos/enlaces\\_y/la\\_escuela/Leer\\_un\\_sintoma\\_J\\_A\\_Miller.pdf](http://revistaenlaces.com.ar/archivos/enlaces_y/la_escuela/Leer_un_sintoma_J_A_Miller.pdf)) y localiza que en un primer momento el bien decir y saber leer están del lado del analista, pero a lo largo de la experiencia analítica se trata de que el bien decir y el saber leer se transfieran al analizante.

Así es como J. A. Miller considera que en el campo psicoanalítico no se trata solamente de la escucha sino también de la lectura. “En el campo del lenguaje sin duda el psicoanálisis toma su punto de partida de la función de la palabra, pero se refiere a la escritura. Hay una distancia entre hablar y escribir. En esta distancia opera el psicoanálisis, es esta diferencia lo que el psicoanálisis explota.”

([revistaenlaces.com.ar/archivos/enlaces\\_y/la\\_escuela/Leer\\_un\\_sintoma\\_J\\_A\\_Miller.pdf](http://revistaenlaces.com.ar/archivos/enlaces_y/la_escuela/Leer_un_sintoma_J_A_Miller.pdf)) Es interesante este punto para localizar al analista lector, quien lee en lo que se dice, pero esto nos lleva a pensar también en la interpretación por el equívoco, donde aparece el saber leer en esa distancia “entre” lo que se dice y lo que se escribe.

Sin embargo, este autor nos advierte que cuando estamos en el campo de la escucha lo que se escucha siempre es el sentido, y la finalidad del sentido

es constantemente llamar al sentido ya que éste se desliza en la cadena significativa. “Se trata por el contrario de explorar lo que es el psicoanálisis y lo que puede a nivel propiamente dicho de la lectura, cuando se toma distancia de la semántica.” (revistaenlaces.com.ar/archivos/enlaces\_y/la\_escuela/Leer\_un\_sintoma\_J\_A\_Miller.pdf)

Esto lo había sostenido Jacques Lacan en el *Seminario 17: El reverso del psicoanálisis* cuando afirma que “el sentido, si puede decirse así, se encarga de ser. Hasta no tiene otro sentido. Solo que, desde hace tiempo, se vio que esto no llegaba a dar el peso de la existencia, precisamente. Cosa curiosa, el sinsentido sí que pesa.” (Lacan, 2004, página) Es decir que el sentido llama siempre al sentido, esto puede ser infinito, se produce siempre una “fuga de sentido”, mientras que la interpretación debe apuntar al sinsentido, ya que éste por el contrario tiene el peso de la existencia, donde permite poner una puntuación, un corte, un señalamiento.

J. A. Miller sostiene que “la lectura, el saber leer consiste en mantener a distancia la palabra y el sentido que ella vehiculiza a partir de la escritura como fuera de sentido, como *Anzeichen*, como letra, a partir de su materialidad. (...) Es decir, la disciplina de la lectura apunta la materialidad de la escritura, es decir la letra en tanto que produce el acontecimiento de goce que determina la formación de los síntomas.” (revistaenlaces.com.ar/archivos/enlaces\_y/la\_escuela/Leer\_un\_sintoma\_J\_A\_Miller.pdf) Acá se puede subrayar el estatuto de la letra, es decir la lectura que apunta, se orienta por el goce, a que por medio de lo simbólico intenta poder tocar lo real. Saber leer, por lo tanto, implica siempre un trabajo de reducción. Ya no se tratará solamente de descifrar sino de localizar la letra. Es en este sentido que la interpretación del lado del saber leer se dirige a “reducir al síntoma a su fórmula inicial, es decir al encuentro material de un significante y del cuerpo, es decir al choque puro del lenguaje sobre el cuerpo. Entonces para tratar el síntoma hay que pasar por la dialéctica móvil del deseo, pero también es necesario desprenderse de los espejismos de la verdad que ese desciframiento les aporta y apuntar a más allá de la fijeza del goce, a la opacidad de lo real.”

([revistaenlaces.com.ar/archivos/enlaces\\_y/la\\_escuela/Leer\\_un\\_sintoma\\_J\\_A\\_Miller.pdf](http://revistaenlaces.com.ar/archivos/enlaces_y/la_escuela/Leer_un_sintoma_J_A_Miller.pdf))

En otro de sus textos, *Las palabras que hieren* Jacques Alain Miller sostiene que el arte de la interpretación no se enseña. Afirma que el psicoanalista lee, pero que esta lectura no se realiza ni en los astros, ni en las líneas de la mano, ni en la borra de café, ni en la bola de cristal, sino que el psicoanalista lee en lo que se dice. “Leer en lo que se dice, supone una transmutación de la palabra en tanto que la palabra como tal, como señala Lacan, no se lee lo que dice. La interpretación supone transmutación de la palabra en escritura.” ([www.freudiana.com/las-palabras-que-hieren/](http://www.freudiana.com/las-palabras-que-hieren/)) Tal como se ha venido sosteniendo se trata de leer y también de lo que se escribe.

Es importante considerar como lo manifiesta J. A. Miller que “inconsciente y repetición van de la mano, cuando uno dice cómo interpreta dice al mismo tiempo cual es la noción que tiene de inconsciente.” ([www.freudiana.com/las-palabras-que-hieren/](http://www.freudiana.com/las-palabras-que-hieren/)) Esto se puede ver a lo largo de la enseñanza de Lacan, cómo va construyendo la noción de inconsciente, y pensando alrededor de éste la interpretación analítica.

La interpretación supone un mensaje a descifrar, pero si se arma un sentido, éste está luego destinado a perderse, es decir, no quedarse fijado al sentido. Si bien la atmósfera interpretativa es necesaria en la experiencia analítica, el autor considera que la interpretación no se reduce a ella.

La interpretación implica una revelación, en tanto ella levanta el velo de lo imposible de decir, y lee lo que no se puede decir, más allá de la represión. J. A. Miller sostiene que implica “revelar en la interpretación lo que el sentido debe al goce, solo da sentido lo que hace gozar.” ([www.freudiana.com/las-palabras-que-hieren/](http://www.freudiana.com/las-palabras-que-hieren/))

Para finalizar, es importante señalar, como lo sostiene J. A. Miller, que la interpretación analítica es algo que no se puede anticipar, en el sentido de que no es una técnica, sino que se pone a jugar en la experiencia misma, y es por eso que el autor lo compara con un golpe de dados que se lanza en el momento oportuno, ya que allí no hay reglas.

Por último, en el curso *Entonces Ssssh...* en el texto titulado *La interpretación al revés*, donde Jacques-Alain Miller plantea que “la edad de la interpretación ha quedado atrás nuestro” (Miller, 1996, 7) y así es como piensa que, si bien se sigue usando en psicoanálisis el término interpretación, este mismo término se puede pensar ahora de otro modo.

Lo que él propone es que “la interpretación no es otra cosa que el inconsciente mismo” (Miller, 1996, 7) y explica que en el concepto mismo de interpretación está incluido el concepto de inconsciente. Se puede pensar entonces que es el inconsciente el que interpreta y el autor explica esto sosteniendo que cuando el analista interpreta lo hace en un segundo tiempo, de modo de hacer pasar la interpretación desde un “estado *salvaje* en el que se demuestra que está en el inconsciente, al estado *razonado* al que intenta llevarla.” (Miller, 1996, 8).

El decir que los modos de la interpretación analítica tales como hacer alusión, sobreentender, hacer silencio, hacer oráculo, citar, hacer enigma, mediodecir, revelar; “¿quién hace eso mejor que nosotros, sino el inconsciente mismo?” (Miller, 1996, 8) se pregunta J. A. Miller. La interpretación, entonces, apunta a enseñarnos a hablar como el inconsciente.

Este autor vuelve a pensar sobre los diversos modos de la interpretación, como se ha señalado. Cuando se cita en los dichos del paciente, cuando se descontextualiza un significante para hacer aparecer un nuevo sentido. La interpretación como modo de descifrar, es decir, cifrar un sentido nuevo. El corte, donde se apunta a separar el S1 del S2.

J. A. Miller sostiene que “el inconsciente interpreta, y el analista, si interpreta, interpreta a continuación suyo.” (Miller, 1996, 9). Aparece una paradoja en el punto en el que inconsciente también llama a la interpretación. Si interpretar es cifrar, hay que ubicar que allí se juega una satisfacción. El autor recuerda que S. Freud comenzó interpretando los sueños, y luego los síntomas, que se presentaban como un mensaje a ser descifrado.

Pero J. A. Miller avanza diciendo que “el fantasma es una frase que se goza, mensaje cifrado que encubre el goce. El síntoma mismo debe pensarse a partir del goce, como el *sinthome*.” (Miller, 1996, 10). Así es como diferencia

éste punto: interpretar a modo del inconsciente quedaría del lado del principio de placer; mientras que él propone que se trata de interpretar en sentido contrario del inconsciente, es decir, más allá del principio de placer.

El significante en cuanto tal, “como la cifra” (Miller, 1996, 11), separado de la significación siempre llama a ser interpretado, a agregar un sentido nuevo. Pero en este punto advierte que el sentido en sí tiene estructura de delirio. Se tratará por tanto de producir un desciframiento, pero no por el lado del sentido. Poder cernir el S1 que ha comandado la vida de un sujeto.

Así es como J. A. Miller recuerda también, que en la última enseñanza Jacques Lacan éste recurre al texto de Joyce titulado *Finnegans Wake*, justamente porque este texto “juega con la relación de la palabra y de la escritura, del sonido y del sentido, tejido de condensaciones, de equívocos, de homofonías.” (Miller, 1996, 12). Es un texto que no puede ser interpretado, ni traducido. Aparece más bien lo que queda del lado de “la fuga del sentido”, lo que se escapa del sentido. (Miller, 1996, 12)

La interpretación por lo tanto revela más bien “una opacidad irreductible en relación del sujeto con *lalengua*.” (Miller, 1996, 12), tal como lo describe J.A. Miller.

Entonces de este recorrido es que el autor sostiene la idea del título de que la interpretación analítica funciona al revés del inconsciente. Esto lleva a desarrollar lo que implica pensar a la interpretación por fuera del sentido.

### La interpretación por fuera del sentido

En otro momento de su enseñanza Jacques Lacan vuelve a trabajar la cuestión de la interpretación, en *La Tercera*, afirma que la interpretación “debe ser el *ready-made* de Marchel Duchamp, a ver si con esto pescan algo.” (Lacan, 1988, 84). Para poder pescar a qué se refiere se realizará un breve recorrido por un texto que nos permite situar lo que es un *ready-made*.

Es interesante destacar que hay un gesto del artista a la hora de elegir un objeto, y es en *La Apariencia Desnuda*, Octavio Paz nos describe a los *ready-*

*made* como “objetos anónimos que el gesto gratuito del artista, por el solo hecho de escogerlos, convierte en obra de arte.” (Paz, 1989, 31).

Luego, este autor los define como artísticos, y refiere este punto no porque se trate del arte o del anti-arte, sino “algo que está entre ambos, indiferente, en una zona vacía.” (Paz, 1989,31). Aparece el vacío. El autor aclara que no se trata de si son bellos, o feos, ya que están más allá de esto, “no son obras sino signos de interrogación o de negación frente a las obras. El *ready-made* no postula un valor nuevo: es un dardo contra lo que llamamos valioso.” (Paz, 1989, 31). Esta idea de dardo, de en contra de lo valioso, sitúa que se trata de algo de otro orden.

Marcel Duchamp se interroga sobre qué es el gusto. Refiere que éste no estaba presente en los primitivos, quienes más bien repetían ciertos arquetipos. El gusto nace después, en Occidente moderno. Aparece con el Renacimiento, pero cobra importancia a partir del Barroco. En el siglo XVIII fue la nota de distinción de los cortesanos, y luego en el siglo XIX fue la marca de los advenedizos. Su nacimiento coincide con la desaparición del arte religioso y su crecimiento aparece debido al mercado libre de objetos artísticos y a la revolución burguesa. Surge esta frase que dice que sobre gustos no hay nada escrito, es decir, que depende de quién es el catador. “Oscila entre el instinto y la moda, el estilo y la receta.” (Paz, 1989, 32)

“Si desde el impresionismo la pintura se ha convertido en materia, color, dibujo, textura, sensibilidad, sensualidad (...) el *ready-made* es una crítica del arte retiniano y manual.” Así es como el autor sostiene que “el artista no es un hacedor; sus obras no son hechuras sino actos.” (Paz, 1989, 32)

Marcel Duchamp resalta que en el arte lo único que cuenta es la forma, ya que las formas emiten significado, proyectan sentido. En este sentido el *ready-made* se diferencia de la forma debido que implica una no-significación. Por eso puede ser tanto un objeto hermoso como repulsivo, o ni siquiera resultar interesante. Se presenta como un “objeto neutro.” (Paz, 1989, 33).

El *ready-made* aparece más bien como “desalojado, fuera del contexto original (...) pierde todo su significado y se transforma en un objeto vacío, en cosa en bruto.” (Paz, 1989, 34).

“El *ready-made* no es una obra sino un gesto que solo puede realizar un artista, y no cualquier artista precisamente, Marcel Duchamp.” (Paz, 1989, 34). Vuelve a aparecer la importancia del gesto.

Luego este autor nos comenta que algunos artistas chinos “escogían piedras que les parecían fascinantes y las convertían en obras de arte por el sólo hecho de grabar o pintar sus nombres en ellas.” (Paz, 1989, 35) Piensa en este sentido cómo la naturaleza misma es creadora, pero que es el hecho de escoger una piedra entre muchas lo que equivale a darle nombre. Esto le permite pensar como “El hombre- o la firma del artista- hace entrar al paraje- o a la piedra- en el mundo de los nombres; o sea: es la esfera de los significados. El acto de Duchamp arranca al objeto de su significado y hace del nombre un pellejo vacío.” (Paz, 1989, 35). Entonces, así como para los chinos escoger la piedra, se convierte en un acto de elevación un elogio, el acto de Duchamp más bien es una crítica. “Duchamp escoge un objeto manufacturado: inscribe su nombre en una negación y su gesto es un desafío.” (Paz, 1989, 36). Acá aparece la negatividad del objeto manufacturado, de los objetos que se crean, se fabrican. En tanto que “la inyección de ironía niega a la técnica porque el objeto manufacturado se convierte en *ready-made*: una cosa inservible.” (Paz, 1989, 37).

Entonces Marcel Duchamp piensa el *ready-made* como un arma de dos filos “si se transforma en obra de arte, malogra el gesto de profanación; si preserva su neutralidad, convierte al gesto mismo en obra.” (Paz, 1989, 37).

El principal problema era el acto de escoger, en sí mismo, ya que éste debía reducir su gusto personal a cero. “Decidir que en un momento venidero elijo un *ready-made*. Lo que cuenta entonces es la cronometría, el instante hueco... es una suerte de cita, (...) un encuentro en el tiempo árido de la indiferencia. (...) Una cita con nadie, cuya finalidad es la no-contemplación.” (Paz, 1989, 38).

Se trata más bien de “entronizar una nadería y, una vez en su trono, negarla y negarse a sí mismo” (Paz, 1989, 38), tal como lo sostiene el autor, aclarando que no se trata entonces de un acto artístico, sino de un arte de liberación.

A partir de esto es que Alejandra Eidelberg en un texto titulado *Del equívoco al disparate: un intento*, publicado en la *Revista El Caldero Nro. 47*, retoma esta idea de que los *ready mades* son objetos manufacturados, más o menos comunes, como puede ser un urinario, un sacacorcho, que es elegido por el artista sin que éste ponga en juego sus emociones o gustos estéticos. Estos objetos tienen la característica de ser aislados de su contexto original, firmados, titulados y expuestos como obras de arte en alguna institución.

Jacques Lacan se sirve de ellos para poder pensar a la intervención analítica que apunta a lo real, en la medida en que:

-el referente mismo se puede hacer signo por el solo acto de quien lo elige. Este acto debe estar desprendido de todo gusto fantasmático, y se reduce a su función enunciativa: que se muestre equivale a que se diga.

-el objeto desalojado de su contexto original pierde el significado y se vacía, por lo tanto, es posible un equívoco tridimensional puesto en escena, más allá de las palabras.

-se trata de una operación que produce impacto y sorpresa, ya que el objeto, desprendido de todo cuerpo organizado y de toda relación utilitaria, se vuelve resto insignificante, disparatado.

-no se trata de un acto que pueda hacer cualquiera, ni que se pueda realizar en cualquier momento, sino que exige el tiempo propio de la transferencia, que permita consentir al fracaso del encuentro que busca el sentido y la armonía.

### ¿Cómo interviene el analista en la urgencia?

Luego de este recorrido por la interpretación analítica surge la pregunta sobre la especificidad en la urgencia: ¿cómo interviene el analista allí justamente donde en la urgencia se presentifica el sinsentido? Momento en que la trama se encuentra desentramada.

En las consultas de urgencia se invita al paciente primero a pasar por la palabra, a armar un relato, un texto, para luego hacer una lectura que parta de esos dichos. Y depende quién es el lector cómo serán leídos estos dichos. Se

escuchará el modo en que sean contados, narrados, debido a que el analista trabaja con el texto del paciente. Así es como Inés Sotelo en su libro *Clínica de la urgencia* sostiene que no se trata de “consentir la demanda desesperada del sujeto de volver a ser el de antes y en su lugar le proponemos recorrer el camino de los vericuetos de su decir” (Sotelo, 2007, página) ya que es esto lo que le permitirá armarse una nueva versión de su historia.

El analista se ofrece como lector de ese mensaje que emerge en la consulta, allí donde aparece “el sufrimiento humano estructurado como un mensaje y hay que leerlo, en todo caso habrá que ver si hay ahí lectores, si hay quien esté dispuesto a leer y a alojar ese padecimiento tal cual llega.” (Sotelo, 2007, 29-30)

La autora ubica también que “cuando el sujeto está atravesado por una urgencia, su vivencia es la de “no hay tiempo.” (Sotelo, 2007, 31) Es por eso que siempre interesa preguntar bastante en la primera entrevista, detenerse en las coordenadas que lo trajeron a esa consulta: ¿Por qué llego? ¿Por qué hoy? ¿Qué lo trajo? ¿Por qué acá? Es decir, preguntas que permitirán comenzar a entramar alguna red en relación a eso que aparece desarticulado del resto de la vida. Recorrido entonces del sinsentido inicial a enlazarlo a un sentido posible, aunque éste sea provisorio. Esas preguntas permiten armar una trama que posibilitan un pasaje de los hechos al dicho y del dicho al decir.

Otro autor que permite seguir trabajando acerca de la posición del analista en la urgencia resalta como en esta se manifiesta la irrupción de un fenómeno elemental. Más allá de la estructura - del campo de la neurosis o de la psicosis- considera que se trata de un Uno que aparece solo y algo dice, en la urgencia. Es Ricardo Seldes, quien en su libro *La urgencia dicha* sostiene: “nos sirve pensar a la urgencia, el significante opaco que la produce, como la irrupción de un fenómeno elemental, una alucinación verbal, el Uno único que habla solo.” (Seldes, 2019, 52).

El autor propone entonces que en el análisis se trata de restituirle un dos a ese Uno que aparece solo, y esto es posible debido a que se le agrega la interpretación. Se puede ubicar entonces a la interpretación del lado de un S2 que le permite producir sentido. Entonces en la experiencia analítica “se lo

inscribe en un saber, se le otorga sentido, pero para llegar al cese del saber y al cese del sentido.” (Seldes, 2019, 52). A ese Uno de la urgencia es necesario agregarle un sentido, aunque sea en un primer momento, destinado después a perderse como se mencionaba.

Pero R. Seldes diferencia el análisis del tratamiento de la urgencia, ya que en esta última no se pretende tanto, sino que “alcanza con inscribirla en un saber, que se le acuerde un sentido, ubicar lo que ha producido la caída de un discurso, obtener un abrochamiento o un intento de suplencia que permita al sujeto estar al tanto de lo que lo traumatiza, incluso que le permite hacer un rodeo para evitarlo.” (Seldes, 2019, 53) Saber que permita abrochar, suplir, lo que en un primer momento aparece suelto, a la deriva.

Para producir este pasaje se tratará al principio de instalar una oferta, proponerle al sujeto la posibilidad de que emerja en tanto se lo causa al decir. Se está advertidos, en este campo, de que urgencia implica un tiempo de concluir acelerado, aparece la prisa que señala algunas veces el horizonte del pasaje al acto. Por eso proponer una pausa implica un trabajo. “Ubicamos allí el tiempo del consentimiento a las intervenciones que realizamos. Si estas interpretaciones resultan eficaces, se pone en juego la decisión responsable, segundo tiempo, notable subversión de la providencia del inconsciente salvaje que arroja al sujeto a la máxima angustia.” (Seldes, 2019, 53)

Se tratará entonces tal como lo manifiesta R. Seldes de permitirle al sujeto que se oriente a partir del recorte de algunos significantes amo que se producen allí, permitiéndonos a partir de esta orientación salir de este fuera de sentido que se presenta en la urgencia. Pero a su vez se sabe que “no se trata simplemente de reparar la cadena significativa rota en forma aguda, sino, que es la relación entre un lugar y un tiempo para el surgimiento de la dimensión subjetiva del individuo que demanda algo; cuál es su relación con el inconsciente.” (Seldes, 2019, 53). Seldes propone entonces ubicar algunos significantes amo que comandan, que permitan leer el inconsciente.

El autor cita la conferencia de J. A Miller titulada *Una fantasía*, donde sostiene que hay que pensar la transferencia al revés. “No es el sujeto supuesto saber el pivote de la transferencia, sino que es el amor el pivote del sujeto

supuesto saber. Nos gusta pensar que el pasaje del tiempo de la constitución de una ignorancia artificial, estado de sujeto según Lacan, al momento siguiente, el del consentimiento, implica la configuración de un sujeto supuesto saber la solución del problema que se ha armado.” (Seldes, 2019, 54)

Ricardo Seldes considera de este modo que se trata de interpretar de entrada, ya que esto permite ubicar cuales son las coordenadas del sujeto desde el momento mismo que llega. En la urgencia las intervenciones son más directas y activas que las que habitualmente suelen hacerse en el tratamiento. Es decir, que allí donde aparece el sin sentido, el analista interviene para localizar las coordenadas que produjeron el quiebre.

Para esto Ricardo Seldes introduce la noción del analista-trauma en la urgencia. Y considera que la noción analista- trauma corre a contrapelo del sentido común, ya que suele pensarse que el terapeuta es quien resuelve el trauma, quien lo neutraliza. Pensar al analista-trauma implica, por el contrario, “percibir una orientación clínica que encauza la práctica hacia las marcas de goce sobre el cuerpo, hacia la singularidad.” (Seldes, 2019, 65). Entonces, se trata de orientarse por el goce, no solo por la vía del sentido.

Este autor agrega entonces que se trata de traumatizar el discurso común, allí donde el analista se presenta como un *parteneire* que traumatiza el discurso común con el fin de autorizar el discurso del inconsciente, de ese saber que no se sabe. “Por la posición que el analista ocupa, se transforma en el garante del inconsciente que emerge siempre en su dimensión de ruptura con el sentido establecido.” (Seldes, 2019, 67). Traumatizar el discurso común, podría pensarse como habilitar el despliegue del discurso que tiene que ver más allá del enunciado con la enunciación.

Entonces Ricardo Seldes se pregunta de qué manera opera el analista-trauma y considera que esto es posible en tanto un psicoanalista se encauza hacia las marcas singulares del goce sobre el cuerpo. “En este punto al nombrarlo trauma produce un sentido en el borde del sinsentido. Si es traumático es porque empuja a hablar.” (Seldes, 2019, 69)

Considera, este autor, entonces que “la irrupción de lo real provoca un plus de gozar que deja al sujeto con poca disposición de la libido “sublimatoria”

y la que queda no hace sino alimentar el síntoma.” (Seldes, 2019, 75). La urgencia queda entendida entonces como agujero en el tiempo, o el tiempo de la eternización, en tanto cuando un acontecimiento traumático irrumpe es difícil simbolizarlo o imaginarizarlo. Luego vendrán las respuestas subjetivas frente a esto que irrumpió.

El analista, en la urgencia, interviene en un primer momento dejando de lado el saber acumulado. Luego “se trata de captar de qué manera han aparecido los fenómenos de separación, fenómenos de goce en donde el sujeto pierde el rumbo, el sentido. Se trata de traumatizar el sinsentido, sin alimentarlo con nuevos sentidos”. (Seldes, 2019, 75).

Parafraseando a Lacan R. Seldes sostiene “podemos contentarnos que mientras dure un rastro de lo que hemos instaurado, habrá psicoanalistas-trauma para responder a ciertas urgencias y transformarlas en subjetivas. Que cada uno encuentre algo acerca de la lengua que habla en sí, que logre producir algún significante que ponga el tiempo en movimiento otra vez para que el pasado pueda existir como tal.” (Seldes, 2019, 75)

Se tratará entonces de conmover los sentidos gozados, ya que esto permite “traumatizar los sentidos gozados dan una nueva chance al deseo y al amor como renovación de los lazos vivos” (Seldes, 2019, 76), esa sigue siendo según él la apuesta del analista.

Ram Mandil, en su libro *Psicoanálisis en tiempo real* también trabaja cual es el tratamiento analítico de la urgencia. Para esto toma una indicación de Lacan, dada en el *Prefacio de la Edición inglesa del Seminario 11* ahí donde considera que la redacción misma de ese texto fue afectada por los casos de urgencia que Lacan está tratando. Es en ese texto donde Lacan nos confiesa “escribo, sin embargo, en la medida en que creo deber hacerlo, para estar al día con esos casos, para hacer con ellos el par.”

Según R. Mandil esta es una indicación precisa de lo que sería el modo analítico de tratar los casos de urgencia, o sea, poder hacer par con estos casos. Entonces considera que en la urgencia lo que aparece es la demanda de un par, de que algo se torne par de aquello que emerge bajo la forma misma de la urgencia. Considera entonces que “una respuesta más inmediata es que este

par pueda ser otro significante y que con esto se agregue un sentido al sin sentido del acontecimiento traumático”. (Mandil, 2019, 58). Es decir, que se trata de hacer el par con los casos de urgencia, y esto no sería solamente articular un S2 frente al sin sentido inicial.

Entonces este autor avanza sosteniendo: “Lacan ya indicó en *Función y Campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis* que, si no hay nada creado que no aparezca en la urgencia por otro lado, no hay nada en la urgencia que no engendre su rebasamiento a la palabra.” (Mandil, 2019, 58). Es decir que, si bien sabemos que hablar alivia, “la perspectiva psicoanalítica indica que el rebasamiento de la urgencia en la palabra se realiza en otro lugar. Y es lo que Lacan señala más adelante, en ese mismo pasaje sobre la urgencia: pero nada también que no se haga en ella contingente.” (Mandil, 2019, 59).

R. Mandil ubica así a partir de esta cita que el rebasamiento de la urgencia aparece allí donde algo no cesa de escribirse, algo inexorable, con la fuerza de un destino de carácter mortífero. “En este sentido el tratamiento de la urgencia va en dirección con lo que Eric Laurent denominó “el reverso del trauma” que es la posibilidad de aislar el elemento simbólico que emergió de lo real del encuentro traumático, de desconectarlo de la red de necesidad, de fatalidad de la cual fue inscripto y encontrar un nuevo destino y un nuevo uso para él.” (Mandil 2019, 59). Resulta interesante en este punto como plantea de que se trata de poder aislar ese S1 que comanda, y de desconectarlo de la fatalidad de la que fue inscripto, para que encuentre un nuevo destino, más vivificante.

Por esto el autor sostiene que no se trata de reprimir los estados de urgencia, ya que es necesario considerar que hay en estos estados una demanda de satisfacción que atraviesa toda la experiencia analítica. Se tratará de considerar la fuerza propulsora de la urgencia y para poder orientarla hacia una nueva dirección.

R. Mandil considera que esta era la apuesta de Lacan respecto a la formación de los analistas. Y toma ahora otro texto, titulado *Del sujeto por fin cuestionado* donde ahí postulaba “mientras dure un rastro de lo que hemos instaurado, habrá psicoanalistas para responder a ciertas urgencias subjetivas” (Mandil, 2019 60). Es decir, que hay que subrayar que es necesario que el deseo

del analista se ponga en juego, allí, para responder a las urgencias. Sin ese deseo despierto, eso no sería posible”. (Mandil, 2019, 62).

Agregaré luego, que además del deseo se necesita la presencia del analista, que va más allá de su presencia en cuerpo, nos aclara. Es necesario el deseo despierto del analista para que la urgencia pueda ser tratada, no retroceder allí.

### La dimensión del tiempo en la urgencia

Jacques Alain Miller en el *Seminario El ultimísimo Lacan* hace referencia a la modalidad temporal propia de la urgencia, “que responde a la llegada o inserción de un traumatismo” (Miller, 2014, 20) ahí donde justamente en la urgencia el tiempo no es el tiempo del reloj, el tiempo cronológico, sino que se tratará en todo caso del tiempo lógico. Para pensar la cuestión del tiempo y su relación con la urgencia Inés Sotelo trabaja el escrito de Jacques Lacan *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma*, diferenciando los tres tiempos lógicos propuestos por Lacan.

La autora parte de una premisa “frente al no hay tiempo, el analista propone: hay todo el tiempo”, en el sentido de que el analista abre un tiempo para que el paciente pueda desplegar aquello de lo que padece, aunque se sepa que el tiempo es finito se desliza la posibilidad de una apertura.

Aparece al comienzo “un instante para ver, localizar algo de esa urgencia. Este tiempo en el cual el sujeto pueda decir algo acerca de sí mismo, habrá que ponerlo en relación a otros. Se tratará luego de que el sujeto pueda abrir un tiempo de comprender. Finalmente, el último tiempo, cuando el sujeto atraviesa la puerta, es el momento de concluir.” (Sotelo, 2007, pag) El segundo tiempo no se puede eternizar ya que hay un momento en que se precipita un final sin la certeza absoluta sino con cierta certidumbre subjetiva, por eso se llama un aserto de certidumbre anticipada. Aparece una certidumbre sin garantías.

La tarea del analista será para Ines Sotelo abrir esa brecha, ese espacio, intentando que la apertura de ese otro tiempo deje alguna marca en el sujeto. Es decir, que pese a se sabe que no hay todo el tiempo, y que esto tiene el estatuto

de una ficción, se oferta ese tiempo para que se despliegue el tiempo de comprender, el tiempo del despliegue de la cadena significante, para que emerja el sujeto y la urgencia pueda subjetivarse, pueda producirse la salida de la misma.

Entonces, como se venía señalando la cuestión de la urgencia se enlaza al tiempo. En su libro *Perspectivas de la clínica de la urgencia* Inés Sotelo sostiene que “frente a la prisa por concluir que atraviesa a quienes participan de la urgencia, el analista propone una pausa, en principio para leer lo que acontece.” Esto es posible en tanto el analista se ofrece con su escucha, como un otro lector.

El tiempo de comprender implica un tratamiento de lo real por vía de lo simbólico separándolo al sujeto de los significantes que lo alienan. El analista ira produciendo distintas escansiones en el discurso del paciente “por medio de lo que interpreta y por ese acto mayor que consiste en decir que se terminó.” (Sotelo, 2009, 29-30). Es decir que, si en la urgencia aparece salteado el tiempo de comprender, es aquello que intentará abrir y desplegar el analista. Allí donde del instante de ver se pasó a una conclusión apresurada.

En su último libro, *DATUS, Dispositivo analítico para tratamiento de urgencias subjetivas* Inés Sotelo sostiene que “la interpretación psicoanalítica puede ser un orientador para la atención a la demanda en urgencias.” Se tendrá en cuenta siempre lo singular de cada caso, y será la apuesta del analista que esa urgencia pueda subjetivarse, que algo del orden de la palabra pueda articularse, allí donde la urgencia misma presentificó la ruptura en la cadena significante.

Esta autora considera que el analista orientará sus intervenciones a partir de una serie de supuestos, teniendo la convicción de la existencia del inconsciente. “El padecimiento del sujeto puede leerse como un mensaje, es decir, interpretar el grito como un llamado. ¿y qué es lo que hace de un grito un llamado? El acuse de recibo de Otro (Miller, 1998b). El grito deviene llamado cuando el Otro lo interpreta como tal”. (Sotelo, 2015, 159) En este sentido en la urgencia, la intervención apunta a abrir la vía significante; el sufrimiento puede ponerse en palabras desplegando sus relaciones con el deseo inconsciente,

articulado en la palabra. La interpretación apunta a la verdad, en tanto singular, propia del sujeto, no en tanto veracidad de los hechos. El psicoanalista apuesta al sujeto y que solo él posee el saber sobre su padecimiento.

Ya no se tratará de que la interpretación descifre un significado oculto en el padecimiento, “sino a sostener el enigma del deseo articulándolo como alusión, evitando señalar el sentido, pero propiciando la producción del sujeto.” (Sotelo, 2015, 159- 160)

Inés Sotelo sostiene que en la medida en que se propicia que el paciente pueda construir un relato, se intentará localizar allí la aparición de la urgencia, “su relación con los acontecimientos de la vida posibilita comenzar a armar una trama, ligando S1-S2, la urgencia comienza a hacerse propia.” (Sotelo, 2009, 27)

Ram Mandil ubica también la cuestión del tiempo en la urgencia. En su libro ya mencionado *El psicoanálisis en tiempo real* sostiene que el tiempo atraviesa la experiencia analítica, desde principio a fin. Y que el tiempo queda ligado al estatuto que le damos al inconsciente. Siendo este un estatuto ético, ya que el deseo se encuentra implicado, “se trata de un inconsciente cuyo estatuto es afectado por el deseo del analista.” (Mandil, 2019, 49)

Este autor toma la cuestión del tiempo real, que se introdujo a partir de las tecnologías de la información y de la comunicación. “Los sistemas en tiempo real funcionan a partir del modelo arco reflejo, o sea, en términos de estímulo respuesta”, (Mandil, 2019, 46) esto involucra softwares y redes capaces de recibir datos, procesarlos y responder de modo muy rápido. Considera que estamos cercados por un mundo que funciona cada vez más en tiempo real.

Sin embargo, como analistas, R. Mandil sostiene que “nos interesa el modo en que una perturbación en la relación con el tiempo se traduce en efectos subjetivos.” (Mandil, 2019, 47). Y sostiene que la experiencia misma del análisis está marcada por una escansión temporal, allí donde el tiempo hace síntoma a partir de esa unidad temporal que es la sesión. Considera que en la experiencia analítica la presencia del tiempo es también un factor fundamental de la transferencia. Permite la instauración de una dimensión temporal propia del discurso analítico, que no se limita con patrones estandarizados del tiempo de la

sesión. “En la perspectiva del amor de transferencia, sabemos cuánto el factor tiempo forma parte del juego cuando se está en la dimensión del amor y fundamentalmente del saberse amado.” (Mandil, 2019, 51).

También R. Mandil ubica la “aceleración temporal cuando habla de la noción de urgencia como la respuesta en el tiempo a la inserción al trauma.” (Mandil, 2019, 61) El tiempo aparece en diferentes momentos, puede ser en la espera entre una sesión y otra, puede ser el tiempo que transcurre en la sala de espera antes de entrar. Y considera que muchas veces la sesión comienza en la sala de espera, allí “donde en esa espera se produce el torbellino de significantes, de recuerdos, y también como una mezcla entre esa desolación y como una tranquilidad de que hay otro en presencia.” (Mandil, 2019, 62).

Es decir, que el tiempo atraviesa la experiencia analítica, tiempo acelerado en la urgencia, espera de ser atendido donde aparece la desolación y lo que en la misma espera se despierta.

### El camino de la palabra

Para finalizar es interesante pensar que ese tiempo lógico de apertura en la urgencia, ahí donde el analista invita al paciente al despliegue discursivo, esto implica entonces la apertura del camino de la palabra. Camino que habrá que recorrer, y que también lleva tiempo. En el libro *El hueso de un análisis*, de Jacques Alain Miller, aparecen dos conceptos fundamentales que él trabaja: la amplificación significativa y la reducción significativa. ¿Se trata en la urgencia de invitar al despliegue discursivo, por lo tanto, a la amplificación significativa, para luego ir hacia la reducción?

En este libro Miller parte de un poema, y a partir de este localiza “inicialmente es la existencia de un obstáculo que hace existir la repetición, pero es porque hay repetición que se percibe y se aísla el obstáculo.” (Miller, 1998, 13) El obstáculo aparece en el camino, allí donde hay una piedra que nos detiene y advierte con su presencia que se está en el camino.

A partir de esta introducción sitúa entonces “todo ser hablante tiene un camino más esencial, único, que recorre mientras continúa siendo hablante, es

el camino de su palabra.” (Miller, 1998, 15) Sin embargo ese camino suele permanecer invisible, o desconocido para el mismo. Es en el trascurso de la cura analítica que se logra percibir que se está en el camino de la palabra “y que en ese camino hay una piedra. La cura analítica es la experiencia de aquello que significa estar en la palabra.” (Miller, 1998, 15).

Esto le sirve a J. A. Miller para ubicar que cuando un paciente llega a la consulta, vino porque tropezó, porque se encontró con una piedra en el camino, un hueso. Y la invitación del analista a hablar implica estar anoticiado que su palabra gira en torno a ese hueso. Este punto será trabajado en el sentido de poder localizar aquello que despierta la consulta.

Este autor entonces sostiene que “en el análisis hay una operación reducción, (...) de esa reducción al hueso.” (Miller, 1998, 21). El hueso aparece llamado por Freud como la roca, que tiene que ver con la asunción del sexo y no de la muerte. Lacan agrega que puede que esa piedra sea preciosa, y la denominó *agalma*.

J.A. Miller opone entonces a la operación reducción al de la amplificación significativa, que aparece en el registro del sentido allí donde uno puede interrogar sobre todo lo que se dice de manera tal que “el habla que se explica está obligada a proseguir sin fin, a complicarse, a enroscarse en sí misma” (Miller, 1998, 21) Entonces el habla se prolifera, se amplifica. Aparece la memoria, los acontecimientos, que invitan a la amplificación significativa en el análisis.

Sin embargo, se venía situando que “la reducción como operación analítica se dirige a la versión pequeño *a*. El bien decir analítico apunta a la reducción.” (Miller, 1998, 24). Esa será la orientación del analista, allí donde el analizante “trae los elementos de su biografía, uno a uno, los acontecimientos, los pensamientos, la operación de reducción es la condensación de todo eso en un bien decir como el chiste.” (Miller, 1998, 25). Lo compara entonces con el chiste, el *Witz*, en tanto este logra condensar elementos que antes estaban aislados unos de otros.

Lo que se extrae del texto del paciente es la lógica que lo comanda. Entre los mecanismos en juego en la operación de reducción ubica:

Primero, a la repetición: allí donde frente a la libertad de hablar aparece la repetición de lo mismo. Lo mismo puede surgir a partir de la producción de lo diverso. Es decir que se reduce a una constante.

Segundo, la convergencia: la cura hace aparecer que los enunciados del sujeto convergen en un enunciado esencial. Ese enunciado de convergencia es el “significante amo del destino del sujeto.” (Miller, 1998, 29).

Por último, la evitación: existen escrituras imposibles, lo imposible de la sucesión. Aparece la emergencia de lo imposible a partir del azar. “Lacan, en los Escritos, llama “*kaput mortem*” del significante, su cabeza de muerto, su carabera, el hueso de esa máquina significante, el residuo imposible del funcionamiento de la repetición.” (Miller, 1998, 40)

Así es como J. A. Miller sostiene que “repetición y convergencia designan en la experiencia analítica la reducción a lo simbólico” (Miller, 1998, 41) Se intentará entonces reducir el discurso del paciente, que se caracteriza por ser aleatorio, confuso y abundante a formas simbólicas elementales. Se tratará de tener en el horizonte la reducción a lo real. Es importante entonces pensar como si bien se parte de la amplificación significante, la orientación es hacia lo real.

El autor avanza diciendo entonces que “el significante tiene fundamentalmente una incidencia de goce sobre el cuerpo y es lo que Lacan llama síntoma.” (Miller, 1998, 54) Sin embargo el síntoma va más allá del fantasma, en tanto que el fantasma supone el cuerpo mortificado por el significante, el síntoma se refiere al cuerpo vivificado. El lugar donde Freud escribe la pulsión, el concepto que permite pensar la relación de la articulación significante al cuerpo, allí Lacan ubica el lugar del síntoma.

Entonces nos explica como Freud define la pulsión como la interface entre lo psíquico y lo somático, mientras que para Lacan el síntoma es la conexión entre el significante y el cuerpo. Esto nos remite al final de su enseñanza en el *Seminario 24*, donde Lacan se pregunta qué quiere decir conocer y nos aclara: “conocer su síntoma quiere decir saber hacer con, saber desembrollarlo, manipularlo. (...) Saber hacer allí con su síntoma: ése es el fin del análisis.” (Lacan, 1977, 11) O sea, que al final del análisis se trata de un “saber hacer” con el síntoma, allí, cada vez, con eso.

## El golpe del despertar

Para trabajar el concepto de despertar se parte del Seminario 11: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, donde Jacques Lacan afirma que el análisis se orienta por lo real, tal como se venía situando, en relación a ese hueso. Ubicando como se sostuvo en la introducción que este real se escabulle, que no puede ser apresado por el significante. En este sentido se tratará siempre de “trozos de real”, en tanto que “imposible de saber y de nombrar, alrededor del cual el ser hablante teje su vida”. (Stecco, 2020, 35).

J. Lacan se propone trabajar dos términos: *tyche* y *automaton*, que toma del vocabulario de Aristóteles. El término *tyche* lo traduce como el encuentro con lo real. Y ubica que “lo real está más allá del *automaton*, del retorno, del regreso, de la insistencia de los signos, a que nos somete el principio de placer. Lo real es eso que yace tras el *automaton*” (Lacan, 2003, 62) piensa que toda la investigación de Freud evidencia que su preocupación era esa.

J. Lacan considera que la repetición no tiene que ver una rememoración actuada, sino que es algo que se encuentra siempre velado en un análisis, y considera que aquello que se repite es algo que se produce como al azar, pero que los analistas no se deben dejar engañar por eso, por ese tropiezo que aparece a cada instante.

“La función de la *tyche*, de lo real como encuentro- el encuentro en tanto que puede ser fallido, en tanto que es esencialmente, el encuentro fallido- se presentó en la historia del psicoanálisis bajo una forma que ya basta por si sola para despertar la atención- la del trauma.” (Lacan, 2003, 63). Es interesante pensar que aparece lo real como encuentro, encuentro fallido, el trauma en tanto este se presenta como inasimilable y que parece tener un origen accidental, tal como lo describe.

Entonces J. Lacan se pregunta “¿Cómo puede el sueño, portador del deseo del sujeto, producir lo que hace surgir repetidamente al trauma- si no su propio rostro, al menos la pantalla que nos indica que todavía está detrás?”

(Lacan, 2003, 63) Considera que el sistema de realidad, deja preso en las redes del principio de placer lo que es sin rodeos real.

Así es como J. Lacan se aproxima poder pensar la función del sueño, como aquella que permite que se siga durmiendo, para luego preguntarse qué es lo que despierta. Toma el texto de Freud, aquel en la que el niño está al lado de la cama del padre, lo toma por su brazo, y le murmura en tono de reproche ¿padre, acaso no ves que ardo?

Aparece el reproche del niño, esas palabras que tal vez fueron enunciadas por el hijo cuando tenía fiebre, y que quizás dejaron un remordimiento en el padre, quien lo había dejado al cuidado de un hombre mayor que podía no estar a la altura de su tarea, ya que se queda dormido y así es como en el velatorio se produce un incendio que hace arder el cajón.

El autor se pregunta “¿acaso no se siente también que, de todos modos, ya es demasiado tarde en lo que respecta a lo que está en juego, a la realidad psíquica que se manifiesta en la frase pronunciada?” (Lacan, 2003, 66), allí donde el sueño realiza un homenaje a la realidad fallida, realidad que se repite de manera indefinida en un despertar que nunca se alcanza. Aparece el demasiado tarde, propio de la urgencia.

Esto lo lleva a avanzar con sus preguntas, ¿dónde está en el sueño la realidad? – allí donde se situaba que la persona encargada de velar el cuerpo sigue durmiendo, cuando llega el padre luego de haberse despertado.

Entonces J. Lacan afirma “así el encuentro, siempre fallido, se dio entre el sueño y el despertar, entre quien sigue durmiendo y cuyo sueño no sabremos, y quien solo soñó para no despertar”. (Lacan, 2003, 67) Es interesante este entre sueño y despertar. Diferenciamos el sueño, por un lado, del fantasma propio de cada quien que permite seguir durmiendo, y del despertar a lo real, como un instante. Instante que será definido por este autor como “el golpe del despertar” (Lacan, 2003, pag)

Así es como el sueño se presenta no solo como la fantasía que colma un anhelo, sino que aparece “un más allá que se hace oír en el sueño” (Lacan, 2003, 67). “El despertar nos muestra el despuntar de la consciencia del sujeto en la

representación de lo sucedido: ¡enojoso accidente de la realidad ante el cual solo queda remediarlo!" (Lacan, 2003, 67)

En el sueño aparece, por lo tanto, lo que se hace oír, esa frase que el niño pronuncia: Padre ¿acaso no ves que ardo?, frase que según él prende fuego lo que toca en tanto "la llama nos encandila ante el hecho de que el fuego alcanza, lo real." (Lacan, 2003, 67)

En esa frase del sueño, frase que es arrancada al padre en su sufrimiento, aparece "el reverso de lo que será, cuando esté despierto, su consciencia, ya preguntarnos cuál es, en el sueño, el correlato de la representación." (Lacan, 2003, 68)

Considera que el lugar de lo real va desde al trauma al fantasma, en tanto que este último se presenta como la pantalla "que disimula algo absolutamente primero, determinante en la función de la repetición." (Lacan, 2003, 68) Es decir, que el fantasma se presenta como un velo ante lo real. Y lo real, "puede presentarse por el accidente, el ruidito, ese poco-de-realidad que da fe de que no soñamos." Es interesante acá ubicar el ruido, que será trabajado como un capítulo de la tesis, para pensar también lo mudo, del lado de la pulsión.

Así J. Lacan afirma que si bien la realidad no es poca cosa lo que nos despierta es la otra realidad, "escondida tras la falta de lo que hace las veces de representación- el *Trieb*, nos dice Freud." (Lacan, 2003, 68).

Carolina Koretzky trabaja esto en su libro *Sueños y despertares, una elucidación psicoanalítica*, en un capítulo titulado Despertar y trauma. Ella señala entonces como *tyché* y *automaton* son dos tipos de encuentro, en el marco de la repetición. El *automaton* es el principio mismo de la repetición, se puede presentar al sujeto una circunstancia inesperada, pero este asimila este encuentro porque lo que sucede permanece en el orden de los significantes que conoce. En cambio, *tyche*, se trata del surgimiento de algo que el sujeto no conoce, que no ha encontrado anteriormente. "Lo real como "lo que sucede" es de este orden, es un surgimiento de algo que no está organizado ni por la red de significantes ni por el fantasma." (Korentzy, 2019, 115). Se trabajará esto último, para pensar la urgencia ligada a la *tyché*.

La autora recuerda como Lacan demuestra cómo en el principio de placer aparece cierta homeostasis que orienta ese principio, pero que sin embargo en el interior de los procesos primarios se produce también un encuentro inasimilable debido a que aparece un elemento que no puede ser absorbido por el funcionamiento propio del proceso primario. “El proceso propio del funcionamiento del inconsciente debe considerarse como un lugarteniente, un lugar de inscripción y de enlace. El encuentro del tipo *tyché* corresponde entonces al surgimiento de un elemento que permanece como no ligado por el aparato psíquico, y por lo tanto por la red de significantes.” (Koretzky, 2019, 116). Esto ayuda a entender que, si la *tyché* queda del lado de lo no ligado, aparece del lado entonces de la cadena rota.

Jacques Alain Miller, en el libro *Matemas 1*, escribe un texto titulado *Despertar*, donde retoma estas cuestiones. Allí localiza los tres períodos en la enseñanza de Lacan, el primero ligado a la primacía de lo imaginario, luego el segundo período donde aparece la sistematización de lo simbólico, y el tercero donde aparece el encuentro con lo real. Ahí ubica “ese término de despertar es uno de los nombres de lo real, en tanto que imposible.” (Miller, 1986, 117)

Luego se pregunta acerca del motivo de las sesiones breves, introducidas por Lacan. Y allí sostiene que es de este modo que se intenta producir en el analizante “quien solo demanda seguir siendo, un ratito más todavía, el paciente que siempre fue grato a los psicoanalistas- algo de impaciencia. Inspirarles el duro deseo de despertar”, (Miller, 1986, 117). Propone entonces que inspirar el duro deseo de despertar sería entonces orientar la práctica hacia lo real, allí donde se trata justamente que “el sujeto no se satisfaga- no tan rápido- con el psicoanálisis, cuya tendencia, si no es contrariada, lo conduce directamente al placer”. (Miller, 1986, 118) Si bien se trata de que el psicoanálisis conduce al placer, en el sentido de sufrir lo menos posible, aclara que el psicoanálisis aspira a ir a un más allá del principio de placer.

Esto es debido a que “el significante tiene una virtud dormitiva (...) ya que el hecho primario de todo discurso es adormecer” (Miller, 1986, 118), y J. A. Miller nos advierte que “esto sucede también para el analista, cuando se abandona a la escucha de su paciente, a la hipnosis al revés.” (Miller, 1986, 118)

Plantea entonces que en el análisis se produce una tendencia que “conduce a cada uno de los participantes del par analítico a amodorrarse juntos.” (Miller, 1986, 118). Y esto puede suceder en el sentido de adormecer el síntoma, allí donde justamente el sujeto se encuentra irritado por lo real del síntoma y aparece el deseo de dormir.

Entonces J. A. Miller se pregunta, “¿acaso el análisis está hecho para aprender a dormir cuando la filosofía ya no basta para ese fin? ¿O para aprender a despertarse?” (Miller, 1986, 119). Ubica dos vías posibles, dos prácticas para el psicoanálisis: una sería la mala, la vía del dormir, y la buena sería la del psicoanálisis ligada al despertar. Sin embargo, el dispositivo analítico se presenta en sí mismo como un *automaton*. Se instala la invariable de la sesión, y el placer de la asociación libre. Allí es donde el analista es que podrá optar por apoyarse en la repetición o no, en tanto elija la exigencia del goce o aquello que tapa del placer.

J. A. Miller afirma entonces, que “se pone como meta el despertar: no que el síntoma cese, pues no cesa de escribirse, sino la emergencia de lo real, que no cesa de no escribirse.” (Miller, 1986, 119) Pero aclara que el despertar a lo real es imposible, debido a que como lo piensa Lacan el inconsciente implica que no solo se sueña cuando se duerme.

Así es como este autor afirma que “el deseo del analista es el deseo de despertar” (Miller, 1986,120), allí donde no se identifica con el sujeto supuesto saber, que implica con el efecto de sentido.

El autor aclara que “el despertar también solo es sueño, el despertar de todas las mañanas en el que el sujeto del sueño vuelve a ser el sujeto de los discursos que lo determinan. El despertar a la realidad solo es una fuga del despertar a lo real.” (Miller, 1986, 120). Es decir que la realidad aparece del lado de “la rutina de su fantasma” (Miller, 1986, 120), mientras que el despertar a lo real lo ubica del lado de la angustia y el displacer.

Es interesante donde sitúa que el despertar es solo es sueño, teniendo en cuenta que así lo plantea J. Lacan en el *Seminario 20: Aun*, donde sostiene que el bebe cuando nace no tiene la menor idea de lo que es lo real, pero que esto si está reservado para los adultos, y aclara “esta dicho expresamente que no

logran nunca despertarse: cuando en sueños les sucede algo que amenaza con pasar a lo real, se perturban tanto que se despiertan, es decir, que siguen soñando.” (Lacan, 2008, 70). El despertar queda ubicado del lado de pasar a lo real y el sueño del lado de la homeostasis del fantasma.

Por esto último es que se puede pensar a su vez, que el “acto analítico es el que precipita instantes de despertar que constituyen y caracterizan lo que es propio de la experiencia analítica” (Scilicet, 2020, 174), es decir que no se trata tal como lo sostiene J. A. Miller de que el analizante y el analista se adormezcan en el discurso que hilvana sentido, sino que “un análisis es experimentar la satisfacción de un significante que despierta y vivifica cuando se desengancha de un significado habitual. Si todo va bien apuntamos a un discurso que no haga dormir y que cada tanto, vuelva a despertar al hacer resonar un tintineo de vacío” (Scilicet, 2020, 178), esa es la orientación en la cura.

Eso mismo lo sostiene Jacques Lacan dando la indicación de la posición del analista en el *Seminario 17: El Reverso del psicoanálisis*, cuando mientras dicta el seminario sostiene “como ven, esto hace que no nos dejemos llevar un poquito por ese sueño, viene al caso decirlo. Solo lo hago para despertarles. (...) es porque el analista debería, en mi opinión, apartarse un poquito del lado del sueño.” (Lacan, 2004, 136) Invita entonces al analista a despertarse.

Se trabajará en el próximo capítulo la cuestión del trauma, la angustia, la perplejidad ligados a la urgencia, ahí donde estos fenómenos dan cuenta de ese encuentro con lo real.

## CAPITULO III

### Entre el sueño y el despertar

*“De pronto... todo empezó a desarmarse a mi alrededor...”*

*Tute.*

*“lo real sin ninguna mediación posible.”*

*Jacques Lacan.*

*“lo que tiene ese valor de trauma nos despierta implacablemente”*

*Mauricio Tarrab.*

#### Fenómenos que tocan lo real: trauma, perplejidad y angustia

Luego de haber ubicado la cuestión del despertar a lo real, se situarán ahora tres fenómenos que dan cuenta de este despertar: por un lado, el trauma en su carácter estructural y como acontecimiento, por otro lado, la perplejidad en la psicosis y finalmente la angustia en la neurosis. Estos fenómenos permiten localizar la urgencia en el punto de irrupción de un sin sentido, debido a que se considera que “no es seguro que uno esté despierto más que si lo que se presenta y representa es sin ninguna especie de sentido” (Lacan, inédito, clase 17 de mayo de 1977, 52) tal como lo sostiene Jacques Lacan en el *Seminario 24 L Insu que sait de L une-bevue S Aile a Mourre*.

#### *Trauma: Trauma como proceso y como acontecimiento*

Para comenzar a situar la cuestión del trauma, es importante considerar que éste se trata de un acontecimiento, es decir que no es un hecho. Un acontecimiento implica que cuando éste se produce determina un origen, marca un antes y un después, tal como lo explica J.A. Miller en su libro *Un esfuerzo de poesía*. Este autor considera que “el acontecimiento es trauma cuando perturba un orden previo y no se asimila, permanece inasimilable” (Miller, 2016, 286). Es en este sentido que Freud lo llama en su clínica fijación, y esta implica tanto la repetición como la defensa, es decir, formación de compromiso.

En la *Conferencia 18: La fijación al trauma, lo inconsciente*, de 1987, Sigmund Freud sostiene que es un rasgo universal de la neurosis quedarse

rezagadas en cierto período de su pasado. Y en la mayoría de los casos, aclara, han elegido un período muy temprano de su vida.

Este autor piensa que la analogía más inmediata con esta conducta de los neuróticos la ofrecen enfermedades como las que provoca la guerra con particular frecuencia y que fueron llamadas neurosis traumáticas. Él diferencia las neurosis traumáticas de aquellas espontáneas que se tratan analíticamente. S. Freud ubica que las neurosis traumáticas dan claros indicios de que tienen en su base una fijación al momento del accidente traumático. “Estos enfermos repiten regularmente en sus sueños la situación traumática; cuando se presentan ataques histeriformes, que admiten un análisis, se averigua que el ataque responde a un traslado total del paciente a esta situación.” (Freud, 1987- 2013, 2294) Considera que de este modo aparece la imposibilidad de acabar con la situación traumática, como si ella se le enfrentara todavía al modo de una tarea actual insoslayable.

Esto nos enseña el camino hacia una consideración que él la llama *económica*, de los procesos anímicos. Considera entonces que la expresión traumática no tiene otro sentido que éste, el económico. “La aplicamos a una vivencia que en un breve lapso provoca en la vida anímica un exceso tal en la intensidad de estímulo que su tramitación (...) por las vías habituales o normales fracasa, de donde por fuerza resultan trastornos duraderos (...)” (Freud, 1987, 2294)

Así es como Freud sitúa las neurosis traumáticas, que tienen una concordancia con las neurosis en el punto en que ambas revelan que hay una fijación a una vivencia del pasado, teñida de un afecto hipernítido y además dan cuenta de que hay un exceso que no ha podido ser tramitado por el aparato psíquico.

Luego, en 1920, en el texto titulado *Mas allá del Principio del Placer*, S. Freud retoma estas cuestiones, agregando que en relación al sueño que “en la vida onírica de las neurosis traumática muestra el carácter de reintegrar de continuo al enfermo a la situación del accidente sufrido, haciéndole despertar con nuevo sobresalto.” (Freud, 1920, 2510). Lo explica sosteniendo que esto sucede debido a la violencia de la impresión producida por el suceso traumático,

la cual persigue al enfermo hasta sus propios sueños. Entonces concluye que “el enfermo hallaríase, pues, por decirlo así, psíquicamente fijado al trauma” (Freud, 1920, 2511). El próximo apartado se dedicará a desarrollar la cuestión del sueño.

German García trabaja la cuestión del trauma a partir de la lectura de Freud y Lacan; en el libro titulado *La actualidad del trauma* parte de considerar que el trauma se trata de un acontecimiento que altera una regulación y no puede explicarse.

Este autor lo contextualiza en relación a las tópicas que pertenecen a distintos momentos de la teoría freudiana. Sostiene que es a nivel de la primera tópica (inconsciente/ preconscious/ consciente) Freud hace referencia a lo que está ligado y desligado. Luego en la segunda tópica (Ello/Yo/Superyó), se tratará de una herida narcisista, moral, ultraje. Y a nivel de la tercera tópica (económica) el trauma queda ubicado como una excitación excesiva, como se mencionaba en la Conferencia 18.

Para explicar a nivel de la primera tópica G. García sostiene que “la tesis de Freud es que esto se produce porque existe una conexión entre el afecto/palabra, es decir que las palabras están ligadas a ciertos afectos.” (García, 2005, 14) En este sentido la práctica freudiana consistía en desligar y religar cargas de afectos, producir desplazamientos. Se trata entonces de una ligazón entre palabras, representaciones y afectos; es la ley de la condensación y el desplazamiento: una palabra, por asociación, recibe una carga afectiva desplazada de otra.

A nivel de la segunda tópica, en cambio, este autor sostiene que en el nivel del Yo y del Ello van a encontrar la idea de herida narcisista. El *Yo ideal* se elabora en la vida familiar, especialmente con la madre, la otra imagen, *Ideal del yo*, que requiere para ser elaborada de una separación de la vida familiar y de la correspondiente entrada en la vida social. El autor nos recuerda que Freud llamaba *Yo Ideal* a ese bienestar personal, a la relación placentero amorosa que el niño tiene con sus padres, como juguete erótico, y llamaba *Ideal del Yo* a esa exigencia social. Por la negativa llamaba *Superyó* a la imposición, y por la positiva, *Ideal del Yo* a la aspiración. “Entre ambos ideales, en ese pasaje, Freud

utiliza la palabra *krankung*, que tiene el sentido de una ofensa, pero también de un agravio, de un ultraje. (...) En un sentido moral y social, *krankung* está conectada con palabras como enfermizo, anormal, dolencia.” (García, 2005, 16). De allí que se considere una herida narcisista.

Luego, G. García aclara que no es posible pensar el trauma como un hecho exterior, en el cual alguien no estaría implicado, debido a que está implicada la imagen que tiene de sí, así como un cierto equilibrio libidinal, económico o, como dice Freud, una particular manera de ligar y desligar los afectos a ciertos discursos. “Todo esto trasciende la idea del trauma como un acontecimiento externo,” (García, 2005, 16) aclara.

También este autor se refiere a la temporalidad del trauma, debido a que Freud coloca al trauma entre un primer y un segundo tiempo; el primero está ubicado en la infancia, el segundo en la pubertad. “De esta manera, precisamente, será este segundo tiempo, actuando sobre el primero, lo que producirá un efecto traumático.” (García, 2005, 16). Ya en la Conferencia 18, Freud localiza un momento pasado que se actualiza en el presente. Luego lo explicará con el caso Emma, ahí queda ubicado que hay un primer tiempo donde un acontecimiento no tiene ningún valor, y un segundo tiempo donde efectivamente lo adquiere. Esto ocurre porque “algo del mundo exterior va a ligarse con algo de la pulsión en el encuentro de un acontecimiento exterior con un acontecimiento pulsional.” (García, 2005, 17)

El caso Emma, como se mencionaba, le permite establecer a Freud que “se supone que en la infancia existía una fantasía y que, en la pubertad, ocurre un acontecimiento.” (García, 2005, 18). Entonces en la etiología de la neurosis aparece una predisposición por la fijación de la libido (constitución sexual) que se suma a un acontecimiento accidental (acontecimiento infantil) y de este modo deviene el trauma.

El trauma como un protagonista de la actualidad, debido a que trauma y catástrofe forman pareja y dan lugar a que aparezca la angustia, es trabajado por Mauricio Tarrab, en su texto *La insistencia del trauma*.

Este autor sostiene que los analistas saben que lo traumático no necesariamente coincide con lo dramático, lo trágico, lo violento, lo desgarrador,

etc. La clínica ha enseñado que lo que se llama traumático, “eso que cambia una vida de un solo golpe y a veces va acompañado del estupor o de la angustia”, (Belaga,2005, 60) puede irrumpir a partir de situaciones terribles a las que estamos expuestos en la vida cotidiana, pero a su vez esa no es una condición para que un acontecimiento sea un trauma.

“Lo que tiene ese valor de trauma nos despierta implacablemente, y puede ser algo, casi nada, que nos toca y a partir de allí irrumpe insoportable, incomprendible, algo a lo que aquel que lo sufre no puede encontrarle ningún sentido.” (Tarrab, 2005, 60). M. Tarrab señala entonces que el trauma despierta, y que confronta al sujeto con algo del sin sentido, es decir, de la urgencia.

Entonces, este autor sostiene “el trauma es el primer nombre que adquirió en la historia del psicoanálisis la función de la *tyché*, del encuentro con lo real.” (Tarrab, 2005, 60), y toma como referencia el *Seminario 11*, que se ha trabajado anteriormente, cuando Lacan ubica que lo real se presenta del lado de lo inasimilable, bajo la forma del trauma. El trauma es concebido como algo que “ha de ser taponado por la homeostasis subjetivante que orienta todo el funcionamiento definido por el principio de placer.” (Tarrab, 2005, 60)

Es así como este autor ubica al trauma del lado del “fuera de sentido por excelencia” (Tarrab, 2005, 61). Entonces, conceptualmente distingue el trauma como proceso, del trauma como acontecimiento.

El trauma como proceso, se piensa del lado del *automaton*, es decir es aquél que “siempre ha estado allí y retorna en ese encuentro perturbador. Es la insistencia del trauma que en el seno mismo de los procesos primarios no se deja olvidar.” (Tarrab, 2005,61) El trauma mismo es ineliminable en la constitución de la vida subjetiva. Eso permite situar las coordenadas de ese punto del que han emergido las respuestas que se formularían en términos de fantasma o de síntoma y alrededor del cual se organizó una vida de un sujeto. Se trabajó esto cuando se situó la angustia traumática, el desvalimiento inicial, el desamparo.

Diferenciamos esto, del trauma como acontecimiento, que quedaría del lado de lo que se mencionaba como *tyché*, del encuentro con lo real.

M. Tarrab se pregunta entonces cómo se trata la urgencia y el trauma desde el psicoanálisis, y entonces sostiene que “al borde del agujero que el trauma produce, no se trata solo de alentar decididamente la elaboración”, (Belaga, 2005, 62) que tiene que ver con reconstruir al Otro que se ha perdido, y que hay que obtener para producir la invención de un camino nuevo. Sino que también se tratará de situar “el tiempo de la decisión que el sujeto ha de tomar, que tiene la oportunidad de tomar, al borde de ese abismo. Es su oportunidad y es la evidencia de que frente al trauma se trata también de acto e inscripción.” (Tarrab, 2005, 62). Es decir que no basta con la vía elaborativa, sino con poder situar una decisión insondable. Considera este autor que hay entonces determinación, hay encuentro con lo real, hay trauma, pero hay también una insondable decisión del sujeto.

Otro autor que diferencia también el trauma como proceso del trauma como acontecimiento es Guillermo Belaga, quien define el trauma como proceso “ligado a ese real sin ley, no programable.” (Belaga, 2006, 16) Ubica acá la llegada del niño bañado por la heteronomía del lenguaje, lo que da cuenta dramáticamente del pequeño autista que “no responde” porque ya las voces que alucina son su respuesta. Es la alucinación como aparato de influencia en el psicótico, en el cual el lenguaje se demuestra en su “normalidad” como un parásito fuera del sentido del viviente, y con el que éste debe arreglárselas mediante una invención.

Luego, G. Belaga define el trauma como acontecimiento: “es la figura de la contingencia, es la figura de la irrupción de lo real sobre las representaciones simbólicas que tenía ese sujeto hasta ese momento.” (Belaga, 2006, 16) Cuando algo irrumpe y eso es lo que se llama usualmente la angustia más generalizada, la angustia más traumática. Este autor sostiene que “en la mayoría de las veces, el modelo de la urgencia responde a ese trauma-acontecimiento.” (Belaga, 2006, 16). Cabe señalar que es interesante que ubica ahí a la urgencia.

Eric Laurent en su texto *Hijos del trauma* sostiene que “la ciencia hace existir una causalidad programada (...) y el trauma escapa a la programación” (Belaga, 2006, 24), es decir que todo lo no programable deviene trauma.

Sitúa cómo es tras la Primera guerra mundial que Freud consideró la necesidad de la pulsión de muerte. Freud tomó como ejemplo de esta pulsión, de aquello que resiste a la teoría del principio de placer, el síndrome traumático de guerra. Este síndrome está caracterizado por un núcleo constante, y éste consiste en que, durante largos períodos, y sin remedio, sueños repetitivos que reproducen la escena traumática provocan despertares angustiados. Y estos sueños contrastan con una actividad de vigilia que no puede estar dañada. Es decir que el trauma da cuenta de ese despertar angustioso.

E. Laurent ubica que hay tres factores que participan en la extensión de la clínica del trauma: por un lado, la extensión de la experiencia psiquiátrica de los traumas de guerra en los países democráticos, por otro, la extensión de la consideración de las secuelas de los campos de concentración; y por último, toma en cuenta de la patología civil del trauma, más allá de los sufrimientos del niño. Y en el marco de esta extensión, “se definió a la experiencia traumática como aquella que comporta un riesgo importante para la seguridad o salud del sujeto. La lista de los peligros mezcla catástrofe técnica, accidente individual o colectivo, agresión individual o atentado, guerra y violación.” (Belaga, 2006, 27). Se puede pensar como la experiencia traumática queda íntimamente ligada a las consultas de urgencia.

Luego, en otro de sus textos llamado *El tratamiento de la angustia postraumática: sin estándares, pero no sin principios* Eric Laurent nos recuerda la figura del toro, debido a que este modelo permite designar un interior que está también en el exterior. Y entonces, a partir de esta figura, ubica que el trauma es un agujero en el interior de lo simbólico. Lo simbólico aquí es planteado como el sistema de las *Vorstellungen* a través de las cuales el sujeto quiere reencontrar la presencia de algo real. Lo simbólico incluye ahí al síntoma en su envoltura formal, y también lo que no llega a hacer síntoma: a ese punto de real que permanece exterior a una representación simbólica, tanto si es síntoma como si es fantasma inconsciente. Permite figurar lo real en “exclusión interna a lo simbólico”. Así el síntoma puede aparecer como un enunciado repetitivo sobre lo real. Considera entonces que el sujeto no puede responder a lo real sino sintomatizándolo. El síntoma es la respuesta del sujeto a lo traumático de lo real. “Ese punto de real, imposible de reabsorber en lo simbólico, es la angustia

entendida en un sentido generalizado en el que incluye la angustia traumática.” (Belaga, 2005, 46).

El autor explica luego esto aclarando que “lo real existe para cada sujeto como lo que viene a oponerse a él, como su pareja, el *partenaire-réel*. Lacan no dice es en el uno por uno (entonces ese real sería sujeto), sino que dice que es trozo a trozo. Lo real no existe, tal como la mujer no existe. Sólo hay trozos de real, sólo parcial. Es una confrontación con lo real como imposible.” (Belaga, 2005, 48) Por lo tanto lo real es lo imposible de una modalidad lógica.

Ram Mandil también vuelve sobre este punto, y sostiene que le debemos a Freud la relevancia de la noción de trauma en el campo psíquico, “el trauma entendido como una ruptura, una discontinuidad en la cadena de los recuerdos, pero cuyos efectos repercuten en la vida de un sujeto a partir de las defensas erigidas por él en relación a estos acontecimientos.” (Mandil, 2019, 55) Es decir que vuelve a ubicar al trauma como ruptura, motivo que nos permite situar allí el estatuto de la urgencia, como punto de discontinuidad.

Y, también, cuando se piensa desde la relectura que hace Lacan el trauma plantado por Freud apunta a una carga de libido, un exceso de goce movilizad por un acontecimiento traumático y que fija a una modalidad de satisfacción de la pulsión que no es del orden del placer. Considera R. Mandil entonces que forma parte de la composición del trauma el circuito pulsional que de allí derivó, en el cual la repetición es uno de los elementos constitutivos.

El autor toma a Lacan quien sostiene que “el trauma puede ser entendido como un agujero – un “*troumatisme*” en la trama de las representaciones de un sujeto.” (Mandil, 2019, 55). Es interesante como aparece Lacan leyendo a Freud: para Freud el trauma sitúa una vivencia difícil de tramitar, teñida de un afecto hipernítido, Lacan localiza en el trauma un exceso de goce.

German García sostiene, en el libro mencionado, que están aquellos que creen que el trauma es un acontecimiento exterior, y los que dicen que es producto del fantasma. Pero piensa que basta poner este esquema adentro / afuera sobre una banda de Moebius para observar que “no hay fantasma sin trauma, sin acontecimiento que lo despierte, o como diría Jacques Lacan, sin encuentro.” (García, 2005, 33).

Entonces, así como desde Freud habíamos ubicado que el trauma da cuenta de un exceso de excitación difícil de tramitar, desde Lacan queda localizado del lado de la *tyché*, tal como fue situado, del encuentro con lo real que está más allá del *automaton*, de eso que retorna, que regresa. “lo real es eso que yace siempre tras el *automaton*, siempre ahí, al costado, amenazando. (...) La estabilidad del sujeto, en términos de placer-displacer, esa estática del fantasma, puede ser alterada por algo real.” (García, 2005, 37). O sea, que cuando lo estático fracasa, se produce la conmoción y el quiebre.

### *Perplejidad*

En uno de sus Escritos, titulado *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, Jacques Lacan arma el esquema R, que le servirá como punto de partida para estudiar lo que ocurre en la estructura psicótica. Localiza que cuando se produce el desencadenamiento en el campo de la psicosis, lo que allí ocurre es que “se desarma el campo de la realidad sobreviniendo la catástrofe imaginaria.” (Soria, 2008, 23).

Se puede ubicar el caso de Scherber en el momento en que éste entra en un estado de perplejidad, del cual sale diciendo que había estado muerto. Está en el estado de perplejidad casi catatónico, momento en el que pierde la realidad y no se puede relacionar con otros. Es luego, en un segundo tiempo, en el que construye un delirio que deja con sus memorias, siendo éstas un testimonio de “un trabajo de reconstrucción del campo de la realidad que había sido perdido en el desencadenamiento psicótico.” (Soria, 2008, 23).

En el Escrito mencionado, J. Lacan se sirve de un caso de una paciente, quien escucha una injuria “¡Marrana!” dicha por un hombre cuando ella se cruzaba con él en el pasillo. Esto le sirve para pensar que esa frase era alusiva, “sin que pueda con todo mostrar otra cosa sino *perplejidad*.” (Lacan, 2013, 512).

Este autor explica que “aparece así que el yo (je), como sujeto de la frase en estilo directo, dejaba en suspenso, conforme a la función llamada de *shifter* en lingüística, la designación del sujeto hablante mientras la alusión, en su intención conjuratoria sin duda, quedase a su vez oscilante.” (Lacan, 2013, 513)

Luego de una pausa esa incertidumbre llegó a su fin, con la aposición de la palabra “marrana”. De este modo, el discurso acabó por realizar su intención de rechazo a la alucinación. Es decir que esta palabra aparece en un segundo tiempo, luego del momento de la perplejidad.

“Este ejemplo sólo se promueve aquí para captar en lo vivo que la función de irrealización no está toda en el símbolo. Pues para que su irrupción en lo real sea indudable, basta con que este se presente, como es común, bajo forma de cadena rota.” (Lacan, 2013, 513). Es interesante localizar ahí, en la cadena rota, lo propio de la urgencia.

Más adelante J. Lacan sostiene que la metáfora delirante actúa ya como modo de estabilización, debido a que “es la falta del Nombre-del- Padre en ese lugar la que, por el agujero que abre en el significado, inicia la cascada de los retoques del significante de donde procede el desastre creciente de lo imaginario, hasta que se alcance el nivel en que significante y significado se estabilizan en la metáfora delirante.” (Lacan, 2013, 552).

El autor se pregunta entonces cómo puede el Nombre-del-Padre ser llamado por el sujeto al único lugar de donde ha podido advenirle y donde nunca ha estado, y piensa que esto ocurre “por ninguna otra cosa sino por un padre real, no en absoluto necesariamente por el padre del sujeto, por Un-Padre”. (Lacan, 2013, 552).

Daniel Millas, en su libro titulado *El psicoanálisis pensado desde la psicosis*, piensa que la noción de desencadenamiento tiene tanto para Freud como para Lacan, un alcance transclínico, es decir que Freud la utiliza tanto para referirse a la neurosis, sea el desencadenamiento de una crisis de angustia, de un ataque histérico, etc; como a la psicosis.

Este autor ubica ciertos fenómenos que aparecen cuando para un sujeto la pregunta viene donde no hay significante, cuando la falta, el agujero se hace sentir en cuanto tal. Este momento tiene manifestaciones clínicas precisas tales como “la perplejidad, que se expresa como detención, y los fenómenos de franja, caracterizados por la aparición de murmullos, cuchicheos, carcajadas, brillo, luminosidades, etc.” (Millas, 2015, 43) Estos pueden continuar a lo largo del desencadenamiento.

Luego D. Millas avanza preguntándose qué es este Un Padre, y sostiene que “es aquello que viene a oponerse, a romper una identificación imaginaria que sostenía la constitución del marco de la realidad del sujeto y que funcionaba como una suplencia a la función del Nombre de Padre.” (Millas, 2015, 43). Entonces aclara que “no se trata solo de la confrontación con un vacío de significación, sino con el encuentro, con la emergencia de un goce fuera de la regulación simbólica” (Millas, 2015, 43), es decir que el desencadenamiento en la psicosis se produce “el encuentro con un agujero en lo simbólico, que se corresponde con la forclusión del Nombre del Padre, un agujero en lo imaginario que remite al vacío de significación (...) y a la presencia de un goce que no tiene nombre, *objeto indecible*, que el sujeto no reconoce como propio, y que al no estar tomado en las redes de lo simbólico se presenta en lo real.” (Millas, 2015, 44).

Es interesante subrayar que “en el desencadenamiento se produce el encuentro con un goce que arrasa la dimensión del sentido, que anula el campo de la realidad y que tiene a la perplejidad como correlato subjetivo.” (Millas, 2015, 44). Por este motivo es que se puede localizar allí a la urgencia, en tanto encuentro con lo real, donde la dimensión del sentido se pierde, es decir, aparece el sin sentido.

Entonces D. Millas ubica a la perplejidad y a la angustia del lado del vacío de significación debido a que ambas se presentan como un momento de indeterminación. La certeza aparece luego, y ésta implica que pese a que no se sabe que es lo que esto quiere decir, si se vivencia como certero que algo significa. Por lo tanto, la certeza posibilita la salida de la indeterminación.

La certeza, tal como lo trabaja Lucas Leserre en su texto Urgencia y psicosis, en el libro *Perspectivas de la clínica de la urgencia*, es aquello que “aunque el sujeto pueda dudar sobre el significado tiene una certeza: ahí hay algo que le concierne.” (Sotelo, 2009, 177) Este autor considera que justamente cuando mayor es ese vacío de significación, mayor es la certeza, en el punto donde eso habla de él. Ese es el momento de perplejidad.

Es necesario ahora trabajar la cuestión de la angustia en tanto ésta implica también el vacío de significación.

## *Angustia*

La angustia aparece como modo frecuente de presentación de la urgencia, tal como lo sostiene Tomasa San Miguel en su texto “Angustia y urgencia”, del libro *Perspectivas de la clínica de la urgencia*, debido a que, por un lado “la urgencia del sujeto que, apremiado por ese afecto que no le permite equívocos, pide solución. Por otro lado, cuando emerge la angustia es un modo privilegiado para pensar la urgencia subjetiva, justamente allí donde el sujeto ha quedado eclipsado por la presentificación de un real que lo deja sin referencias.” (Sotelo, 2009, 55)

Jacques Lacan trabaja la cuestión de la angustia principalmente en el *Seminario 10*, al que dedica un año de su enseñanza, y luego en el *Seminario 23* ligada a la clínica nodal. Partiendo de los textos freudianos, entre ellos “Inhibición, síntoma y angustia”, es en *Seminario 10: La Angustia* cuando retoma estas cuestiones y define a la misma como un afecto que en tanto que no engaña funciona como brújula en la clínica. Si lo simbólico se considera por excelencia como lo que engaña, la angustia da cuenta en cambio de la experiencia de lo real, allí donde “lo real aparece como como obstáculo, como estorbo, antes que como instrumento.” (Miller, 2006, 94) Por eso es que la relación subjetiva con lo real se trata más bien de un embrollo.

Una frase de Lacan orienta para pensarla en relación a la urgencia, es justamente cuando afirma “lo que hay que ver a propósito de la angustia, a saber, que no hay red. Tratándose de la angustia, cada eslabón, por así decir, no tiene otro sentido que el de dejar el vacío donde está la angustia.” (Lacan, 2007, 18). Es interesante subrayar esta afirmación, *no hay red*, es decir, tratándose de la angustia falta el significante.

Por lo tanto, no hay red significativa, no hay cadena, sino que éstos se encuentran desamarrados, a la deriva, y por lo tanto fuera de sentido. Los significantes están reprimidos. Lacan lo sitúa al sostenerlo: “lo que he dicho del afecto es que no está reprimido. Esto Freud lo dice igual que yo. Esta desamarrado, a la deriva. Lo encontramos desplazado, loco, invertido,

metabolizado, pero no está reprimido. Lo que está reprimido son los significantes que lo amarran.” (Lacan, 2007, 23).

J. Lacan les advierte a los analistas “sentir la angustia que el sujeto puede soportar los pone en todo momento a prueba. (...) Pero el analista que entra en su práctica, no está excluido de sentir, (...) alguna angustia. (...) Esta angustia que ustedes saben, al parecer, regular tan bien en ustedes ¿es la misma del paciente?” (Lacan, 2007, 13) y deja abierta la pregunta. Es decir que la angustia no necesariamente queda ubicada del lado del paciente. Esto será puesto a trabajar en un capítulo de la tesis para poder pensar el despertar del analista. Se tratará de que estando advertido el analista- en tanto practicante del psicoanálisis- pueda regularla, es decir, no hacer entrar su propia angustia en el tratamiento analítico donde dirige la cura.

A lo largo de este Seminario Lacan dará cuenta como la angustia se presenta entre el enigma y la certeza. En el plano del enigma, J. Lacan comienza su seminario partiendo del grafo del deseo, formulando la pregunta *¿Che vuoi?*, que se traduce en ¿qué quieres?, es la pregunta que interroga el deseo del Otro. Se sabe, en el campo psicoanalítico, que lo que anima al sujeto neurótico es la pregunta por el deseo del Otro. Cuestión que será trabajada por Lacan en el grafo del deseo. Refiere que “la angustia se manifiesta sensiblemente como relacionada de forma compleja con el deseo del Otro. (...) la función angustiante del deseo del Otro está vinculada a lo siguiente –no sé qué objeto soy yo para dicho deseo.” (Lacan, 2007, 352). El deseo humano entonces es función del deseo del Otro.

Este autor toma el ejemplo de la mantis religiosa, para diferenciar en cambio a los humanos: “con el Otro humano algo me vincula, que es mi cualidad de ser su semejante, y de ello resulta que el resto a, el del no sé qué objeto soy angustiante, es profundamente desconocido.” (Lacan, 2007, 352). La angustia queda ligada entonces, frente al enigma del no saber que objeto soy para el deseo del Otro, es decir, cuando esto se pone en juego.

J. Lacan distingue luego un primer nivel llamado oral, que está signado por la necesidad, propia del lactante, “allí la angustia ya aparece, antes de toda articulación en cuanto tal de la demanda del Otro. Singularmente, esta

manifestación de la angustia coincide con la emergencia misma en el mundo de aquel que será el sujeto. Esta manifestación es el grito.” (Lacan, 2007, 353) Aclara luego que “con el grito que se le escapa al recién nacido, él ya nada puede hacer al respecto. Ha cedido algo, y ya nada se vincula a ello”. (Lacan, 2007, 353) Ubica que no es el primero en referirse a esta angustia original, y que ésta es propia del ser humano, en el encuentro con el mundo donde va a vivir. Sitúa entonces la cuestión del grito en relación a la angustia. Esto será luego puesto a trabajar para pensarlo en relación con la urgencia.

J. Lacan en este seminario también habla de la angustia en relación a la pesadilla, y sostiene que ésta es experimentada “como la angustia del goce del Otro. Lo correlativo de la pesadilla es el íncubo o el súcubo, aquel ser que oprime el pecho con todo su peso opaco de goce extranjero, que te aplasta con su goce.” (Lacan, 2007, 73. Así se hace presente la cuestión del enigma. Entonces cuando aparece el retorno del goce del Otro en la pesadilla, ahí se es objeto, y aparece la angustia.

Para ubicarla del lado de la certeza, J. Lacan sostiene: “ésta es la verdadera sustancia de la angustia, es ése lo que no engaña, lo fuera de duda.” (Lacan, 2007, 87). Aclara también que la angustia opera como señal, es del orden irreductible a lo real, y que de todas las señales es la que no engaña. “De lo real, pues, del modo irreductible bajo el cual dicho real se presenta en la experiencia, de eso es la angustia señal.” (Lacan, 2007, 174). Es decir, que la angustia se presenta como una experiencia cierta, en el terreno de lo real.

Se puede pensar la angustia señal, que Lacan toma de Freud, como lo explica Nieves Soria, “la angustia señal de la castración que tiene como sede al yo, y, por otro lado, la angustia que pierde los vasallajes del yo y de la castración y que de alguna manera es una reproducción del trauma”. (Soria, 2010, 18).

La neurosis gira alrededor de la angustia de castración, pero la diferencia que ubica Lacan es que la angustia no es solamente la señal de una falta. Plantea que a partir de Freud se podría llevar a la confusión de creer que la angustia es pura y simplemente la señal de que se va a perder algo, o de que falta algo, cuando en realidad Lacan sostiene que trata de un nivel redoblado, debido a que la angustia es señal de la falta de apoyo que da la falta, para

terminar diciendo que en la angustia falta la falta. Es decir que aparece cuando no hay posibilidad de falta. J. Lacan ubica entonces que la angustia aparece frente a la amenaza de la presencia del objeto.

Si se nombró a la angustia ligada al trauma, es necesario tener en cuenta que aparece en primer lugar el trauma de nacimiento, que anteriormente mencionamos con la angustia original. J. Lacan sostiene: “la angustia fue elegida por Freud como señal de algo. Este algo, ¿no debemos reconocer aquí su rasgo esencial, en la intrusión radical de algo tan Otro para el ser vivo humano como constituye ya para él el hecho de pasar la atmósfera, de modo que al salir a ese mundo donde debe respirar, de entrada, literalmente, se ahoga, se sofoca? Esto que se ha llamado el trauma- no hay otro- el trauma del nacimiento, que no es separación respecto de la madre, sino aspiración en sí de un medio profundamente Otro.” (Lacan, 2007, 354). Aparece entonces la vertiente más desregulada de la angustia, en ese trauma de nacimiento, en esa angustia primordial, no se trata tanto de la separación de la madre, sino de ser aspirado por un medio que es absolutamente Otro que es considerado como una alteridad absoluta. Por lo tanto, esta angustia del trauma de nacimiento permite ubicar esa angustia masiva del desamparo primordial, debido a que lo que está en juego es ese Otro real. La angustia queda ligada al desamparo, al desvalimiento propio del ser hablante.

J. Lacan sitúa nuevamente la cuestión del desamparo inicial: “por una parte, refieren la angustia a lo real, y nos dicen que es la defensa principal, la más radical, la respuesta al peligro más original, al insuperable *Hilflosigkeit*, el desvalimiento absoluto en el momento de entrar en el mundo.” (Lacan, 2007, 152)

El autor distingue esta angustia, de la otra, más leve, que tiene que ver como mencionábamos de la angustia señal, como señal de la castración, del yo. En el campo de la neurosis ésta gira alrededor de la angustia de castración, de modo que la estructura neurótica es una respuesta a la angustia de castración. Freud plantea la inhibición, que es una detención de todo movimiento con la finalidad de evitar el desarrollo de la angustia, es una solución tajante y radical al problema de la angustia. El síntoma va a ser abordado como un resultado del desarrollo de la angustia, como señal de castración, en el síntoma ya se le da un

tratamiento a la angustia. Y también se puede ubicar la angustia que se manifiesta en las neurosis traumáticas, que rompe la pantalla del yo y que deja de funcionar en relación a la castración, es decir, deja de estar acotada como señal.

Si bien esta investigación no se detendrá en esto, J. Lacan lo trabaja en la construcción de un esquema, en el que aparece un cuadro de doble entrada donde distingue tres niveles: ubicará inhibición, síntoma y angustia a partir del movimiento y la dificultad.

Se puede considerar también que, si estamos en el plano de la neurosis, tal como se viene trabajando, podemos ubicar allí al fantasma. Nieves Soria, en su libro *Inhibición, síntoma y angustia* sostiene que “el fantasma sería el aparato a partir del cual el sujeto, a través de una serie de operaciones lógicas – que están matematizadas en el rombo- logra mantener cierta distancia más o menos homeostática para su goce con el objeto a. ¿Cuándo se hacen presentes los fenómenos de angustia? Cuando algo de esta operatoria romboidal se suspende, lo que solemos llamar con Lacan vacilación del fantasma.” (Soria, 2010, 41) Esto permite localizar que allí aparece la urgencia, cuando se produce el quiebre de la homeostasis en la que el sujeto se sostenía con su fantasma.

J. Lacan lo sitúa cuando se refiere a que la angustia está enmarcada. Pero esta queda también ligada a lo siniestro. Describe esto último como “lo horrible, lo oscuro, lo inquietante, *unheimlich* en alemán, se presenta a través de ventanillas” (Lacan, 2007, 86), y cuando esto se presenta es de modo súbito, de golpe. “¿Qué esperamos cada vez que se levanta el telón, sino ese breve momento de angustia?”. (Lacan, 2007, 86).

Como se venía sosteniendo, cuando tambalea el fantasma, aparece la angustia. “Es el surgimiento de lo *Heimlich* en el marco lo que constituye el fenómeno de la angustia, y por eso es falso decir que la angustia carece de objeto.” (Lacan, 2007, 87). La angustia surge entonces cuando en el lugar del menos fi aparece lo siniestro, cuando falta la falta. En este sentido, el texto de S. Freud *Lo siniestro*, define la esencia de lo siniestro “no sería nada nuevo, sino más bien algo que siempre fue familiar a la vida psíquica y que se tornó extraño mediante el proceso de su represión.” (Freud, 1919-2013, 2498), es decir algo

que debiendo haber quedado oculto se ha manifestado. Es interesante que cuando Freud se refiere a esta impresión de lo siniestro, lo dice del siguiente modo: se trata de “despertar en mi un estado de ánimo propicio a ella” (Freud,1919- 2013,2484), ubicando de este modo el despertar en tanto es angustiante.

Entonces, la angustia se presenta tal como la describe J. Lacan como certeza horrible y afirma “actuar es arrancarle a la angustia la certeza”. (Lacan, 2007, 88). Esto será puesto a trabajar en el próximo capítulo, cuando aparece la precipitación a la acción.

Pero, antes de pasar a eso, este trabajo se detendrá en otro momento en que J. Lacan sitúa la angustia, en el *Seminario 22: R.S.I.*, para arribar en su última enseñanza al nudo borromeo.

En este Seminario J. Lacan plantea que “los nombres del padre son lo real, simbólico e imaginario, ya que son los nombres que constituyen la estructura del ser hablante. El nudo se constituye entonces por estos tres nombres: real, simbólico e imaginario. Y para que estos tres registros se anuden es necesario un acto, un acto de nominación.” (Soria, 2010, 59) La nominación aparece como cuarto elemento. Sitúa entonces a la inhibición como nominación de lo imaginario, al síntoma como nominación de lo simbólico, y a la angustia como nominación de lo real. Aparece en este sentido la pluralización del Nombre del Padre.

En la *clase del 17/12/74* sostiene: “la angustia es eso: es lo que es evidente, es lo que en el interior del cuerpo *ex-siste* cuando hay algo que lo despierta, que lo atormenta.” (Lacan, 1989, 30). Nieves Soria nos explica que cuando Lacan utiliza el término *ex\_sistencia*, la define como sostenerse afuera. Articula la angustia con la *ex\_sistencia*. “Hay algo que se siente, que se experimenta en la experiencia de la angustia, que es el interior del cuerpo. En la angustia algo despierta al cuerpo.” (Soria, 2010, 69). Se subraya este punto debido a que la angustia queda ligada al despertar. Y es un despertar que se produce en el cuerpo. Se puede pensar esto en relación al concepto trabajado por Ram Mandil que denomina urgencias analíticas, en tanto nos aclara que en este concepto se incluyen las urgencias que emanan del ser hablante, lo que

lleva a considerar los estados de urgencia en los cuales la relación con el cuerpo está directamente concernida.

Volviendo al *Seminario R.S.I.*, para explicar la cita recién mencionada Lacan se sirve del caso Juanito. Recuerda el momento en que a Juanito las erecciones de su órgano empiezan a angustiarse y a atormentarlo, rompiendo el paraíso que encontraba en la relación con la madre. Utiliza aquí para ejemplificar esto a la metáfora del guante dado vuelta: el cuerpo como un guante que de pronto se da vuelta, de modo que el interior queda afuera. “De allí lo insostenible de la angustia, se dio vuelta el guante, el interior *ex siste*, y por eso es real, el único afecto real.” (Soria, 2010, 69).

Por lo tanto, en el *Seminario RSI* el *parteneire* de la angustia es el goce fálico, cuando Juanito se enfrenta con esta dimensión del goce, que es el goce fálico, “cuando su pequeño pene empieza a moverse. Su órgano está por fuera de su imagen narcisista, de esa imagen que él domina; es el órgano fuera del cuerpo, el único órgano que tiene vida propia, que el sujeto no puede maniobrar como maniobra las demás partes de su cuerpo. Es el *fuera-de-cuerpo* del goce fálico.” (Soria, 2010, 89).

Esto permite situar entonces a la angustia a partir del nudo borromeo “como una intromisión de lo real en lo imaginario. El sujeto angustiado es el sujeto que ha perdido el dominio de su cuerpo, de su imagen” (Soria, 2010, 88). Es por esto que los casos que se presentan del lado de la angustia se los suele definir como patologías del narcisismo, ya que la angustia desarma la imagen narcisista. Aparece la prevalencia de lo real sobre el cuerpo imaginario, entonces, se pone de relieve el interior del cuerpo; el sujeto manifiesta que sufre de sudoraciones, que se descompone, que tiene palpaciones, que siente que se va a desmayar. “Se trata de una angustia flotante, dispersa, que no está ligada a nada.” (Soria, 2010, 88). Por esto de dispersa, de no estar ligada a nada, es que permite ubicar allí a la urgencia.

### Sueño y pesadilla

Para retomar el apartado de la angustia, se habían mencionado algunas cuestiones en relación a la pesadilla, cuando Jacques Lacan sostiene que la angustia es experimentada como la angustia del goce del Otro. En el *Seminario 10* afirma “lo correlativo a la pesadilla es el incubo o el súcubo, aquel ser que te oprime el pecho con todo su peso opaco de goce extranjero, que te aplasta bajo su goce.” (Lacan, 2006, 73). Se conoce al incubo (del latín *incubus*, in, sobre y *cubare*, yacer, acostarse) como un demonio, en la creencia y mitología popular europea de la Edad Media, que se supone que se posa encima de la víctima durmiente, para tener relaciones sexuales con quien duerme. Su contraparte femenina se llama súcubo. A su vez, el término pesadilla (*cauchemar*) viene del latín calca y mala, y “provendría del nombre dado a un incubo para designar asfixia que sobreviene a veces durante el sueño” (Quenehen, 2020, 154), tal como lo sostiene Anaëlle Lebovits Quenehen, en su texto “El incubo y su correlato real”, en el libro *El sueño. Su interpretación y su uso en la cura lacaniana*.

En dicho texto, la autora localiza aquel punto en que la pesadilla nombra la emergencia de lo real. Entonces sostiene que, si el sueño le permite al cuerpo hablante pasar cómodamente sus días, es en la medida en que la pesadilla y su carga de real hostiga potencialmente sus noches, dando cuenta de “el goce Otro que queda finalmente fuera de sentido”. (Quenehen, 2020, 154)

Esto lleva a la pregunta: ¿si el sueño aparece como guardián del dormir, por qué a veces se produce su falla produciendo el despertar?

Es importante aclarar, tal como lo sostiene J. Lacan, en la *Conferencia de Loviana*, que lo importante no es lo que se soñó o no, sino su relato, es decir lo dicho o lo no dicho, ya que “si el sueño significa algo, se debe a que lo contamos, y, una vez contado, ya no nos planteamos ningún tipo de pregunta relativa a saber si lo que hemos soñado es verdaderamente eso o no.” (Lacan, 2017, 21)

Por lo tanto, el psicoanalista trata con el sueño de lo simbólico, no del simbolismo, sino “con el sueño contado, hablado, que pasa por el discurso, que se presta al lapsus, los chistes, las asonancias, etc.” (Miller, 2006, 101), tal como lo describe J. A. Miller, en *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*.

Para abordar la cuestión del sueño, este trabajo se detendrá en “El sueño de la inyección de Irma”, trabajado en dos capítulos del *Seminario 2: El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica* de Jacques Lacan, éste sostiene que “el sueño inicial, el sueño de los sueños, el sueño inauguralmente descifrado es, para Freud, el de la inyección de Irma.” (Lacan, 2008, 224).

Se pregunta entonces, por qué es que Freud le da tanta importancia a este sueño, qué es lo que obtiene analizándolo, y se responde que a partir de este sueño obtiene la verdad, que él plantea como verdad primordial, de que “el sueño es siempre la realización de un deseo, de un anhelo.” (Lacan, 2008, 226).

Este autor sostiene que el verdadero valor inconsciente de este sueño está en la búsqueda de la palabra, en la búsqueda de la significación como tal. “La única palabra clave del sueño es la naturaleza misma de lo simbólico.” (Lacan, 2008, 242).

“El valor que Freud le otorga, en tanto sueño inauguralmente descifrado, seguiría siendo asaz enigmático para nosotros, si no supiéramos leer aquello a través de lo cual respondió particularmente a la pregunta que él mismo se hacía.” (Lacan, 2008, 247).

El sueño, como manifestación del inconsciente, pide ser descifrado, hay una clave allí para descifrar. Lacan considera ese punto como esencial: “no podemos dejar de aislar la interpretación, el hecho de que Freud nos presenta este sueño como el primer paso en la clave del sueño.” (Lacan, 2008, 248).

Deteniéndose en el sueño de la inyección de Irma, Lacan distingue dos partes: la primera parte desemboca en el surgimiento de la imagen terrorífica, que resulta angustiante, “en la revelación de algo hablando estrictamente, innombrable, en el fondo de esa garganta, de forma compleja, insituable, que hace de ella el objeto primitivo por excelencia, el abismo del órgano femenino del que sale toda vida, como el pozo sin fondo de la boca por donde todo es engullido; y también la imagen de la muerte” (Lacan, 2008, 249) Describe esto entonces como algo angustiante de una imagen que en sí misma revela lo real, “lo real sin ninguna mediación posible, de lo real último, del objeto esencial que ya no es un objeto sino algo ante lo cual todas las palabras se detienen y todas

las categorías fracasan, el objeto de la angustia por excelencia.” (Lacan, 2008, 249).

Es interesante subrayar lo que Lacan sitúa de este sueño que manifiesta lo real que se revela, lo real sin ninguna mediación posible, lo real último, cuando las palabras se detienen, donde no hay más palabras, donde emerge entonces la angustia. Esto nos remite a la definición de la urgencia pensada como la impotencia del discurso de nombrar los acontecimientos.

Más tarde, en el *Seminario 19: ...o peor*, Jacques Lacan se pregunta acerca de cuándo Freud sostiene que el sueño es la satisfacción de un deseo, en qué sentido es esto. Entonces vuelve a recordar el sueño de la inyección de Irma, y sostiene que un sueño no satisface un deseo, sino que “lo que Freud dice es que el único deseo fundamental en el sueño es el deseo de dormir.” (Lacan, 2012, 213). O sea, que, en este sentido, Lacan no concuerda con Freud con que el sueño es la satisfacción del deseo; sino simplemente se trata del deseo de dormir.

El autor avanza preguntándose en qué consiste dormir, y ubica que en ese estado “para esto está el sueño, cualquiera puede percatarse de ello con solo mirar dormir un animal: lo que hay que suspender es esa ambigüedad que existe en la relación del cuerpo consigo mismo –el gozar.” (Lacan, 2012, 213)

J. Lacan sostiene que el cuerpo accede a gozar cuando se golpea, cuando se hace daño, y diferencia esto del momento del dormir en donde “ese cuerpo se enrolla, se ovilla”, (Lacan, 2012, 213) y lo describe diciendo “dormir es no ser molestado. El goce, por cierto, es molesto. Naturalmente, molestamos ese cuerpo, pero, en fin, mientras duerme, puede esperar no ser molestado.” (Lacan, 2012, 213). Es interesante este punto para pensar aquellas presentaciones clínicas en las que el paciente manifiesta que no quiere vivir más, y luego esto se desliza hacia que deseaba dormir, realiza por ejemplo una sobre ingesta medicamentosa para lograr este fin. Querer dormir, tal como lo manifiesta Lacan, implica un esperar no ser molestado justamente cuando la angustia se presenta como insoportable.

Retomando lo que se venía trabajando se puede pensar que, a diferencia del sueño “Padre, ¿acaso no ves que estoy ardiendo?”, en donde el sueño se

interrumpe, y no cumple la función del dormir, el Sueño de la inyección de Irma, cumple ese propósito. El primero, entonces, cobra el estatuto de la pesadilla; aparece el despertar. Tal como se ha mencionado Carolina Koretzky, se dedica a trabajar ambos sueños con detalle en su libro “Sueños y despertares, una elucidación psicoanalítica.”

En relación al Sueño de la inyección de Irma, esta autora refiere que Freud pudo ilustrar a partir del análisis de este sueño el desciframiento completo de un sueño, y es a partir de esto que Freud establece las bases del método de interpretación analítica.

La autora señala además que el sueño muestra a partir de la garganta de Irma un punto de horror, pero que, no obstante, ese encuentro no despierta a Freud. Lacan se preguntará sobre esto. C. Koretzky considera que para Lacan éste es un sueño inaugural en tanto que se trata de un sueño de alguien que está preguntándose qué es un sueño, es decir, que detrás de todo ello está Freud que sueña, siendo un Freud que está buscando la clave de un sueño. “El deseo de saber está entonces en el centro de este sueño.” (Koretzky, 2019, 143) Freud quiere develar el misterio del sueño y para esto se dirige a la comunidad culta y científica. Aparece la cuestión de la clave del sueño, en tanto éste se presenta como algo a ser descifrado.

A partir de este sueño entonces es que Freud va encontrar justamente lo que habitualmente permanece oculto detrás de las buenas formas del cuerpo, es decir, justamente su reverso, “la carne que jamás se ve, el fondo de las cosas, el revés de la cara, del rostro (...) la carne sufriente, informe, cuya forma por sí misma provoca angustia”. Esta imagen de la garganta recuerda a Freud una grave enfermedad de su hija Mathilde que llevaba el mismo nombre de la paciente muerta hace algún tiempo. Es la imagen donde todas las palabras se detienen y todas las categorías fracasan, es decir, el objeto de angustia por excelencia.” (Koretzky, 2019, 144) Esta aparición es del orden de lo real, real que es definido aquí como lo innombrable.

C. Koretzky localiza entonces que es justamente en esta imagen de la garganta de Irma que Freud sitúa al ombligo del sueño. Bajo el nombre de ombligo Freud designa la existencia en el sueño de un más allá de

representación, hay en el sueño un límite para la interpretación, allí donde las palabras se detienen. Entonces, “hay algo que se caracteriza por no poder ser dicho en ningún caso, por estar en la raíz del lenguaje. (...) La figura empleada, la del ombligo, sirve para designar aquello de lo que se trata: un agujero. Hay un límite a la deriva del sentido.” (Korentzky, 2019, 145) Es un límite que aparece en el análisis, lo que impone la idea de que hay en el inconsciente algo opaco y cerrado a la dialéctica del deseo; es decir, que el deseo no puede ser articulado, encuentra un punto de detenimiento.

La autora diferencia entonces que Freud ubica en el seno mismo del sueño la marca de este imposible de representar, mientras que Lacan se opone a la idea de hacer equivaler el ombligo del sueño a lo real pulsional. “El ombligo del sueño tiene que ver con lo imposible de decir y de escribir, no es equivalente al objeto de la pulsión. Desde este punto de vista, la angustia encontrada en el sueño no invita a un franqueamiento sino al reconocimiento de un límite, de un imposible.” (Korentzky, 2019, 145). Se subraya este punto entonces: el ombligo del sueño revela un imposible de decir.

C. Korentzky ubica entonces que es por eso que la profunda ambición de ver la verdad conduce directamente a Freud al punto de horror donde todas las palabras se detienen. Para poder alcanzarlo, la verdad debe ser abordada de través, mirada de reojo o medio-dicha, ya que no tiene nada de deseable.

Sin embargo, aparece un más allá del deseo de saber de Freud, “el despertar como huida frente a lo real no adviene. Freud supera este momento de angustia, no se despierta y consigue continuar el sueño. La segunda parte del sueño se inicia, pues, luego de este encuentro con lo real.” (Korentzky, 2019, 147) Entonces volver a caer en la identificación imaginaria parece apaciguar el momento de angustia extremo y permitir que pueda proseguir en el estado de dormir.

En la segunda parte del sueño aparecen distintos personajes que le dan su opinión sobre Irma, hasta que aparece la fórmula de la trimetilamina, dando cuenta como aparece entonces lo simbólico. “La fórmula aparece justamente en boca de nadie, (...) ya que se trata de una escritura. La aparición de la escritura clausura el sueño y da la solución al enigma del sueño.” (Korentzky, 2019, 147)

Porque este final puntúa el acto inaugural del psicoanálisis: solo hay la palabra. La solución de la palabra en tanto materializada y no en tanto sentido. Es en la aparición de la fórmula que Lacan encuentra la respuesta a una pregunta inicial, y es que el verdadero deseo inconsciente de este sueño es la búsqueda de la palabra.

Así es como se produce en el sueño una transformación que va de la pasión por la verdad, a la pasión por el significante. Y parece que es por esta condición que se evita el despertar y consigue proseguir el sueño, más allá del punto de horror que se presentifica. En este caso entonces, la superación del punto de angustia no conduce a una revelación sino a una transformación de este punto que despierta. Así es como “la elaboración significativa va en sentido opuesto al despertar onírico, aquel que solo constituye una evitación del horror”. (Korentzky, 2019, 148) Entonces la autora concluye este punto sosteniendo que para superar la angustia la solución que aparece es la búsqueda de la fórmula, de la palabra.

En relación al sueño “Padre, ¿acaso no ves que ardo?”, C. Korentzky va a localizar las dos condiciones del despertar, es decir, a partir de qué aspectos éste se produce. Sitúa que este despertar que se produce luego de una *frase* que toma la forma de un llamado de un hijo a un padre, ya que lo que había acontecido antes, “la irrupción de la perturbación exterior, la estimulación del ojo durmiente mediante la luz, es *asimilable*, es decir, es recuperada en la trama simbólica e imaginaria gracias al cual se prosigue el dormir.” (Korentzky, 2019, 118)

Entonces la autora se pregunta, si es la frase lo que despierta al padre, ¿qué es lo que en la frase lo despierta? ¿en qué consiste lo espantoso de este sueño? ¿por qué las palabras del niño producen horror?, ¿qué es lo que dejan oír? Y analiza esto en dos ejes; el de encuentro y el de separación.

Primer eje: La vía del encuentro: el límite paterno

La autora sostiene que este sueño responde a un acontecimiento que en principio resulta traumático, como lo es la pérdida real de un hijo.

Considera que frente a la situación concreta en la que se encuentra el padre, cuando su hijo acaba de morir, qué podría haber más espantoso que el niño presentándose para decir a su padre la pregunta “¿acaso no ves que ardo?”, que más espantoso que el niño ya muerto esté ardiendo, que se lo *diga* a su padre. Se pregunta si esto no es acaso como dice Lacan el homenaje a la realidad fallida. Es una frase que muestra con toda su crueldad que haga lo que haga el padre, su acción será de todos modos, fallida, imposible, ya que él como el padre nunca más podrá responder a los reproches, nunca más será nombrado, llamado, hablado *como padre* por su hijo. Y que con la muerte del hijo es el lugar del padre lo que fue trastocado. Es decir que el padre se ve confrontado con la pérdida de su lugar de padre.

Segundo eje: La vía de la separación: el objeto perdido

La autora considera que la frase que despierta al durmiente, “padre, ¿acaso no ves que ardo?”, debe ser considerada como el reverso de la función representación del trabajo del sueño. “La frase produce un fracaso en la simbolización y el acontecimiento vivido por el padre no llega a tomar una forma épica en el nivel de lo imaginario. Lo real es entonces este fracaso de la representación.” (Korentzty, 2019, 121)

Lacan ubica dos *esquizias*. La primera se manifiesta en la división del sujeto, luego del despertar: entre, por un lado, el retorno del sujeto a la representación del mundo, la acción inmediata del sujeto para remediar el accidente sobrevenido, y por el otro lado, el sujeto que descubre haber tenido una pesadilla como sabiendo que no sueña. División subjetiva que se juega entre quien despierta y quien sueña. La segunda aparece entre la representación proporcionada por lo imaginario del sueño (el niño que se aproxima) y el reverso de la representación, lo que en ningún caso puede ser representado, “aquello que lo causa y en lo cual cae: invocación, voz del niño, solicitud de la mirada”. En esta segunda esquizia se produce una separación: algo, un objeto, que habitualmente se encuentra escondido, se muestra como separado.” (Koretzky, 2019, 122) Así es como ese objeto que habitualmente está perdido, explica, pierde su estatuto de pérdida. Y, en el sueño, la voz del hijo irrumpe como un real en la representación del sueño, es decir, que la voz surge como el reverso mismo.

Así es como este sueño queda localizado como un sueño traumático, debido a que el sujeto vivencia un doble encuentro por un lado el acontecimiento excede toda posibilidad de nominación, es decir que el orden simbólico se encuentra rebasado, aparece el límite propio del lenguaje. Y, por otro lado, aparece un encuentro con “un objeto pulsional destinado a permanecer velado por el entorno que le procura la cadena de los significantes, que irrumpe de pronto en la escena del sueño” (Koretzky, 2019, 122). Entonces aparece allí un real que se anuncia en el espacio del sueño, en tanto sueño traumático.

Silvia Baudini y Fabian Naparstek, en su texto “*El sueño. Su interpretación y su uso en la cura lacaniana*”, que surge como presentación del Congreso de la AMP, a dictarse en el año 2020, sostienen que, en la época actual, época de la llamada “*praxis de la post-privacy*”, los sueños aún mantienen un lazo con lo más íntimo, y a la vez se siguen presentando como enigmáticos para uno mismo y para los demás. Consideran que los sueños no son transparentes, sino que más bien empujan a ser interpretados. Sostienen que aún cerramos los ojos para soñar. ([www.congresoamp2020.com/es/articulosphp/sec-el-congreso/presentacion.html](http://www.congresoamp2020.com/es/articulosphp/sec-el-congreso/presentacion.html))

Ambos autores recuerdan entonces que Freud, ya en 1911, le advierte al médico acerca del uso a la dar a la Interpretación de los sueños. “Un sueño está hecho de palabras, es un texto y como tal se lee.” A su vez, para Lacan un sueño no introduce a ninguna experiencia insondable, y se lee en sus equívocos, de manera anagramática. Lacan, en su última enseñanza deja la lingüística- dice Miller que deja de delirar con la lingüística- es decir de hacer del orden simbólico la clave del psicoanálisis. Se diferencia entonces, lo que en el sueño corresponde al campo de la ficción edípica y al campo de *lalengua*. Lacan señala que el hecho de que el analizante no hable sino de sus parientes, es porque éstos le han enseñado *lalengua*. Es decir, que el analista trabaja con el texto del sueño, lee sus equívocos, para poder “interrogar el sueño (...) y cómo el sueño viene cada vez a dar cuenta o no de un real para cada uno”. ([www.congresoamp2020.com/es/articulosphp/sec-el-congreso/presentacion.html](http://www.congresoamp2020.com/es/articulosphp/sec-el-congreso/presentacion.html))

S. Baudini y F. Naparstek ubican tres momentos en la tesis freudiana sobre los sueños: la primera que implica que estos son una realización

(alucinatoria) de deseos y por consiguiente el sueño se hace interpretar. Luego, cuando Freud escribe Más allá del principio de placer, reconoce que el sueño no es una manifestación del deseo, y por ende no se pueden interpretar. Y luego, un tercer momento cuando él ubica que el sueño tiene una falla.

Ambos autores explican entonces, que, si bien es cierto que el límite a la interpretación de los sueños está presente desde el comienzo, al postular Freud la existencia del ombligo del sueño, en el tercer tiempo avanza un poco más. Es en el texto “Más allá del principio de placer” donde aparece la excepción cuando se refiere a los sueños traumáticos, sin embargo, en este último momento arriba a la deducción de que “la fijación inconsciente a un trauma parece contarse entre los principales impedimentos de la función del sueño.” ([www.congresoamp2020.com/es/articulosphp/sec-el-congreso/presentacion.html](http://www.congresoamp2020.com/es/articulosphp/sec-el-congreso/presentacion.html))

Es decir, que mientras todo sujeto conlleva una fijación al trauma, el sueño pasa a ser un “intento de realización”, pero con la posibilidad de ser fallido ya que se podría volver activa la pulsión aflorante de la fijación traumática. Pues, la función del sueño, como “todo acto psíquico de pleno derecho, es transmutar el episodio traumático en una realización de deseo.” ([www.congresoamp2020.com/es/articulosphp/sec-el-congreso/presentacion.html](http://www.congresoamp2020.com/es/articulosphp/sec-el-congreso/presentacion.html))

En este sentido ambos autores se detienen también en el sueño de la inyección de Irma para pensar como en éste se pone en juego la presencia de un resto diurno, impreciso, que está dado por la entonación de la voz que queda resonando de Otto. Lacan trabaja este sueño y da cuenta de dos interrupciones. Por lo tanto, la visión de la garganta, visión que angustia, y ante esto se pregunta porque Freud no se despertó. Señala que esto no sucedió debido a que Freud tiene agallas. En este sueño Freud llega “hasta el fondo de las cosas” poniendo en juego el cuerpo como cuerpo hablante y gozante (...) En el mismo lugar, Lacan ubica lo real, la angustia, el órgano sexual femenino y la muerte.” Considera que esta visión angustiante no deja de tener un marco imaginario en los límites de la apertura de la boca. Por otro lado, la segunda interrupción está ligada a la escritura, al límite mismo de la palabra.

Planteadas las cosas de este modo encuentran dos límites a una circulación permanente entre lo simbólico y lo imaginario. Entonces, cuando se tiene el sueño encontramos interrupciones ligadas al despertar, pero habría que verificar en cada ocasión de qué tipo de interrupción se trata. Se considera también que cuando se interpreta un sueño hay un límite llamado ombligo. En ambos casos la estructura del sueño con su despertar y su límite permite considerar a ambos autores que ésto es una orientación en la cura.

### Lo que despierta una consulta

Se parte de la premisa que sostiene Inés Sotelo cuando afirma que “cada consulta tiene un punto de urgencia, que hay que leerla y encontrarla” (Sotelo, 2007, 31) es esto lo que conduce al paciente a pedir ser escuchado. Esta dimensión de la prisa, que empuja a la consulta se puede pensar teniendo en cuenta la última enseñanza de Lacan, cuando en el *Seminario 23: El sinthome*, aparece bajo la nueva grafía de *sinthome*, una función nodal del síntoma: “reparar, como cuarto redondel, los lapsus o errores en el anudamiento de la estructura topológica del ser hablante, conformada entre los registros imaginarios, simbólico y real.” (Eidelberg, 2004, 9) Aunque esto aparece de manera diferente en la neurosis que en la psicosis en lo que respecta al tipo de anudamiento –borromeano y no borromeano, respectivamente. Esta función del *sinthome* contribuye a la estabilización de todas las estructuras clínicas.

Se puede destacar lo que afirma Fabián Schejman en este sentido, en su libro *Sinthome: ensayos de clínica psicoanalítica nodal*, cuando ubica que el *sinthome* supone entonces, un “saber arreglárselas” de una manera tal, que clausura la vía de ingreso al dispositivo analítico. “Es decir que el *sinthome* implica un orden de funcionamiento que impide el surgimiento de lo que Lacan llamó un psicoanalizante en sentido estricto.” (Schejman, 2013, 117) Entonces se pregunta para que se consultaría a un psicoanalista si uno sabe cómo arreglárselas con la existencia, si eso anda.

F. Shejman se responde “para analizarse, es necesario, más bien, que el funcionamiento se quiebre, que eso no marche, que “algo puje”. El camino del psicoanálisis puede abrirse, así, cuando el saber arreglárselas *sinthomático*- que

usualmente nos mantiene estables, pero también como indicamos, más o menos adormecidos –trastabilla, si es que no termina por desmoronarse estrepitosamente. Y entonces despertamos – hasta donde ello es posible para el ser hablante- a raíz de un encuentro – contingente, es su definición misma – con lo real.” (Schejman, 2013, 117).

Recuerda entonces que en el *Seminario 11* Lacan se ocupaba de ese encuentro de lo real bajo la forma de *tyche*, donde precisa solo podemos alcanzar fragmentos del real, cuyo estigma es no enlazarse con nada.

Entonces el autor ubica que el *sinthome*, por el contrario, “encadena, enlaza (...) es la clave de la estabilidad de la estructura, soporte del funcionamiento homeostático o dormitivo” (Schejman, 2015, 119). Es interesante en este sentido cómo queda localizado que la estabilidad, la homeostasis implica en sí misma la vía del dormir.

Se puede sostener entonces que para que un análisis comience, para que alguien demande un análisis, “tuvo que fracasar esa reparación *sinthomatica* que mantuvo a esa neurosis estable, adormecida.” tal como lo afirma también Nieves Soria. (Soria, 2010, 156) De manera tal que uno tiene que pensar que algo tiene que haberse desencadenado para un sujeto, para que se posibilite una demanda de análisis.

Podemos concluir de este modo localizando el despertar como aquello que empuja a alguien a la consulta misma, punto de ruptura, más allá de la estructura, debido a que se produce un desanudamiento.

Ram Mandil pensará esto mismo en relación a la urgencia, cuando se produce una demanda del sujeto de la consulta de que se lo saque de este estado, de “un estado que podríamos decir que es un estado de goce aparentemente sin borde, un estado de satisfacción experimentado como insatisfacción insoportable.” (Mandil, 2019, 63) Es a este nivel que me parece que debemos mantener el foco de un tratamiento analítico de la urgencia.

Entonces el autor sostiene que un análisis necesita de esta urgencia debido a que, en toda demanda de análisis, una verdadera demanda de análisis, hay un fondo de urgencia. Aunque esto no necesariamente se presente de

manera dramática “hay algo que impulsa al sujeto, que genera una prisa por resolver algo, o tratar algo que sea insoportable.” (Mandil, 2019, 63). Es decir que él también sitúa que algo empuja al sujeto a la consulta, algo toma la forma de la prisa debido a que se presenta una satisfacción insoportable.

## CAPITULO IV

### Entre el grito y lo mudo.

*“y oí un grito interminable”*

*Eduard Munch*

*“un más allá que se hace oír en el sueño”*

*Jacques Lacan*

Se puede ubicar que en el comienzo fue el grito, no hay diferencia entre esto entre la comunidad humana y el reino animal, sólo el atravesamiento por la cadena del discurso permite que la necesidad humana se discretice y se transforme en llamado. También se localiza que en el comienzo fue el silencio. Presencia en la consulta de un individuo al que se puede denominar sujeto a partir de una operación que se produce de manera retroactiva, a posteriori, tal como lo sostienen algunos psicoanalistas a partir de una investigación realizada en el Hospital Evita de Lanús, publicada en el libro *“La urgencia. El psicoanalista en la práctica hospitalaria.”* (AAVV, 1989,11)

Partiendo de esto entonces, se sitúa la cuestión del grito, y es Inés Sotelo quien sostiene que en la urgencia “el padecimiento del sujeto puede leerse como un mensaje, es decir, interpretar el grito como un llamado” (Sotelo, 2015, 159) Agrega que lo que hace que un grito se convierta en llamado es justamente que haya un Otro que lo reciba. ¿Qué estatuto tiene el grito en psicoanálisis?

Por otro lado, Ricardo Seldes afirma que se trata de localizar en lo que nombra la urgencia dicha, dicha de dichoso, aquello que remite “a esa extraña felicidad del silencio de la pulsión que puede llegar a lo más mortífero” (Seldes, 2019, 38), es decir que en la urgencia aparece también lo mudo. Ya que como se mencionaba, muchas veces no se logra poner en discurso algo de eso no dicho. El autor ubica que en la urgencia se goza sin saberlo. Por lo tanto, el analista intentará localizar el goce a partir de lo que se dice.

Estas dos dimensiones, por lo tanto, serán puestos a trabajar en el siguiente capítulo.

### La obra El grito, de Edvard Munch

Para comenzar se parte del cuadro “*El grito*”, Andrea Imaginario, especialista en Artes, Literatura comparada e Historia, refiere que Edvard Munch (1863-1944) se inspiró para pintar esta obra una tarde en que paseaba junto a sus dos amigos por un mirador de la colina Ekeberg, desde donde se podía apreciar el paisaje de Oslo.

Escribe Munch en su diario de 1891: “iba por la calle con dos amigos cuando el sol se puso. De repente, el cielo se tornó rojo sangre y percibí un estremecimiento de tristeza. Un dolor desgarrador en el pecho (...) lenguas de fuego como sangre cubrían el fiordo negro y azulado y la ciudad. Mis amigos siguieron andando y yo me quede allí, temblando de miedo. Y oí un grito interminable atravesaba la naturaleza.” ([www.culturagenial.com/es/cuadro-el-grito-de-edvard-munch](http://www.culturagenial.com/es/cuadro-el-grito-de-edvard-munch))

El cuadro *La desesperación* (1892) previo a *El grito*, retrata precisamente ese momento. En él aparece en un primer plano un hombre con sombrero de copa de medio lado, en una actitud contemplativa, en un escenario similar.

Sin embargo, Munch siguió experimentando, y pintó un nuevo cuadro, con el mismo título, que muestra esta vez a un hombre, que tiene el rostro, pero en una actitud más desesperada, en medio de una escena más sombría.

No satisfecho con los cuadros anteriores, Munch siguió pintando, en busca de lo que sería su obra maestra. Probó entonces con una figura andrógina, que está de frente y se lleva las manos a la cabeza con una expresión de profunda angustia, que parece emitir, ¿u oír? un grito.

En los años sucesivos, entre 1893 y 1910, Munch probaría nuevas variantes de ese cuadro, y llegó a pintar cuatro diferentes versiones. La pieza original sería expuesta en 1893 como parte de un conjunto de seis pinturas titulado Amor, que representaba las distintas fases de un idilio. El grito había sido concebido con la idea de colocarlo en la última etapa, la de la angustia y la desesperación.

En el análisis de la obra, algunos consideran que *El grito* presenta a una figura andrógina en primer plano con un gesto de angustia que transmite gran expresividad y fuerza psicológica.

La escena donde se encuentra es un sendero con vallas que se alejan en perspectiva diagonal. En el fondo, se pueden apreciar dos figuras con sombrero que parecen ajenas a lo que ocurre con la figura principal.

En el cuadro prevalecen los colores cálidos de fondo. En el cielo, fluido y arremolinado, predominan los tonos naranjas. El sendero y el paisaje, por su lado, parecen iluminados por una luz semioscura. Las formas se retuercen y los colores están dispuestos de una manera arbitraria. Antes que transponer la realidad, los colores buscan expresar un sentimiento de angustia y desesperación, más vivamente reflejada en la figura de primer plano, en la intensidad de su gesto de tribulación y espanto.

En esta pintura se ha reconocido usualmente la angustia existencial del hombre moderno en la transición del siglo XIX, de grandes avances tecnológicos, al siglo XX; su sentimiento de soledad y desaliento, su desesperación. Asimismo, se ha visto en este cuadro la condición del artista como hombre profundamente atormentado.

También hay quien considera que el grito de la obra es el grito de la naturaleza, que se encuentra personificado en la figura principal. Otros, por su parte, piensan que, independientemente de lo demás, el mayor logro atribuido a esta obra es que la manera de captar el sonido mediante el ritmo visual. Uno de los más comunes debates en torno a este cuadro es si la figura grita u oye el grito.

Se pueden rescatar de esta obra algunas cuestiones: por un lado, están las obras previas al Grito, donde aparece que, si bien se pinta un nuevo cuadro, lo nuevo presenta a su vez la repetición de lo anterior. Aparecen nuevas variantes de ese cuadro, es decir, lo que varía en lo que se repite.

Por otro lado, aparece el texto del autor, su diario, quien cuenta la experiencia de sentir un dolor desgarrador, y el grito que se hace escuchar. Es en un segundo momento que esto se interpreta y es leído como angustia y

desesperación. Pero el cuadro, en sí, bordea esto a través de la imagen. No hay palabras allí, predomina la imagen con sus colores, y sus formas que se dan a ver a la mirada del Otro, y se transmite allí de modo logrado lo que se hace escuchar.

### El grito desde una lectura psicoanalítica

En el *Seminario 16: De un Otro al otro*, Jacques Lacan toma la obra El grito, de Munch. El autor parte de Freud quien caracteriza al grito como algo absolutamente primario y lo describe como algo que se identifica con una exterioridad jaculatoria, “por lo cual lo que me es íntimo es justamente lo que estoy forzado a no reconocer desde afuera. Por eso el grito no necesita ser emitido para ser un grito,” (Lacan, 2013, 206) sostiene J. Lacan.

Para referirse al grito, se sirve de la obra del artista. El valor de expresión de este grito radica en el hecho de que se sitúa en un paisaje calmo con- no lejos en la ruta, describe- dos personas que se alejan y ni siquiera se dan vuelta. Considera que es esencial que la boca torcida del ser femenino en primer plano que representa este grito, no salga nada más que el silencio absoluto. “Del silencio mismo que centra este grito surge la presencia del ser más cercano, el ser esperado, tanto más desde que está ahí desde siempre, el prójimo.” (Lacan, 2013,206). Y definirá luego al prójimo como la inminencia intolerable de goce.

Así es como J. Lacan inventa la palabra *éxtimo*, para referirse a lo que es más cercano sin dejar de ser exterior. Es interesante porque en la obra de Munch se cuestiona si el grito viene desde afuera o se pronuncia desde adentro. Si bien este autor considera que es un ser femenino, es difícil definir el sexo del personaje en la pintura. Es una obra que nos invita a escuchar el grito en el silencio mismo, en la voz sin sonido.

Mónica Torres en un texto titulado “Gritos y susurros” publicado en la *Revista Lacaniana de Psicoanálisis Nro. 23* se detiene en la boca dibujada en el cuadro “del espanto que ella sugiere, que se escucha el silencio, el horror de la voz áfona de ese ser”. (AV, 2017, 207)

Esta autora considera que es curioso que se pueda pintar un grito, y toma del *Seminario 12: Problemas cruciales del psicoanálisis*, la frase de J. Lacan quien sostiene que el grito “hace de algún modo apelotonarse al silencio en un espacio mismo donde brota, para que el silencio se escape, pero ya está hecho.” (Lacan, inédito, clase 17 de marzo 1965). Ese grito, entonces, no sale sino del silencio. M. Torres retoma la imagen de la boca de ese ser que se tapa las orejas, el grito que sale del silencio, la voz áfona que agujerea y que da cuenta de la presencia del goce.

Es interesante porque M. Torres sitúa allí el punto de angustia, tal como lo describe “el borde de esa boca espantada ante un grito que se oye, aunque sea en silencio y que sin embargo agujerea los bordes del cuerpo que están comprometidos para el espectador: la boca, los oídos, los ojos.” (AV, 2017, 209). Se pueden pensar esos bordes justamente como las zonas erógenas, donde la pulsión luego hace su recorrido.

Jacques Alain- Miller, dedica un año al *Seminario Extimidad*, para trabajar ese concepto, con el que titula dicho seminario. Allí se pregunta qué es lo *éxtimo*, y define a lo *éxtimo* como aquello que es lo que está más próximo, lo más interior, sin dejar de ser exterior. “La circunstancia en la que Lacan obtuvo la palabra *extimidad* remite a un término alemán, *das Ding* (la Cosa), donde se cruzaban Freud y Heidegger. Lo más próximo, el prójimo mismo es nombrado por Freud, en su Proyecto, con el término *Nebenschensch*. Con el vocablo *éxtimo* Lacan muestra que estos dos términos alemanes coinciden.” (Miller, 2017, 14)

El autor aclara entonces que el término *extimidad* se construye sobre *intimidad*. No es su contrario, porque lo *éxtimo* es precisamente lo *íntimo*, incluso lo más *íntimo*. “Esa palabra indica que lo más *íntimo* está en el exterior, que es como un cuerpo extraño” (Miller, 2017, 15).

Esto sirve para pensar también cómo el psicoanálisis nos introduce en el registro de la *intimidad*, y a su vez el analista mismo es un *éxtimo*. J. A. Miller lo describe como un exterior, abierto, visible, afuera, superficial, extranjero, público, frío, impersonal; frío entendido como contrario de *íntimo*. Está en la lengua y muestra bien que *intimidad* es estar calentito. Lo cálido y lo *íntimo* están en la misma vertiente. Del lado de lo *íntimo*, está el interior, el interior más personal.

Luego J. A. Miller sitúa que éxtimo es en primer lugar el Otro del significante, éxtimo al sujeto, aunque más no sea porque la lengua, en la que expreso mi intimidad, tal como la describe, es la del Otro. “Pero también hay otro éxtimo que es el objeto” (Miller, 2017, 21) aclara, y es así como se referirá después a lo éxtimo del goce.

Se recorta a partir de esto entonces el concepto de íntimo, trabajado también por Francois Jullien en su libro *Lo íntimo. Lejos del ruidoso amor*, quien le da dos sentidos: por un lado, se lo define como aquello que está contenido en lo más profundo de un ser, y así hablamos de sentido íntimo, o de la estructura íntima de las cosas, pero también por otro lado es aquello que conjuga estrechamente por medio de lo más profundo que existe: unión íntima, tener relaciones íntimas, ser íntimo de... Es decir que estas dos concepciones expresan tanto lo apartado y oculto como la relación.

Así aparecen dos acepciones que ocurren al mismo tiempo:

En primer lugar, lo íntimo como “lo más esencial, al mismo tiempo lo más retirado y lo más secreto, que se oculta a los otros”

En segundo lugar, lo íntimo “es lo que se asocia más profundamente con el Otro y conduce a compartir con él.” (Jullien, 2016, 20)

Es decir que la palabra íntimo incluye en sí misma tanto un adentro como un afuera. F. Jullien dirá “lo íntimo al mismo tiempo expresa también su contrario: la unión con el Otro, unión íntima, un afuera que se vuelve adentro, lo más adentro- y genera la exigencia de compartir. Íntimo efectúa esa inversión de un sentido al otro: aquello que es lo más interior-porque es lo más interior lleva lo interno a su límite- es aquello que por eso mismo suscita una apertura al Otro.” (Jullien, 2016, 21). Es interesante entonces como esta palabra contiene al mismo tiempo adentro y afuera.

Sigmund Freud también hablará del grito, y lo ubica en relación a la primera vivencia de satisfacción. Para situar esto resulta de interés un artículo del libro mencionado *La urgencia. El psicoanalista en la práctica hospitalaria*, de Liliana Michiane. Ella sostiene que Freud nombra un primer momento mítico en el ser humano, cuando se parte de la necesidad. Ésta se caracteriza por hacer

sentir al ser humano algo que le es extraño, como proveniente de otro lugar, que le produce dolor, que lo sobrepasa en su propia dimensión, allá donde este indefenso ser humano proferirá su “primer grito”, momento de indefensión, de pre maturación. A partir de ese Otro que calma su necesidad, obtiene el bebé su primera experiencia de satisfacción, no solo biológica, sino que recibirá amor.

La autora se refiere entonces al plano de la necesidad y la define como un momento mítico, ya que éste es el único momento en que la necesidad se expresa, debido a que los posteriores llantos son demanda no sólo de alimento, sino que serán interpretados como demanda de amor.

Para pensar la cuestión del grito ligada al momento del nacimiento también se puede considerar a otra autora, Eugénie Lemoine-Luccioni quien en su libro *El grito. El sueño del cosmonauta* nos remite a ese primer momento en el que el niño al nacer si nadie lo sostiene se cae. Ese niño es sostenido por la partera o partero, quien lo toma, lo toca, lo lava, lo envuelve, todo esto que implica este ser sostenido. Luego es entregado inmediatamente a la madre. Pero encontramos primero un pasaje vacío, y luego la salida del pasaje, aquello de lo cual el niño se apodera para no seguir cayendo.

Esta autora sostiene que “el grito es oído por la madre como una llamada, por más impotente que ésta sea para responder a ella. La madre cree que el niño habla porque ella habla, y sobre ese malentendido inicial habrá de instaurarse el lenguaje.” (Lemoine-Luccioni, 1980, 27). Es interesante cómo la autora describe que en el momento del grito el niño esta desprovisto de todo, es el agujero, la negrura. Si dispusiera del habla podría llamar, pero ni el habla ni la mirada están aún disponibles. Es a partir de los primeros cuidados, por diversificarse en los ruidos, el tocamiento, las miradas, que éstos le permitirán diferenciar sus propias funciones y pulsiones.

L. Luccioni ubica que en el vientre materno el niño ya oía, ya percibía los ruidos, y esos ruidos se ubican del lado de lo lleno, “su propio grito viene a colmar ese vacío nuevo- insoportable- al mismo tiempo que hace demanda, a causa del Otro.” (Lemoine-Luccioni, 1980, 27). Luego surge la visión, en un segundo tiempo, que permite taponar las fisuras eventuales del universo sonoro, colmando los silencios, tal como lo describe la autora.

Leyendo a Freud, esta autora localiza al grito como “primeramente una descarga, un proceso primario que ignora el plazo necesario para la instauración de una cadena significativa.” (Lemoine-Luccioni, 1980, 28). Entonces se produce un proceso que va del grito hacia el lenguaje. La autora describe a este primer grito que es escupido, que sale de la garganta la expectoración de saliva, aliento y ruidos, en una mezcla entre aire y agua.

Es interesante porque L. Luccione sitúa “es la urgencia (Freud habla también de un “estadio de urgencia”), lo que desencadena el grito” (Lemoine-Luccioni, 1980,28), es el grito el que desencadena un intercambio con el Otro. En el instante de desgarramiento surge el grito.

L. Luccioni sostiene que, si el niño al nacer no grita, aparece el ahogo. Es así como el grito permite abrir una vía a la función respiratoria pulmonar, vía y voz son homófonos. Por lo tanto, la descarga tiene un efecto de organización fisiológica en tanto el niño pasa de un sistema respiratorio a otro “y también aquí hay ruptura y pasaje vacío.” (Lemoine-Luccioni, 1980, 34). La ruptura nos permite volver a situar allí la dimensión de la urgencia.

Por eso mismo es que “en la urgencia, recibimos a ese sujeto humano pleno de su crisis, que ingresa por sus propios medios o traído por otro, aparece que en él algo en su decir se ha desarticulado”. (AAVV, 1989, pag) En la urgencia irrumpe lo insoportable desde el interior del sujeto, develando el desamparo.

Muchas veces se escucha el grito en los pasillos de los hospitales: cuando el médico da la noticia de una fatalidad o de un fallecimiento, alguien grita, el paciente psicótico preso de una crisis, en una excitación psicomotriz, desgarrar un grito, desde la sala de partos aparece el grito del recién nacido. Irrumpe el grito en el silencio.

Pero es importante tener presente que “de la angustia, surgida de un punto de ruptura (nacimiento, goce, muerte) salió el grito; después el lenguaje, como respuesta a una llamada aquí evidente: son las “marcas de respuesta” las que transforman el grito en llamada. Ellas son correlativas de Otro omnipotente a quien se dirige la demanda.” (Lemoine-Luccioni, 1989, 16). Por eso considera la autora que el grito de nacimiento es la llamada misma. Grito que “surge en la

raíz del lenguaje, antes de la palabra, en ese límite donde lo no reconocido de lo reprimido primordial, a punto de hacer irrupción, suscita el goce.” (Lemoine-Luccioni, 1980,19) Entonces es preciso volver al grito para reencontrar el lenguaje.

L. Luccioni resalta de este modo cómo el niño al nacer se encontrará con “marcas de presencia”, que aparecen como respuesta a su grito, esto le permite poner fin a su angustia y estas marcas instituyen por obra del malentendido el espacio del lenguaje y del intercambio con el Otro, “desviando en lo simbólico al sujeto por venir. Con ello el sujeto marra lo real y queda dividido entre el goce y la palabra” (Lemoine-Luccioni, 1980, 1).

En la urgencia se tratará de la presencia del analista, que se ofrece como receptor de ese grito, apostando a que se produzca un pasaje hacia el llamado al Otro, en tanto hay alguien ahí que lo recibe.

### Lo mudo de la pulsión

Ricardo Seldes, sostiene que cuando Lacan señala que el sujeto es siempre dichoso, se refiere de este modo a que el sujeto es feliz en la satisfacción de la repetición. *La urgencia dicha*, que toma como título de su libro, así ubicada, remite a esa extraña felicidad la pulsión que, silenciosa, puede llegar a lo más mortífero.

Entonces queda situado lo mudo de la pulsión, lo silencioso, en oposición a lo ruidoso del grito. Para abordar esto, se tomará el libro de Diana S. Rabinovich *Una clínica de la pulsión: las impulsiones*. Ella pone a trabajar estas cuestiones, y sostiene que la clínica nos presenta algunos casos en los que la demanda del sujeto aparece de manera imprecisa, indicándonos la presencia de una cierta satisfacción pulsional que obstaculiza y frena el trabajo, precisamente en tanto inhibe el despliegue del deseo y de la transferencia. Por esta razón es que la autora designa a las impulsiones y parcialmente a las caracteropatías, como algunas de las formas en que la pulsión se hace presente en la clínica.

La autora se refiere a las caracteropatías en tanto algunos sujetos llegan a la consulta desde una posición en la que no aparece el síntoma que hace

pregunta, que interroga y divide, sino “de un *character*, la de una “forma de ser”, que no hace pregunta.” (Rabinovich, 2003, 61). En inglés esa palabra remite a los personajes de una obra, es decir, que además de definirse como carácter es también personaje.

D. Rabinovich sostiene que lo único que aparece es que ese personaje está incómodo consigo mismo. Es esta incomodidad lo que permite aceptar la consulta y abrir un tiempo de escucha, una serie de entrevistas preliminares. “La incomodidad, el embarazo, el malestar, son las pequeñas señales subjetivas que nos dan la pista de que podemos seguir escuchando.” (Rabinovich, 2003, 63), debido a que no hay pregunta; por lo tanto, llegan colocados en la posición del “yo no pienso”, tal como lo conceptualiza.

Entonces “hay algo del orden de la satisfacción que, al satisfacerse en ese personaje en forma directa, deja al sujeto sin lugar, en tanto que a su vez el sujeto deseante está como ese sujeto mudo de la pulsión.” (Rabinovich, 2003,70) Por lo tanto se presenta a la consulta un sujeto que no nos puede decir casi nada, salvo mostrarnos en acto esa satisfacción muda que le da ese personaje particular que desempeña. Es decir, satisfacción muda de la pulsión, cuando aparece el actuar en desmedro del decir. Esto se trabajará luego en relación al acting out y su diferencia con el pasaje al acto.

Por esto mismo es que la autora considera que son presentaciones clínicas del lado de la pulsión, no del lado del deseo, y el sujeto de la pulsión es un sujeto mudo, cuya demanda es muda. El análisis se propone hace virar al paciente del “yo no pienso” al “yo no soy”, a esa inexistencia del yo que el pensar inconsciente genera preguntas. “Este paso no puede ser dado sin las formaciones del inconsciente”, sostiene D. Rabinovich. (Rabinovich, 2003, 70). Es decir que, si la demanda es muda, muchas veces hay solo la incomodidad, o son pacientes traídos por otros a la consulta, que han por lo tanto generado malestar en otros de su entorno.

El analista entonces intentará producir esa torsión del “yo no pienso” con el que se presentan, al “yo no soy”, que dé lugar al discurso del inconsciente, al sujeto del deseo, pasaje que implica una pérdida de goce.

La autora recuerda que Lacan toma como paradigma el *cogito* cartesiano para ubicar el “yo no pienso” vinculado al Ello y el “yo no soy” al inconsciente. Sitúa que “ambas tienen como condición la repetición, reencontramos así la separación entre la *tyché* y el *automaton*. La *tyche* está del lado del “yo no pienso”, y el *automaton* está del lado del “yo no soy”. (Rabinovich, 2003, 91).

Como se venía situando la cuestión de la repetición, resulta de interés ubicar también que la autora sostiene en relación a esto que entre las consideraciones que insisten en el recorrido de Lacan encontramos la íntima relación estructural entre el objeto perdido freudiano y la repetición, dado que aquél constituye el fundamento mismo de la repetición. Por lo tanto, la reconsideración de la repetición es solidaria de la reconsideración del objeto a. Objeto que se presenta ahora no sólo como resto sino también como producto. Se considera desde el psicoanálisis que el montaje pulsional es un medio de producción de la satisfacción. Esto supone que “en la pulsión la satisfacción producida implica un sujeto que se satisface con ella y además que dicha satisfacción hace las veces de, ocupa el lugar de ese vacío creado por la inexistencia del acto sexual.” (Rabinovich, 2003, 100) El horizonte mismo de constitución de la pulsión es la imposibilidad del acto como acto sexual, es decir que ubica la repetición ligada a la satisfacción pulsional. Y la no relación sexual como propia del ser hablante.

D. Rabinovich avanza diciendo que “es entonces en torno a ese agujero central, ese vacío central, de la Cosa, donde el sujeto estructura, en relación con esa satisfacción de borde, una logística de defensa en la pulsión, logística que corresponde a las diversas posiciones subjetivas frente al goce pulsional. En este dispositivo se sitúa la repetición como repetición de goce”. (Rabinovich, 2003, 101). Es interesante este punto en tanto el analista como lector apunta a leer justamente la repetición de goce en juego, en aquél que consulta o se analiza, y es posible leer esto en la vertiente de lo que insiste en la repetición.

La autora recuerda también que la materia prima en juego es el cuerpo, ya que por definición el goce es goce de un cuerpo; dado que, sin su sede material, el cuerpo, no hay goce posible, ya sea perdido o recuperado. Sobre esa materia, sobre el cuerpo, opera en primera instancia el significante produciendo la falta, es decir, la pérdida. Esa falta, esa pérdida que se entiende

desde Lacan como la fórmula “no hay relación sexual”, interdicción del goce materno, del goce de ese Otro primordial, cuyo borde pasa a formar parte del montaje pulsional encargado de producir la satisfacción.

### Precipitación a la acción: Pasaje al acto y acting out

Lo mudo de la pulsión se presenta cuando aparece el actuar en desmedro del decir, tal como se señalaba anteriormente. Pablo Muñoz, en su libro *La invención lacaniana del pasaje al acto. De la psiquiatría al psicoanálisis* sostiene que se trata de la “discontinuidad, no solo de la que hay entre el pensamiento y la acción, sino discontinuidad de la temporalidad subjetiva, en tanto representa la precipitación urgente a la acción con el consecuente desamarre en la cadena significante”, (Muñoz, 2009, 238) Entonces tanto el acting out, como el pasaje al acto, dan cuenta de dicha discontinuidad, revelando allí la urgencia y el rechazo al inconsciente.

En el *Seminario 10: La angustia*, Jacques Lacan trabaja estos dos conceptos, y los describe del siguiente modo: “este dejarse caer es el correlato esencial del pasaje al acto. (...) Del lado del sujeto en tanto este aparece borrado al máximo por la barra (...) se precipita y bascula por fuera de la escena. (...) fuga del sujeto, que allí se lanza, sino a esa salida de la escena, esa partida errática hacia el mundo puro donde el sujeto sale a buscar, a reencontrar, algo expulsado, rechazado.” (Lacan, 2007, 128). Es decir, que lo propio del pasaje al acto se presenta como una caída de la escena.

Para referirse al acting out el autor dirá que éste: “es esencialmente algo, en la conducta del sujeto, que se muestra. El acento demostrativo de todo acting out, su orientación hacia el Otro, debe ser destacado”. (Lacan, 2007, 136) Éste se diferencia entonces por ser una puesta en escena.

En el pasaje al acto entonces hay una caída de la escena, en el acting out, en cambio, hay una puesta en escena.

Pablo Muñoz trabaja estos dos conceptos, localizando el antecedente en la obra freudiana, y entonces sostiene que el concepto de pasaje al acto es una invención de J. Lacan, quien lo instaure como concepto dentro del campo psicoanalítico, distinguiéndolo del *acting out*. El antecedente freudiano es el

concepto de “agieren”, que se aplica al “actuar”, aunque refiere una actuación que surge como consecuencia de algo que no consigue ser dicho en palabras.

La palabra “agieren” aparece en *Epílogo del Caso Dora* en 1905 y se refiere a la venganza contra el Sr. K que para Freud Dora realiza por transferencia en su persona, es en este sentido que S. Freud concluye diciendo “de tal modo, actuó (agieren) un fragmento esencial de sus recuerdos y fantasías, en lugar de reproducirlo en la cura.” En castellano sería puesta en acto. Es decir, “acciones inmotivadas inconscientemente fuera o dentro del marco analítico que evitan la verbalización de un recuerdo reprimido.” (Muñoz, 2009, 180) Aparecen las acciones, allí donde no hay palabras.

P. Muñoz trae el texto *Recordar, repetir, reelaborar* en el que Freud establece una estrecha relación entre *agieren*, olvido y recuerdo: “el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace.” (Muñoz, 2009, 180) es decir, supone la imposibilidad del recuerdo y su repetición actuada.

Esa repetición actuada queda en relación con las resistencias. A menor resistencia, mayor recuerdo, y viceversa. Toma por ejemplo esos momentos en que el analizante falta, llega tarde, se enferma, no asocia, se queda callado refiriéndose que nada se le ocurre. “Esta compulsión de repetición, uno comprende, al fin, que ésta es su manera de recordar.” (Muñoz, 2009, 180) Recordar en acto.

Así es como Freud considera que lo único que posibilitará el dominio de esa repetición actuada para que devenga recuerdo, es el manejo de la transferencia: “le abrimos la transferencia como la palastra donde tiene permitido desplegarse con una libertad casi total, y donde se le ordena que escenifique para nosotros todo pulsionar patógeno que permanezca escondido en la vida anímica del analizado.” (Muñoz, 2009, 180) Toma como sostiene esta cita de Lacan en el seminario mencionado.

En conclusión, P. Muñoz considera que el *agieren* freudiano aparece como una resistencia al recuerdo, pues lo reprimido no retorna allí por la vía del pensamiento sino por la vía de la acción, del actuar.

El autor sostiene que podemos decir que uno de los modos en los que puede transformarse la angustia es el acting out, para desplazar aquello que para el sujeto le resulta intolerable. Para diferenciar el acting out del pasaje al acto, J. Lacan utiliza los términos de escena y mundo. Se refiere a la escena como aquello que se muestra, que lo representa, lo que está del lado del sujeto. Y al mundo como la realidad escondida del deseo, la pulsión y el objeto a. Es decir, que el acting out aparece allí como modo de arrancarle a la angustia su certeza, tal como lo sostiene Lacan.

P. Muñoz entonces ubica que el acting out es un tipo de acción que se caracteriza por tres rasgos:

En primer lugar, es una acción inmotivada, que el sujeto no puede explicar ni explicarse a sí mismo, de lo cual no puede dar cuenta pues tampoco se pregunta por su sentido.

En segundo lugar, es una acción o situación repetida, cometida generalmente antes o después de la sesión analítica, relatada como por casualidad, y que incluso a veces pasa desapercibida, pero que también puede exteriorizarse durante la sesión misma.

En tercer lugar, esa acción siempre se presenta enmarcada en cierta escena, un conjunto de hechos y circunstancias que la acompañan y le dan un marco que la vuelve muy peculiar. Peculiar debido a que no responde a los estándares esperados, a los patrones de conducta establecidos, pero por, sobre todo, porque rompe la armonía de las pautas motivacionales de la conducta del mismo sujeto.

El acting out, por lo tanto, es la puesta en escena de algo que se muestra y que el sujeto sin saberlo, lo señala. Está en relación a una verdad que pide interpretación pero que a su vez el sujeto no está dispuesto a recibirla, ya que no está representado en lo que dice, desconoce que tenga un sentido; puede pasar desapercibido.

El acting out no tiene estructura de metáfora, no se encuentra en relación al Otro del saber. A juzgar por la escasez de resultados estabilizadores, el llamado a una interpretación resulta ser más aparente que real. Así “el término “transferencia salvaje” usado en este contexto, debería oponerse al concepto de transferencia como “inmixión del tiempo de saber” si entendemos por ello lo que

permitiría que un sujeto, al identificarse a su deseo, disminuya su tendencia al acting, o sus inhibiciones, situándose mejor en su acto.” (Muñoz, 2009, pág)

La pregunta que se impone, tal como lo plantea P. Muñoz, es cómo hacer que la transferencia entre en el análisis, “cómo la transferencia salvaje se puede domesticar, cómo hacer entrar el elefante salvaje en el cercado, cómo poner el caballo a dar vueltas en el picadero”, que el sujeto dé vueltas alrededor de la transferencia en el análisis y deje de hacerlo cotidianamente con sus torpezas. Es la pregunta del manejo de la transferencia.

El autor sostiene que, en cuanto al pasaje al acto, el sujeto queda en el lugar de objeto, por fuera de la escena, como objeto caído. Los efectos de un pasaje al acto sólo podrán leerse a posteriori. Luego del pasaje al acto, el sujeto ya no será el mismo. Cuando falla el acto, es un acto fallido, y allí surge la subjetividad.

En la vía del pasaje al acto se produce una exclusión impulsiva, una salida impulsiva de la escena del mundo. Se trata de la caída desde la escena a lo real del mundo. El sujeto confrontado radicalmente con lo que es como objeto para el Otro, reacciona de un modo impulsivo, con una angustia incontrolada e incontrolable, identificándose con ese objeto y dejándose caer.

Como se situaba anteriormente, el silencio de la pulsión, puede llevar a lo más mortífero. En este punto es interesante también el problema del pasaje al acto suicida desde la perspectiva de la determinación inconsciente de la muerte. P. Muñoz toma el ejemplo de la melancolía debido a que se pone de relieve la violencia de una compulsión al autocastigo que puede llevar al suicidio.

El autor nos recuerda como también Freud localiza la muerte por accidente, luego de 1920 cuando introduce la pulsión de muerte y la compulsión a la repetición, marcando un más allá del principio de placer. Freud describe como una persona ajena no encontrará motivos para ver en el accidente otra cosa que una casualidad, mientras que una persona próxima al accidentado, familiarizada con detalles íntimos, puede tener razones para conjeturar el propósito inconsciente tras el azar. Por ejemplo: dejarse caer, dar un paso en falso, resbalar, tener un esguince, etc. Aparecen también las lesiones autoinferidas, y nunca se puede excluir que un suicidio sea el desenlace del conflicto psíquico.

P. Muñoz sostiene que se puede reconocer entonces un suicidio consciente (un tipo de pasaje al acto de propósito consciente) y un tipo de pasaje al acto suicida tolerado inconscientemente pero no reconocido por la conciencia. Se puede tratar también de un acting out fallido que conduce de manera involuntaria a la muerte.

El autor considera que la determinación suicida remite a la decisión de poner término a la propia vida, siendo los medios elegidos para tal fin más o menos efectivos, o no. A veces aparece una tentativa suicida ineficaz en su realización, pero cuya determinación no está en cuestión, lo cual explica toda una serie de casos de intentos de suicidas a repetición. “Aparece entonces el pasaje al acto suicida deliberado, donde la determinación suicida no deja lugar a dudas, pero fallido, en la medida en que no condujo efectivamente a la muerte.” (Muñoz, 2009, 184) Es decir, que a veces el suicidio es consumado, y otras veces no, debido a que se presenta con insistencia los intentos de hacerlo una y otra vez. Pacientes que muchas veces se reciben en las guardias de los hospitales públicos, presentados bajo el nombre de “intentos de suicidio” por el discurso médico, y que revelan que no es la primera vez que cometieron un acto con esa intencionalidad.

P. Muñoz ubica que la última modalidad de presentación del suicidio como acto, es pensado en términos de una decisión. Recuerda que J. Lacan señala que el suicidio es el único acto que tiene éxito sin fracaso. Allí donde no hay grito ni llamado, sino un dejarse caer.

---

## CAPITULO V

### Despertar del analista

*“es mantener el deseo despierto, con formas de lo actual,  
lo contemporáneo, comentar lo que no está muerto,  
lo que no se sabe, inventar formas...”*

*Eric Laurent*

Cuando se desarrolló la cuestión de la angustia Jacques Lacan, en el *Seminario 10: La angustia*, situaba que el analista también puede experimentar momentos donde se ve invadido por la angustia, no está exento de vivenciarla, pero él aconseja regularla, es decir, no intervenir desde allí.

Se abre la pregunta acerca de “¿de quién es la urgencia en esta situación de crisis? ¿Para quién, ésa, es una situación insoportable que hay que resolver?” tal como las formula Inés Sotelo, (Sotelo, 2007, 25) quien deja de este modo dicho que no siempre la urgencia queda del lado del paciente. A veces la urgencia es del familiar del paciente que lo trae a la consulta, o del Juzgado que interviene con un oficio judicial, de la institución escolar que deriva al niño a una consulta, del médico que realiza la interconsulta o de los padres que llevan al niño a la consulta. Otras veces, la urgencia queda del lado del analista. Tal como lo sostiene Francois Legil, se tratará en todo caso de que “el analista pueda estar de vuelta de sus propias urgencias”. (AAVV, 1989, pag)

La experiencia analítica está atravesada por las urgencias, tal como lo sostiene Ricardo Seldes cuando afirma que “un psicoanálisis no es sin urgencias, al inicio, al final, mientras dura. Sin ellas los analizantes podrán adormecerse, sin ellas no habría una cabal formación de los practicantes.” (Seldes, 2019, 11). Es decir, que el analista como practicante del psicoanálisis, no este exceptuado de experimentarla.

Surgen las siguientes preguntas: ¿qué sucede cuando la urgencia es del analista?, ¿con que dispositivos cuenta éste para resolver sus propias

urgencias? ¿qué le permite encontrar el hilo que comanda hacia una salida posible?

Tal como lo recuerda Mauricio Tarrab en su libro *Entre relámpago y escritura* Sigmund Freud sostiene en una entrevista que le hacen en 1926 “el psicoanálisis reordena el enmarañado de impulsos dispersos, procura enrollarlos en torno a su carretel. O, modificando la metáfora, el psicoanálisis suministra el hilo que conduce a la persona fuera del laberinto de su propio inconsciente.” (Freud, 1926) ¿Qué dispositivos le permiten al analista disponer de las claves de lectura, allí donde la urgencia lo deja enredado a él?

Resulta de interés cuando Jacques Lacan afirma que “el analista es al menos dos, el del acto y aquel dedicado a teorizarlo, tanto como a sus efectos.” (Lacan, 1974) fragmento también traducido como “el analista para tener efectos es (es indispensable que el analista sea al menos dos) el analista que, a esos efectos los teoriza” (Lacan, 1974, 7) Entonces a veces el analista es uno solo, ahí donde aparece la angustia, donde algo lo despierta a él. ¿Qué arma el par? ¿su “al menos dos”?

El dos se arma en un segundo tiempo tornándose necesario, indispensable, en tanto le permite a él mismo una operación de lectura, sea para trabajar acerca de lo que le paso a él como analizante, o para pensar en la lógica del caso clínico en tanto practicante del psicoanálisis.

Consideramos que hay una doble definición de analista, “el analista tal como se plantea en el *apres-coup* de su análisis y el analista tal como se plantea en el *apres-coup* de su práctica” (Miller, 2006, 17), es decir, está aquél que dio pruebas de sus aptitudes de analizante analizado, y aquél que dio prueba de sus aptitudes de practicante. Se distingue entonces el analizado del practicante.

Este capítulo se detendrá entonces en los dispositivos que con los que cuenta el analista- como analizante, o en tanto practicante del psicoanálisis- para poder desembrollarse de sus propias urgencias.

También se puede pensar que un dispositivo implica estar a disposición, se trata de disponer de él. Se pasarán a desarrollar alguno de éstos.

## Escritura del caso clínico

La escritura aparece como un tratamiento a lo real, ese real que irrumpe para el analista. Como se ha mencionado Jacques Lacan sostiene: “Escribo para hacer par con los casos de urgencia”. Según Ram Mandil en su libro *Psicoanálisis en tiempo real*, esto indica que “hay algo de la escritura, de la letra, que es una articulación entre los semblantes y lo real, que podría hacer par con la urgencia.” (Mandil, 2019, 68). Es decir, que este autor considera que hacer par es poder dar un tratamiento a lo real, poder dar una forma a esto que está disforme.

La escritura también va de la mano de la transmisión del psicoanálisis, cuando se formaliza un caso clínico; se puede pensar que un analista al escribir sobre un caso algo de este caso elegido le produjo alguna resonancia. Los casos se presentan dentro de la comunicad analítica, en congresos, jornadas, etc., y dejan alguna enseñanza. ¿Cómo se construye el caso clínico en psicoanálisis?, en tanto construir un caso permite formalizar la lógica del mismo.

En nuestra disciplina, el método del ejemplo del caso clínico aparece como una tradición. Esto lo trabaja Eric Laurent en un texto *El caso, de la construcción a la mentira*, publicado en *Cuadernos de Psicoanálisis 26*, quien se pregunta “¿de qué se trata en una experiencia que depende tan estrechamente del lazo observador/observado como la instaurada por la transferencia?”, (Laurent, 2002, 12) es decir, allí donde el analista es parte de esa experiencia.

Esta dificultad aparece en tanto el psicoanálisis no es una ciencia exacta, por lo tanto, un caso no puede ser objetivo. Este autor parte entonces ubicando que el relato del caso freudiano al principio siguió el modelo de la novela goethiana. Aparece un modelo, “el sueño y sus asociaciones, derivado de la forma original puesta a punto por Freud en su *Traumdeutung*, para dar cuenta de la experiencia analítica original.” (Laurent, 2002, 12) Esto es posible en tanto Freud logra dar una narrativa a la estructura, liberada de los constreñimientos del ideal. Allí donde logra integrar la sesión analítica, esencialmente anudada en la disimetría del analista y del analizante, en un mismo relato continuo del dialogo del sujeto con su inconsciente. Luego de la Primera Guerra Mundial se rompe con las formas antiguas del relato del caso.

E. Laurent nos cuenta que sucede entonces “una especie de puesta al límite de la literatura y del caso en el momento en que, en el psicoanálisis, el giro de los años veinte- crisis en la práctica de la interpretación- repercute sobre el modelo del relato del sueño y sus asociaciones.” (Laurent, 2002, 13) Es decir, que esto pone en peligro el relato del caso. Allí donde el psicoanálisis se encuentra con que el síntoma resiste al revelamiento del inconsciente, los casos comienzan a dar cuenta de las dificultades que surgen en un tratamiento, y de la extensión del psicoanálisis allá donde el sueño no ha lugar, como por ejemplo en la clínica de la psicosis.

El autor señala que se evoluciona luego hacia la *viñeta clínica*, la forma clínica breve, esto sucede también en “la medida en que nadie toma en cuenta “el” psicoanálisis como tal, pero se dedica a ilustrar un aspecto parcial de él”. (Laurent, 2002, 14)

J. Lacan, en su tesis de doctorado, apuesta más bien por la publicación de una monografía exhaustiva sobre un caso. Pero, luego, sostiene E. Laurent “a medida que logifica el inconsciente, hace bascular el relato del caso psicoanalítico hacia la puesta al día de la envoltura formal del síntoma, concebida como una suerte de matriz lógica”. (Laurent, 2002, 15). Entonces comienza de este modo a leerse la lógica del caso.

El paradigma hace surgir la estructura e indica tanto el lugar del síntoma en una clase, como los elementos de sustancialidad en la vida de un sujeto que se repiten o permutan, o incluso los modos de declinación en la repetición de lo mismo. Aparece entonces la estructura lógica y topológica de los casos de Freud con una nitidez inolvidable.

Así es como, partiendo de este recorrido, es que Laurent afirma que “un caso es un caso si testimonia, y lo hace de la incidencia lógica de un decir en el dispositivo de la cura, y de su orientación hacia el tratamiento de un problema real, de un problema libidinal, de un problema de goce.” (Laurent, 2002, 16). Es importante señalar que el caso lo es en tanto testimonia, es decir da cuenta, de la lógica significativa en el campo del goce.

Se tratará además de que dentro de la comunidad analítica hay distintos modelos del relato del caso que circulan y es en la diferencia con relación a estos

modelos como la cualidad del trabajo de cada analista, su presencia se hace escuchar, es decir, que es también con esta particularidad, con el rasgo propio de cada analista.

E. Laurent nos dice que la experiencia del pase viene a ser la demostración del propio caso; allí donde el dispositivo mismo permite que se cuente el propio caso, y el final de análisis, considerando entonces la enunciación de cada uno. Esto lleva entonces a situar el siguiente dispositivo.

### Dispositivo de Cartel del Pase

Se puede pensar que las urgencias del analista son puestas a trabajar en su propio análisis, cuando él es analizante. A veces, en algunos casos- no en todos- este análisis tiene una conclusión.

En la *Proposición del 9 de octubre de 1967*, Jacques Lacan, ubica como “un psicoanalizante pasa a psicoanalista” (Lacan, 2016, 271) o lo dice también como “en el paso al deseo de ser psicoanalista.” (Lacan, 2016, 273).

El dispositivo del Pase aparece dando cuenta de esto consiste, tal como lo describe Marcus Vieira en su libro *La escritura del silencio (letra y voz en un análisis)*, en que aquél que declara haber llegado al fin de su análisis relata su recorrido a dos colegas, que transmiten su narración a un pequeño número de analistas que hayan participado de alguna manera de este procedimiento. Estos buscan aprehender la demostración de la conclusión, así como también, si fueron tocados por lo que sólo se trasmite en las entrelíneas. Cuando esto sucede, cuando esto queda corroborado, aquél que buscó el dispositivo del pase deberá continuar transmitiendo, el modo que encontró un nuevo destino para aquello que lo llevó al análisis, al colectivo de analistas que Lacan nomino Escuela, durante el período de tres años, recibiendo la nominación de AE, Analista de Escuela, en el transcurso de ese tiempo.

Se considera El pase como una experiencia en curso en la *Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP)* que incide directamente sobre la comunidad conformada por las siete Escuelas que la componen.

Es interesante pensar acerca de las enseñanzas que se producen a partir del Cartel del Pase, dispositivo que da cuenta del pasaje de analizante a analista, que permite nominar al analizado como AE: "el trabajo analítico produce una especie de revés topológico que permite escribir el pasaje del goce masoquista del fantasma a la posición de objeto causa del deseo," tal como lo trabajan algunos psicoanalistas en el texto *El pase. Actualidad del Pase III. Flashes sobre el deseo del analista*, en el Congreso de la EOL El orden simbólico en el siglo XXI.

### Dispositivo de Cartel

Dentro de la *Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL)*, definen al Cartel como un dispositivo de trabajo original, propuesto por Lacan a aquellos que practican el psicoanálisis o a cualquier persona que tenga interés en estudiarlo. Esta invención lacaniana tiene en cuenta los efectos de grupo y apunta, por su estructura y su funcionamiento, a limitarlos lo más posible.

El Cartel se conforma por cuatro integrantes que se reúnen para trabajar. Ésta conformación fue propuesta por Lacan en 1980, y sigue siendo un número de referencia en la actualidad. Los que constituyen un cartel se eligen con un proyecto común de trabajo. Las reuniones se realizan con una frecuencia que se decide entre los miembros llamados "cartelizantes".

Luego se agrega un "más uno", quien es elegido por los cartelizantes. La función del "más uno" es ser la persona que se encarga de la selección, de la discusión y del destino reservado al trabajo de cada uno. Su función es imprescindible para sostener el trabajo de cada cartelizante, para hacer frente a las crisis y para mantener la distancia entre saber y verdad. El "más uno" también hace lazo con la Escuela, en tanto favorece la exposición de los productos del cartel.

La creación del cartel es la ocasión para que cada uno elija un tema o "rasgo" de trabajo: lectura de un seminario, elaboración de un concepto o de un caso, conexión del psicoanálisis con otros campos, etc. Al "rasgo" de cada uno

se agrega un tema común que deviene el título del cartel y bajo el cual se lo inscribe en la Escuela.

Se trata para cada uno, en función del momento de su relación al psicoanálisis, de constatar lo que pudo haber sido modificado de su relación con el saber analítico. Es decir que hay una producción individual, no se trata de un producto colectivo sobre un saber que implique la adhesión del grupo.

Los productos del cartel pueden presentarse en las jornadas de carteles, que son las ocasiones para exponer de las elaboraciones. Las diferentes publicaciones del Campo Freudiano pueden ser también el lugar de presentación de ciertos trabajos. Todos los años se realizan Jornadas de Carteles, en las que aquellos que estén interesados pueden presentar sus trabajos.

El cartel no puede durar más que uno o dos años, luego de este tiempo, se disuelve. Esta conclusión necesaria permite evitar la inercia constatable en los grupos de trabajo que se prolongan y hacen obstáculo al advenimiento de un saber nuevo para el sujeto. Es decir, se apunta a producir un saber que permuta.

La práctica acumulada desde la invención de este dispositivo institucional muestra su fecundidad en la lectura de textos de referencia, en el estudio de los conceptos fundamentales y en la investigación permanente en psicoanálisis. Es entonces un instrumento de la formación de los analistas y un órgano de base de la Causa freudiana. ([www.cuatromasunoel.com/que-es-un-cartel/](http://www.cuatromasunoel.com/que-es-un-cartel/))

El Cartel parte de la premisa de Jacques Lacan, en un artículo titulado “El Señor A.”, cuando afirma: “Vayan. Júntense varios, péguense unos a otros el tiempo que haga falta para hacer algo y disuelvansen después para hacer otra cosa. Se trata de que la Causa freudiana escape al efecto de grupo que les denuncio. De donde se deduce que solo durará por lo temporario, quiero decir – si uno se desliga antes de quedar tan pegado que ya no puede salirse.” ([www.eolcba.com.ar/wp-content/uploads/2017/06/c-EI-Sr.-A-J-Lacan1980-pdt](http://www.eolcba.com.ar/wp-content/uploads/2017/06/c-EI-Sr.-A-J-Lacan1980-pdt)) Este hacer algo tiene que ver con el trabajo de la Escuela. Luego afirma que el Más uno no se sortea, sino que es elegido por los cuatro miembros del grupo.

Retomando estas cuestiones, Jacques Alain-Miller, en un artículo titulado *El Cartel en el mundo* sostiene que el cartel, a diferencia del pase, es contemporáneo a la creación de la Escuela. Comenta que cuando Lacan creó su primera Escuela, en 1964, apareció la idea de trabajo en grupos reducidos. Sostiene que la idea de una formación en grupos chicos, en lugar del curso magistral, tenía que ver con ser un movimiento anti-autoritario. Es decir, que se invitaba al trabajo en pequeños grupos, para que los estudiantes pudiesen estudiar juntos, sobre una base igualitaria en oposición al curso magistral.

Por otro lado, J. A. Miller señala que “el cartel encarna una tesis de la teoría de los grupos: a todo grupo le hace falta un líder (...) pero se puede adelgazar en lugar de inflarlo, reducirlo al mínimo, hacer de él una función, lo más permutativa posible.” Es decir que aparece el “más uno” como líder, pero un líder modesto, un líder pobre. Y este autor retoma la frase con la que Lacan introduce el cartel en su “Acta de fundación: para la ejecución de un trabajo, adoptaremos el principio de una elaboración sostenida en un pequeño grupo.”, es decir, que el cartel como pequeño grupo, es un medio para ejecutar un trabajo. Considera entonces que es el trabajo de la Escuela, y este trabajo pasa por el cartel, no por el seminario, la conferencia, el curso.

El autor agrega luego que hay un parentesco entre el cartel y el pase, en tanto “desde el punto de vista institucional, son una máquina anti-didactas.”, es decir que este dispositivo está marcado por cierta igualdad.

Mauricio Tarrab, en un artículo titulado *En el cartel se puede obtener un camello*, sostiene, partiendo del texto de Lacan, de *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*, que “prisioneros como somos, la salida se encuentra no sin los otros”. Considera que no hay ninguna garantía, sino más bien el riesgo de una apuesta. Se sostiene una estructura horizontal, heterogénea, discreta, poco presuntuosa respecto de los semblantes de saber, con un líder debilitado como el más uno, en un encuentro que será limitado en el tiempo ya que está destinado a disolverse y renovarse con otros. No hay un maestro de prestigio que dicte una enseñanza y alumnos que lo amen por su saber, sino que cualquiera puede ocupar ese lugar a condición de resguardar la causa del trabajo

de cada quien, si está en función de “más- uno”, y a autorizarse a pensar por su cuenta con los otros si es un miembro del cartel.

El autor sostiene que el Cartel se trata de la apuesta sostenida entre la posible elaboración colectiva y la particularidad de la enunciación de cada uno. Esto permite avanzar en el saber a costa de la ignorancia. Por un lado, aparece el agruparse con otros, al mismo tiempo que se sostiene la enunciación singular de sus miembros. Mauricio Tarrab piensa que se cede el goce, a favor del lazo colectivo, y finalmente cada uno obtiene una ganancia.

Para renovar el interés por el cartel que fue decayendo se realizaron algunas modificaciones en el dispositivo de formación, tal como lo sostiene Daniel Millas en un artículo titulado *El espíritu del cartel en la gestión*. Por un lado, aparecieron los “carteles ampliados”, que estaban constituidos por un número mayor de participantes al del cartel clásico, y también se crearon los “carteles fulgurantes” que duraban de tres a seis meses, que trabajaban un tema específico, participaban luego en algún evento como ser Jornadas de Carteles, Encuentros Americanos u otros eventos de la AMP y luego se disolvían.

Este autor considera que estos resultados fueron muy favorables, debido a que hubo mayor participación. Así es como sostiene que “la formación analítica es fundamentalmente una experiencia libidinal, abierta a lo nuevo y a la contingencia de los encuentros.” Por eso mismo, la formación del analista presenta discontinuidades determinadas por acontecimientos imprevistos que dejan huellas y un saldo de saber que no es generalizable.

De esta manera, es como D. Millas piensa que sólo porque hay Escuela, es posible pensar la formación como un síntoma, es decir, anudando lo singular y lo colectivo, lo epistémico y lo libidinal. “Este recorrido no cesa y deviene estilo para cada uno de sus miembros” ([www.cuatromasunoel.com/pages/static/ediciones/008/bibliografia-sobre-el-cartel/images/el-espirituto-del-cartel-en-la-gestion.pdf](http://www.cuatromasunoel.com/pages/static/ediciones/008/bibliografia-sobre-el-cartel/images/el-espirituto-del-cartel-en-la-gestion.pdf)) sostiene. Vuelve a aparecer entonces esta idea entre lo que del cartel reúne lo singular y lo colectivo.

## Dispositivo de Control

Es de conocimiento dentro del campo psicoanalítico que “desde los inicios del psicoanálisis, Freud incluía el control como un deber para el psicoanalista, sumado a la formación teórica y el análisis personal. S. Freud sostenía en su texto *¿Debe el psicoanálisis enseñarse en la universidad?* que, en cuanto a su experiencia práctica, aparte de adquirirla a través de su propio análisis, podrá lograrla mediante tratamientos efectuados bajo control, y la guía de los psicoanalistas más reconocidos.” (Belaga, 2015, 235).

Jacques Lacan en la *Conferencia en Columbia University en 1975*, sostiene que no sabe porque se ha llamado a eso Supervisión, sino que considera que se trata más bien de una súper-audición. Le resulta sorprendente que se pueda al escuchar lo que les ha contado un practicante- que a través de lo que les dice se pueda tener una representación de aquél que está en análisis, que es analizante. Considera esto como una nueva dimensión, y lo escribe *dit-mensión* refiriéndose al sitio donde reposa el dicho. “Esta nueva *dit-mensión* de la que Lacan habla, nueva mansión del decir, ubica la experiencia del control como lo que podría hacer surgir una nueva resonancia en el decir, lo nuevo y la dimensión de la sorpresa.” (Belaga, 2015, 235)

Esta nueva resonancia en el decir se puede plantear también en relación a lo que sostiene en *La dirección de la cura y los principios de su poder*, cuando Jacques Lacan sostiene en relación al lugar de la interpretación que el procedimiento se hace revelador, y la ubica del lado de un “decir esclarecedor” (Lacan, 2013, 566). Es decir, que el dispositivo de control podría también en este caso funcionar a modo de iluminar algo, para el analista que dirige la cura. Y, sobre todo, en lo que concierne a la transferencia, debido a que, como sostiene el autor en ese mismo Escrito “todo analista experimenta siempre la transferencia en el asombro del efecto menos esperado de una relación entre dos que fuese como las otras.” (Lacan, 2013, 562). Sostiene que es en el manejo de la transferencia donde el analista es menos libre.

Luego en el Escrito titulado *Discurso en la Escuela Freudiana de París*, se refiere a lo que implica “controlar un caso: un sujeto (subrayo) al que su acto

sobrepasa.” (Lacan, 2013, 284). Y luego agrega que se trata en los controles de “restituírsele en su escucha, en su mirada clínica. (...) Ya que la experiencia del clínico, así como la escucha del psicoanalista no tienen que estar tan seguras de su eje como para no ayudarse con las referencias estructurales que hacen lecturas de ese eje.” (Lacan, 2013, 287) ¿Controlar un caso implica entonces también la posibilidad de hacer lectura?, es decir, lectura de aquello que sobrepasa al analista.

Es por esto que el dispositivo de control está a disposición del analista, cuando éste se encuentra experimentando una urgencia. Ram Mandil en su libro *Psicoanálisis en tiempo real* sostiene que hay momentos en los que se sale del estado de espera y se está en estado de prisa. “Esto sucede también en los controles, cuando estamos en cuanto analistas tomados por ciertos estados de urgencia. Entonces muchas veces se dirige a un controlador para salir del estado de urgencia.” (Mandil, 2019, 64).

J. Aramburu sostiene en su libro *El deseo del analista* que “el espacio de control se revela como un potente instrumento para la resonancia de los conceptos fundamentales del psicoanálisis, efecto que se hace sentir en diferentes registros: la formación, el análisis del practicante, su autorización como analista, los efectos terapéuticos en las curas que conduce, la relación con la comunidad analítica, la posibilidad de hablar con otras disciplinas” (Aramburu, 2000, 330)

Un capítulo del libro *La práctica del psicoanálisis en el hospital*, cuyo compilador es Guillermo Belaga, se dedica a poder trabajar acerca estas cuestiones, y hace hincapié en los efectos del control. Allí, Valeria Cavalieri sostiene partiendo de un texto de P. Siqueira publicado en el *Caldero de la Escuela nro. 82* titulado *El principio de control en la Escuela*, que se define al control “como la verificación de la estrategia y de la posición del practicante con respecto a la transferencia y de la política que permita extraer la lógica de esa cura.” (Belaga, 2015,211) Es decir, el control pone el acento en el lazo del psicoanalista con el lugar, y esto permite verificar su grado de desobjetivación en la experiencia, o sea, que éste no haga obstáculo a la cura, que no cuente como sujeto.

V. Cabalieri recuerda que J. A. Miller “ubica el desapego como la posición que conviene al psicoanalista, en tanto con su acto desapega el significado del significante, para reducir al significante a su desnudez. A la vez el control recae sobre el lazo del psicoanalista con el psicoanálisis como *parteneire*, sin este *parteneire* no hay psicoanálisis.” (Belaga, 2015, 212). Es interesante rescatar entonces, del lado del analista que escucha, que lee el texto del paciente, una posición de desapego, escucha que no se orienta entonces por la vía del sentido. El control entonces se orienta por esta vía ubicando la posición del practicante. “De este modo lo que se controla es la posición de enunciación de quién hace pasar el caso a otro y esto es lo que orienta la cura hacia lo real.” (Belaga, 2015, 212)

Lo que motiva el pedido de control tiene que ver con supervisar la posición del practicante, aunque éste enuncie su pedido muchas veces por la duda diagnóstica, la dirección de la cura, etc., tal como lo sostiene M. Quintana. El autor remarca entonces que se trata de la posición del analista. Recuerda que “Eric Laurent sostiene que la experiencia de supervisión da lugar a rectificaciones de la posición del psicoanalista, a desarrollos ulteriores con la cura del analizante del que habla.” (Belaga, 2015, 217) O sea, que se trata de la importancia de poder ubicar en el control si algo de esta posición hace obstáculo en la cura, así como, de qué manera la posición subjetiva del que supervisa se pone en juego en el recorrido de un tratamiento.

Esta autora ubica al control como aquello que parte de un deber ético para aquel que practica el psicoanálisis lacaniano. El control parte entonces de la formación del practicante del psicoanálisis.

A su vez se está advertido de que el control no implica interpretar la posición subjetiva de quien controla, tal como lo sostiene Luciana Nieto “sino de ver como ésta se juega en relación a sus pacientes para maniobrar en transferencia”, (Belaga, 2015, 223) es decir que se torna necesario asegurarse de que el psicoanalista no haga obstáculo al psicoanálisis. Se trata de dar lugar al efecto sorpresa, a un efecto sujeto. En este sentido el acto de controlar, en sí mismo, produce efectos sorpresa en el practicante de psicoanálisis, y esto a su vez, produce efectos en la práctica misma.

Adriana Rógora sostiene que “en el dispositivo de control quedan anudados: practicante-analizante-psicoanálisis, a lo que E. Laurent siguiendo a J. Lacan, advierte agregar un cuarto elemento que considera esencial, a saber, el deseo del psicoanalista, lo que marca una diferencia con aquellas instituciones que ponen el acento en el saber mismo.” (Belaga, 2015, 227). En este sentido orienta poder leer también qué se controla y en qué momento, y cómo este dispositivo se enlaza con la formación del practicante, como se mencionaba.

Por lo tanto, tal como se trabajó en este capítulo, existen distintos dispositivos a disposición del practicante del psicoanálisis, que le permiten hacer uso de ellos como salida posible de sus estados de urgencias. Así como el análisis personal le permite al analizante poner al trabajo sus propias urgencias.

## CAPITULO VI

### Historias con urgencias

*“tuve un despertar”*

*“no hay manera de volver atrás”*

*Paciente P.*

*“leí las marcas que hicieron en mí historia”*

*Marcus André Viera*

En este capítulo se trabajará la cuestión de la urgencia a partir de dos casos clínicos, extraídos tanto de una presentación de enfermos como de un testimonio de pase. Las claves de lectura de ambos casos, tendrán que ver con poder localizar el momento de quiebre, de discontinuidad en la vida de un sujeto, momento en que aparece la urgencia. Justamente en relación a poder situar cómo es que un tratamiento analítico se propone atravesarlas.

#### Presentación de enfermos: Despertar

Este caso elegido del libro *Trauma y despertar* pertenece a la *Colección del Icdaba*, que, por un lado, recolecta las presentaciones de enfermos realizadas por distintos analistas en instituciones hospitalarias, y por otro lado, las conversaciones que se producen a partir de los casos.

“Clínica y práctica se combinan. Por un lado, la práctica, como un tratamiento de lo real articulado a las redes del lenguaje, que ingresa en la lógica de la cura, y, por otro lado, la clínica, lo que se elucubra de esa práctica en la conversación inmediatamente posterior; sea con quien se encarga del paciente o con otros profesionales del servicio, por poco que estén involucrados en el caso, como los participantes, cuya sola presencia forma parte del dispositivo.” (Laurent, Briole, 2019, 13). Elucubración que continúa en la publicación del libro mencionado y que nos permite dejarnos enseñar por la psicosis y su relación con la urgencia.

La presentación de enfermos fue un dispositivo creado por Lacan, quien mantuvo esta práctica en el hospital psiquiátrico. Esto le permitió poder hablar con aquel paciente que era propuesto por el analista que lo trataba. El aporte de este dispositivo, además del esclarecimiento del caso, tiene una función terapéutica para el paciente. El entrevistador se ubica en posición de psicoanalista, y la persona entrevistada da testimonio, tomando la palabra. Además, aparece la presencia de un público respetuoso, que escucha dicha entrevista. Lo interesante de este dispositivo, tal como lo menciona Laura Valcarse en su libro *Las presentaciones de enfermos de Lacan*, consiste en que “el encuentro con un sujeto en el marco del dispositivo de la presentación crea las condiciones para precisar el modo en que cada uno se las arregla con su goce.” (Valcarse, 2015, 23). Esta experiencia permite que se renueve lo vivo del psicoanálisis y el esfuerzo de transmisión.

Esta autora investiga acerca de cómo si bien en su comienzo este dispositivo tiene su origen en la práctica que pertenece a la medicina, como lo es la psiquiatría destaca que “el relevo que toma Lacan, así como la marca que imprime su sello propio, introduciendo un elemento nodal- el deseo del analista- que afectará la totalidad del dispositivo.” (Valcarse, 2015, 30)

El dispositivo centra entonces la atención en el discurso del paciente, y es tomando este discurso que se parte para ponerlo al trabajo, y hacer una lectura posible.

### *Desencadenamiento*

Para dar comienzo a la entrevista, Diana Campolongo, le pregunta al paciente P por qué está en el hospital, y P sostiene “porque tuve problemas emocionales, problemas con mi trabajo, con mi familia. Estuve divagando mucho tiempo, diferentes etapas de varios procesos. Mi familia me propuso ayudarme si yo hacía un tratamiento y me daban un diagnóstico y acá fui tratado por bipolaridad.” (Briole, Laurent, 2019, 17) Así es como se presenta: con problemas emocionales, laborales y familiares, es decir, aparece un quiebre en estos tres aspectos y el paciente es traído por su familia a una consulta. La urgencia queda así ubicada, al menos en un primer momento, del lado de la familia.

D. Campolongo le pregunta ¿cuáles eran esos problemas?, el paciente localiza ese quiebre en el año 2008, y lo nombra de este modo: “tuve un despertar.” (Briole, Laurent, 2019, 17)

Se parte como dice J. Lacan de no comprender, por lo tanto, habrá que ver qué estatuto tiene esto para el paciente, quien lo describe como “nada menos que hacer consiente la conciencia. Cuando me desperté confronté mucho con las personas, que estaban dormidas, mirando televisión. Lo primero que se vino a la mente es que cuando nosotros hablamos estamos haciendo un desgaste de energía. Desgaste de energía para producir un sonido. Esta cuestión de la voz me vino a la mente de la nada. Era un pibe común y corriente, salía los fines de semana. Y de la nada empecé a tener ideas.” (Briole, Laurent, 2019, 17)

Así es como en la conversación del caso se localiza este acontecimiento ocurrido en el 2008 como un punto de inflexión en la vida del paciente que marca un antes y un después, cuando es el mismo paciente reconoce que antes era un pibe común y corriente, y algo cambio a partir de este “despertar”. Aparece un punto de no retorno, ya no se puede volver atrás, momento en donde se manifiesta la urgencia como ruptura. Se puede ubicar ahí el vacío de significación, así como también el encuentro con la emergencia de un goce fuera de la regulación simbólica. “Tuve un despertar”, aparece como momento de incertidumbre, de indeterminación, que da cuenta de la cadena rota.

Se conversa acerca de este desgaste de energía, que aparece para producir un sonido y cómo esta falta de energía pudo haberse tratado de un repliegue, una retracción libidinal ocurrida en proceso que va desde una posición verborrágica hacia una posición contraria, más propia del otro polo, momento en que la voz, la sonoridad de la voz, parece haber tenido un efecto de aplanamiento subjetivo. Este episodio aparentemente ocurre cuando el paciente está en el norte.

El paciente lo describe de este modo: “hubo un momento donde realmente tuve un quiebre, estaba viviendo en el norte, era de noche, luna llena, y de repente vino a la mente lo de la voz: que hablar era un gasto de energía, y me puse a pensar un montón de cosas. (...) Ahí empiezan los escritos, son inspiraciones, los releo y si les puedo dar un uso les doy un uso, sino no, la

relectura es primordial para poder entender.” (Briole, Laurent, 2019, 18) Aparece acá la escritura como un tratamiento posible, es decir la escritura como respuesta, en un segundo tiempo, a ese primer tiempo del quiebre.

En la conversación ubican cómo el sujeto psicótico experimenta el surgimiento de la dimensión de la escritura con el exceso. “Este saber que está en las palabras, que nos excede, todo este saber de la lengua se actualiza, entonces, la única manera de responder es el escrito.” (Briole, Laurent, 2019, 59)

El paciente P. localiza que en el norte tuvo un “brote de furia con compañeros de trabajo. Un compañero de trabajo era muy jodón y me terminó molestando, tuve un brote de violencia en plena área de trabajo. Ahí dejé de trabajar y me volví a Buenos Aires.” (Briole, Laurent, 2019, 19) Esto da cuenta de ese momento de ruptura en sus relaciones con los otros y con el trabajo, que había mencionado al comienzo de la entrevista. “Vuelvo a Buenos Aires, mi familia no me entendía”, (Briole, Laurent, 2019, 17) sostiene, con lo cual se repite e insiste ese quiebre con lo familiar. Queda desamarrado, suelto del Otro.

### *Perplejidad, desestabilización*

Es interesante ubicar en el caso el momento de perplejidad, que sufre durante la desestabilización, al que el paciente describe “es como un abismo, si no te animas a ponerte sobre la cornisa nunca vas a saber de qué se trata la vida.” Un abismo da cuenta del borde del agujero. Agrega luego: “cuando ocurre no sabes ordenar los pensamientos, te conmueve tanto, te hace temblar los cimientos, no sabes dónde estás parado, sabes algo y no sabes cómo manejarlo. Recién hoy puedo sentarme y hablar abiertamente sin miedo, antes tenía pavor de contarte.” (Briole, Laurent, 2019, 20)

Se puede localizar acá también como otro momento en el cual aparece la urgencia. La perplejidad aparece como correlato subjetivo y da cuenta que se produjo un agujero en lo simbólico, que corresponde a la forclusión del significativo Nombre del Padre, un goce que arrasa la dimensión del sentido y que anula el campo de la realidad, y como se produce un desastre creciente en lo imaginario, cuando el paciente describe que tiemblan los cimientos.

En el año 2009 P es internado a partir de que sufre una excitación psicomotriz, este episodio ocurre en la vía pública, allí revolea un trabavolante en la Casa Rosada. Previo a este episodio él ubica que tenía mucha bronca. Lo explica de este modo: “Néstor se candidateó para ser diputado por la provincia de Buenos Aires, pero no tenía el tiempo requerido de residencia en la provincia, me indignó tanto porque él hablaba de los derechos humanos, de la transparencia y viola la constitución nacional. Estaba muy irritado, mi idea era chocar con el auto. Cuando llegué ahí vi que la reja era tan grande que si yo chocaba con el auto me iba a lastimar, entonces dije: tengo que revolear algo, fue un brote. Apenas de revolear el trabavolante sentí una paz, una tranquilidad, un desahogo.” (Briole, Laurent, 2019, 19)

Se conversa acerca de este pasaje al acto, como una salida para resolver el estado de angustia, sufrimiento y desesperación que padece, debido a que él dice que antes de esto no era escuchado, no lo dejaban hablar. Después de esto viene un estado de tranquilidad que da cuenta del alivio de la tensión de goce que lo embargaba.

### *Huellas de “otros despertares”*

A lo largo de la entrevista se va reconstruyendo parte de su historia, de sus antecedentes, previo al 2008. ¿Podemos pensar estas huellas, como la prepsicosis, momentos donde el agujero se hace sentir como tal? Así se localizan algunos hechos relevantes:

-En el año 1992 cambia de lengua debido a que se muda de país, y deja de hablar en inglés para hablar en español. “Cuando era chico viví en Estados Unidos hasta el 89, tenía 11 años, de ahí a Inglaterra hasta el 92, 14 años, que vinimos a la Argentina.” Uno de los impactos que tuvo esto fue “hasta el momento yo seguía pensando en inglés. Fue acá, en Argentina, que empecé a pensar en español.” (Briole, Laurent, 2019, 22)

En la conversación del caso se ubica que, si bien la imposición de la *lalengua* se produce a los 30 años, momento en el que, al sufrir la invasión del despertar, se precipita la descomposición del lenguaje, se puede inferir que su

*lalengua* fue el producto aluvional de las palabras proferidas por sus padres en castellano, lengua que antes él entendía, pero no hablaba.

-2003, se ubica allí su comienzo con la pintura. Se abre la hipótesis de que allí pudo estar la irrupción de algo también. La pintura, y la escritura luego aparecen como intentos de invención por la vía sublimatoria.

-Antes del 2008, o lo que el describe como “justo en el proceso” “tenía una frustración muy grande en lo profesional. Trabajé seis años en un *call center*, me arruinó mucho la salud. Atendiendo el teléfono seis horas al día. Tuve un brote psicótico y pensaba que hablaban de mí y pasaban ceca de mi con intención.” (Briole, Laurent, 2019, 17) Es decir, que aparecen ideas autoreferenciales, según las cuales pensaba que hablaban de él y les atribuía a las personas que trabajaban allí una aproximación intencional.

Luego se había localizado en el 2008 “el despertar” y en el 2009 es cuando ocurre el episodio de violencia, la excitación psicomotriz a partir de la cual un policía interviene. Es decir, el desencadenamiento primero y luego la desestabilización que lo lleva a la internación. La institución se presenta como un Otro que lo aloja y recibe. Es escuchado, primero por el policía que lee la urgencia- interviene cuando ve que se encuentra alterado el orden público- y luego por los profesionales que lo evalúan y lo dejan internado, que posibilitan entonces la entrada a un tratamiento.

#### *Un diagnóstico que opera como nominación*

La entrevistadora le pregunta si el episodio ocurrido en la vía pública es lo que lo llevó a la internación, y él dice que sí. “Quería que me escucharan, que me dieran un diagnóstico, algo que me permitiera entender. Estoy en tratamiento por bipolaridad y ese diagnóstico me ayudó mucho, pude ir a leer sobre bipolaridad y entender un poco más.” (Briole, Laurent, 2019, 20) Más tarde, en relación a esto, agrega: “tener este diagnóstico me permitió ubicar más la conducta, ver realmente lo que me pasa o no, me permitió entender.” (Briole, Laurent, 2019, 20) “Acá pude hablar y decir abiertamente qué era lo que me estaba pasando, qué era lo que pensaba, lo que sentía. Uno puede vivir

encerrado en sí mismo, siempre hay un punto débil, yo lo que buscaba era ver qué era lo que me estaba pasando, y ahí salió el diagnóstico de bipolaridad.” (Briole, Laurent, 2019, 20)

La nominación aparece como un modo de dar nombre a la experiencia enigmática que lo embargaba. Se infiere en la conversación que el paciente pudo actuar como modo de poner un límite a la infinitización maníaca de ese período en que refiere estar verborrágico.

También el paciente sitúa: “está todo conectado. Cuando empecé a tomar medicación, a tener un diagnóstico, lo más importante, empecé a tener una lectura un poco más fluida de lo que pasó”. (Briole, Laurent, 2019, 19) Entonces frente al vacío de significación tener una lectura le permite a él mismo que se produzca una salida de la urgencia.

#### Testimonio de Pase: Débora Ravinovich

Débora Ravinovich fue nominada AE en el período 2014- 2017 por la Escuela de Orientación Lacaniana y la AMP. En el Primer Testimonio titulado *El laberinto de mi deseo de saber*, publicado en la *Revista Lacaniana de Psicoanálisis Nro. 18* relata, en el recorrido de su propio análisis, algunas cuestiones que sirven para situar las urgencias que allí se presentan.

#### *Trauma*

En su texto D. Ravinovich sostiene: “Localización del trauma: Había vivido una escena con mi marido en la que yo me saqué. Hablando de eso mi analista me hizo dos preguntas: ¿Qué edad tenían mis hijos en ese momento? ¿Qué edad tenía yo cuando recibí el llamado telefónico? ¡Mi sorpresa al escuchar esa pregunta fue total! No recordaba en lo más mínimo haber evocado con él aquel llamado que atendí en mi infancia. No podía creer que él pudiese intervenir sobre algo dicho hace mucho tiempo. ¡Registraba lo que yo le decía! Aquella escena entonces ¡debía ser central! Al evocarla mi analista, situando así el trauma, provocó una relectura de mi caso.” (Ravinovich, 2015, 94)

El trauma aparece como acontecimiento disruptivo, del lado de la *tyche*, pero si bien ese llamado telefónico suena desde el exterior, se torna traumático para el sujeto en tanto aparece como un exceso difícil de tramitar. Se puede situar entonces que la angustia se despierta con ese llamado que ella atiende en su infancia.

A partir de este relato también se puede localizar como el trauma revela su temporalidad en dos tiempos. Por un lado, aparece el momento actual, la escena con el marido “en la que yo me saqué” tal como lo dice ella y, por otro lado, el analista a través de su pregunta abre el arco temporal hacia un tiempo pasado, “escena central” en su infancia, donde ella atiende un llamado telefónico que tiene que ver con la conflictiva en la pareja parental.

Esa pregunta, ahí donde el analista subraya la Otra escena, produce en ella “una relectura de mi caso”, tal como D. Ravinovich lo sostiene es ella quien puede leer, disponer de una operación de lectura a diferencia de lo que quedó salteado, desleído, cuando “se saca” con el marido.

Se ubica en este sentido un S1 suelto, desamarrado “me saque”, y luego un S2 que arma sentido, a partir de que se reconstruye en su análisis la escena de su infancia. La intervención del analista entonces apunta a ligar sentido, a armar una trama, cuando emerge la angustia, y justamente el sujeto angustiado está tomado por la lógica de lo real, que es la lógica de la dispersión. El analista introduce entonces la lógica de lo simbólico, de la ligazón, posibilitada por la capacidad de articulación y encadenamiento significativo.

La escena de su infancia ocurre cuando ella a los 5 años recibe un llamado telefónico de la novia del padre. A partir de esto ella se entera de que el padre estaba con otra mujer, al mismo tiempo que la pregunta de su madre, acerca de quién había llamado, la lleva a contestar inmediatamente “no sé”, quedando luego fijada a ese no sé cómo síntoma. Ella nos dice: “aquel llamado traumático no me quitó las ganas de estar en pareja. Muy por el contrario. Me empujó a estar, a suponer que ésa era la única manera de vivir y a confirmar, cada vez, que, para mí, no sería posible.” (Ravinovich, 2015, 94).

Es interesante cómo es a partir de una pregunta hecha por el analista que queda localizado el trauma al ser escuchado por ella, pregunta que resuena y le

permite luego hacer su propia lectura. Entonces se produce un movimiento, una torsión: del “sacarse con el marido”, momento en el que no hay palabras, donde se escucha el enojo y la angustia, algo se puede releer, leer de otro modo, en el recorrido analítico, tal como lo relata ella luego su testimonio.

### *Lo imposible de soportar*

D. Ravinovich afirma en otro momento: “muchas veces más en mi vida tuve momentos de angustia insoportable” (Ravinovich, 2015, página) De este otro modo da testimonio de que la angustia aparece como experiencia cierta, y cómo ésta es un afecto que no engaña, y se manifiesta a lo largo del análisis. Un análisis entonces no es sin urgencias.

### *Desamparo*

Con otro título que llama “Mi estrago, mi demanda”, D. Ravinovich cuenta “ya que padecí y mucho, la relación que mi marido tenía con las mujeres. Si bien después de un tiempo pude ver qué parte ocupaba yo en ese desorden en el que estaba metida, en el momento solo lo padecía y mucho. La situación con mi marido iba de mal en peor. Mi sensación: desamparada.” (Ravinovich, 2015, 92) Esto da cuenta de la cuestión de la urgencia y el desamparo.

Se puede volver sobre la escena traumática, y lo que se repite de la conflictiva parental en la actualidad con su propia de pareja, cuando un hombre parece desear a otras mujeres- escena que actualiza este estar enterada de que su padre deseaba a otra mujer, que no era su madre. El enigma se hace presente: “¿*Che Voi?* ¿Qué lugar ocupó yo en el deseo del Otro?” ahí donde se es objeto.

La frase que sostiene de “poder ver qué parte ocupaba yo en ese desorden en el que estaba metida”, ya se ubica en un tiempo de comprender, de poder leer en esa escena su implicación, a diferencia de la pura sensación de desamparo que narraba antes, cuando aparece el sujeto desamarrado, en una deriva de sentido que se vuelve a encauzar luego, pudiendo aparecer como sujeto. Para eso fue necesario ese otro tiempo tal como ella lo ubica, tiempo

que se abre en su análisis. Esto será trabajado en el apartado titulado El tiempo lógico.

### *Un llamado al Otro*

D. Ravinovich refiere también que, en determinado momento de su vida, cuando va a París con un proyecto de estudiar y continuar su análisis, llama a un analista para solicitar una entrevista. “Pero, me decía, era la última carta que me quedaba, y solo alguien con los poderes del genio de Aladino podrá sacarme de mi angustia.” (Ravinovich, página) Es interesante como en este punto, ella dirige su carta a un destinatario, llama a un Otro revelando cómo se juega esto a nivel de la transferencia, cuando le atribuye al analista el poder- sujeto supuesto saber- de sacarle su angustia.

Se tratará más bien de atravesarla, de arreglárselas con la angustia. Esto ocurre, y se puede verificar luego, cuando testimonia que su análisis tiene un final, una conclusión.

### *El tiempo lógico*

Para finalizar aparecen unas citas del texto de D. Ravinovich, en otro de sus testimonios titulado *Mi mentira, mi ficción*, publicado en la *Revista Lacaniana de Psicoanálisis Nro. 23*, en las que ella relata su relación al tiempo que se desplegó en su análisis.

Ella cuenta: “el instante de ver lo sitúo en el seis que obtuve en aquel examen y que desencadenó mi primera consulta. Con la convicción angustiosa que lo acompañó. No sé, y no podré saber. El tiempo de comprender fue largo. Más de treinta años desde aquella primera demanda, hasta el día que llamé al secretario del pase. (...) El momento de concluir. No lo vi llegar hasta que no estuvo ahí. Lo supe asociando a partir de un sueño antes de ver al analista.” (Ravinovich, 2017, 84 y 87)

De esta particular manera de relatarlo, D. Ravinovich trasmite cómo el tiempo atravesó su recorrido analítico, y le permitió resolver su urgencia, que

despertó en ese instante de ver, con angustia. Ese seis, ese no sé, la empujó a su primera consulta.

Luego del intervalo que llama el tiempo de comprender, aparece el momento de concluir. Describe a ese transcurrir diciendo “fue un tiempo larguísimamente corto; o un tiempo cortísimamente largo.”

D. Ravinovich aclara que “fue largo, porque visto desde lo que queda como el hueso de lo que allí sucedió, es irrisorio tantos años para tan poco. Tantos años y quedan tan pocos significantes para rescatar”, es decir, que da cuenta de este modo del trabajo de reducción que se produjo en su análisis. La otra perspectiva que sitúa, “el tiempo cortísimo. Cortísimo porque no quería que termine.” Así lo vivió ella, más allá del tiempo cronológico de esos treinta años de análisis, el tiempo toma finalmente la forma de la prisa por concluir- luego de un sueño- en su propia certidumbre subjetiva.

## CAPITULO VII

### Concluir sin certezas

*“cada uno de los sujetos,  
si ha vuelto a aprehender la certidumbre subjetiva del momento de concluir,  
puede nuevamente ponerla en duda.”*

*Jacques Lacan*

¿Qué despierta en la urgencia? ¿a quién despierta?, son dos preguntas que han ido localizando a través del recorrido de este trabajo el despertar a lo real que se presenta como insoportable, que irrumpe por fuera del sentido, que agujerea el campo de lo simbólico, allí donde no hay tiempo, ni sujeto, no hay intervalo ni representatividad, donde se produce un rebasamiento de la palabra.

¿Qué hacer frente a ese despertar, frente a eso que atormenta? ¿cómo interviene el analista allí?, ¿qué hace par en la urgencia? Si Lacan nos orienta por la vía de la escritura, como modo de salir del enredo propio de la urgencia, es posible sostener que antes de escribir se es lector. Lo que se lee, leer el significante separado del significado, la enunciación, localizar los significantes amos que comandan y trasportan un goce en juego allí orientan una primera dirección.

Si en la urgencia no hay tiempo, el analista introduce entonces una operación de lectura, allí donde el instante de ver deja al descubierto el despertar, un más allá del principio del placer que quiebra la homeostasis propia del aparato psíquico. Entendiendo que no hay tiempo en tanto no hay sucesión significativa, debido a que la cadena significativa está rota.

A partir de este recorrido, se puede considerar que ser un lector implica el espacio mismo en el que se inscriben algunas citas significativas del texto del paciente. Un lector es un hombre sin historia, sin biografía, sin psicología, tal como Freud mismo localizaba la neutralidad analítica necesaria para la escucha. En la clínica del arte de leer, no se tratará de la vista sino de la escucha, de leer en lo que se oye. El analista será como aquel lector insomne, aquel que no se deja adormecer por el texto del paciente que hilvana sentido a través de la

asociación libre. Se tratará siempre de releer, de leer de otro modo. Se tratará entonces de la función-lector, que se ejerce cada vez, incluso cuando el analizante pueda disponer él mismo de una operación de lectura.

Si el analista lee, si leer es subrayar con un lápiz en mano, entonces en un comienzo se invitará al paciente al despliegue discursivo, a la amplificación significativa, para orientarse por el texto del paciente, por su discurso, por su particular modo de decir, para subrayar el S1 que comanda, allí donde la cadena significativa está desamarrada, donde emerge el sinsentido.

Se tratará en la urgencia, en ese estado de urgencia en particular, de leer en grado cero, recoger indicios y construir sentido, frente al vacío de sentido y la perplejidad. Pero leer implicará también sostener el enigma, armar un mapa provisorio frente a lo desentramado, para que el discurso se pueda seguir desplegando y la trama comience a aparecer. La lectura aparece como función, función que implica finalmente una reducción del sentido hacia un S1 que finalmente no puede ser cifrado, que no significa nada.

Por eso el analista-lector ya se ofrece allí como un par, como un dos, un par que lee en lo que se oye, que escucha el relato, el dicho, la particular manera de enunciarlo en aquella intimidad entre el lector y el autor que enuncia el texto, extimidad propia del dispositivo analítico, que apuesta a que el sujeto pueda emerger allí, para que la urgencia pueda subjetivarse, advenir como propia, a partir del deseo despierto del analista que comanda esa apuesta, que recibe y aloja la urgencia.

Habrà todo el tiempo, en tanto haya un espacio y una presencia, un deseo y una operación de lectura que posibilite la apertura del tiempo de comprender, que no se trata por cierto de comprender por la vía del sentido. Un sentido que se arma, frente a lo desamarrado, pero destinado a perderse, allí donde se apunta al sentido libidinal. Donde se interviene luego, una vez atravesada la urgencia, desde el equívoco, la resonancia, entre el enigma y la cita, desde el corte, con el silencio, apuntando a tocar al cuerpo, a conmover el goce fijado para que algo deslice de otro modo, menos mortífero. De la amplificación significativa a la reducción, para localizar allí significativo y goce.

Si entre el grito y lo mudo, la urgencia revela un estado de indefensión, de desamparo, se tratará entonces de que el analista pueda producir un pasaje que permita un llamado al Otro. ¿Cómo propiciar que ese grito que se hace oír desde afuera, resuene en el interior de otro modo?, para aquel que se acerca a la consulta, o que se analiza. ¿Cómo pasar de ese instante de desgarramiento del grito al lenguaje, al despliegue discursivo? En otras ocasiones, lo mudo de la pulsión, el silencio pulsional da cuenta de lo que se satisface en ese recorrido; pasando a veces a la acción algo se precipita con prisa en desmedro del decir, algo queda desleído, en una conclusión apresurada, en una penumbra donde no hay sujeto, ahí donde aparece el “yo no pienso” que revela la voz áfona, sin sonido.

Si el discurso adormece, es decir, allí donde desde el campo psicoanalítico se sostiene que el hecho primario de todo discurso es adormecedor, la urgencia más bien presentifica el quiebre en la cadena significativa, momento de ruptura, irrupción de un real que discontinúa la vida de un sujeto marcando un antes y un después. El discurso, por lo tanto, habrá que desplegarlo a partir de la invitación del analista a poner a decir sobre ese quiebre. Se tratará en ese primer momento de enlazar, posibilitado esto por la lógica de lo simbólico que tiene la capacidad de la articulación y encadenamiento significativo.

Se puede sostener a partir del recorrido de esta tesis que la urgencia es entonces aquello que despierta, encuentro del lado de la *tyche*, con el trauma como acontecimiento, con aquel elemento inasimilable para el aparato psíquico. La urgencia se presenta en la perplejidad del lado de la psicosis – que revela la cadena rota-, y la angustia en la neurosis- donde aparece que no hay red significativa- y aparece la vacilación fantasmática. Ambos fenómenos dan cuenta del vacío de significación.

Estamos advertidos, en el campo psicoanalítico, de que ese término de despertar es uno de los nombres de lo real en tanto que imposible, debido a que lo real no puede ser apresado por el significativo, es decir, que se despierta un instante, acaso como un golpe. Instante donde algo puja hacia la consulta debido a que no hay un saber hacer allí con el síntoma.

Consideramos también que, si se trata de los sueños repetidos, traumáticos, sueños de angustia, es cuando algo amenaza con pasar a lo real que se produce el despertar frente a eso que perturba. Ahí donde el sueño como guardián del dormir revela su falla y el deseo de dormir no se produce e irrumpe la pesadilla en aquella oscuridad que muestra el más allá, el encuentro de lo real. Aunque el analista esté advertido que se trabaja con el texto del sueño, para poder leer ahí su clave; se encuentra también un límite a la interpretación en el ombligo del sueño, que señala lo indecible, lo no reconocido, punto insondable del sueño que no se deja desenredar.

Por otro lado, si dormir implica no ser molestado, ahí donde el cuerpo se encuentra ovillado, se apuntará entonces cuando el analizante está adormecido a que el analista más bien traumatizará el discurso común para conmover los sentidos fijados. Allí es donde un análisis permite experimentar la satisfacción de un significante que despierta y vivifica cuando queda desenganchado de su significado habitual, apuntando a un discurso que no haga dormir para hacer algo con lo real. Aunque lo real no cesa de no escribirse dando cuenta de la inexistencia de la relación sexual. ¿Acaso la ética del psicoanálisis no se rige por ser una experiencia que conduce al analizante a encontrar una manera más despierta de hacer frente a la contingencia de la vida, frente a ello que atormenta?

La urgencia entonces podrá aparecer tanto al inicio, a lo largo de un tratamiento o al final- tal como se verificó en el caso de la presentación de enfermos de un paciente psicótico, así como dio testimonio de ello Débora Ravinovich en su Pase- tornándose entonces como una oportunidad, en tanto haya un analista dispuesto a recibirla, dispuesto a hospedarla, a ofrecerse como otro que apuesta a introducir una pausa que posibilita abrir una operación de lectura en oposición a la prisa, al sin tiempo al que arroja la urgencia.

Muchas veces, en cambio, la urgencia despierta al analista y esto lo lleva a ponerla al trabajo, y esto se torna indispensable; se ponen a disposición de él distintos dispositivos que le permitan tratarla, sea el análisis personal, o como practicante del psicoanálisis: el control, el cartel, la escritura del caso clínico. Dispositivos que arman para el analista, allí donde este puede hacer una lectura de sus propias urgencias o de las urgencias que se suceden en los

tratamientos que dirige. El dispositivo de Presentación de enfermos da testimonio de lo que la psicosis enseña, así como el Cartel del Pase, del recorrido de un análisis y el atravesamiento de las urgencias que allí acontecieron.

Para finalizar, se puede sostener entonces que cuando la urgencia irrumpe se tratará de que el analista ofrezca su escucha, invite al paciente al despliegue discursivo, apostando a la emergencia subjetiva; que pueda desplegarse en la cadena significativa un “entre” el S1 y el S2, un hueco, una hiancia, un vacío. Entre lo que se lee y lo que se deslee en la urgencia, entre la lectura y la interpretación, entre el grito y lo mudo, entre el sueño y la pesadilla... entre el despertar propio del analista, que lo empuja a supervisar, a escribir, a analizarse, a armar un cartel como pequeño grupo de trabajo, para, tal vez, encontrarse de vuelta de sus propias urgencias, o en todo caso dándole alguna vuelta -a partir de esas vueltas dichas con otro- para que se produzca algo distinto, una variación, una diferencia, una salida del enredo, acompañado entonces con aquello que hace par para él. Si ese “entre” se produce, entonces emerge el sujeto y aparece la salida de la urgencia, su subjetivación.

Partiendo de lo que la urgencia en la clínica enseña y de la formalización a partir del trabajo de esta tesis, es que se puede sostener entonces que estar a la altura de los casos de urgencia es intentar que ésta se vuelva legible para aquel que ha quedado enredado en ella.

¿Qué despierta en la urgencia? ¿a quién despierta? serán preguntas que podrán orientar al analista- lector al momento de escuchar el sufrimiento humano.

Si la urgencia invita a la escritura y a la investigación, entonces se abrirá el interrogante, vez por vez. Para concluir sin certezas.

## Bitácoras

Siempre habrá un ahogado  
un suicida  
con una sogá en una guardia  
un preso en una cárcel  
romperá las rejas y escribirá  
escuchará o leerá un poema  
para salvar la última dosis de libertad  
el último pellejo

su amenazada humanidad

Un escrito, un grito, una historia,  
en la Urgencia  
al pie de página, camas, camillas, camelias  
un hospital, *hospes*, un hospedaje,  
*block* en la pulseada

un empuje, una oleada, lágrimas de río,  
hojas secas esparcidas

Historias que crecen, se inventan  
se *desleen*  
en la urgencia,  
en la prisa, mutan, mudan  
enmudecen

mudan, acuerdos, desacuerdos

en la cuerda, flojos,

aflojan

otros hay que dejan el cuerpo

en la batalla y el olvido

Escritos para calar un grito

mutan mutantes

mutamos

notas al pie

*Épicos asuntos.*

*Silvia Manzini*

*"Hospital de Tigre. Bitácoras"*

*En recuerdo a su paso por el hospital.*

## Agradecimientos

A Luis...  
a mis hijas Clara y Pilar

A mis padres, que han poblado de libros la casa de mi infancia...  
A mis hermanas, allí presentes

Al Hospital Público, "hospital de tigre",  
que, en su entrecruzamiento entre la Salud Mental y la guardia,  
tanto me va enseñando...  
a José Berardozzi, por acompañarme en los inicios

A la Universidad de Buenos Aires,  
que especialmente a través de Inés Sotelo y "Clínica de la Urgencia"  
me permitió enlazar la clínica con la transmisión del psicoanálisis...  
motorizando el deseo hacia el trabajo colectivo y la investigación  
a mis compañeros de cátedra, de tantos años,  
a los alumnos, que, con sus interrogantes, no nos dejan adormecernos

A la 7ma, de la UNSAM... y al pequeño grupo de viaje,  
que han sido mis interlocutores en este recorrido  
en especial a Valeria Mazzia por su atenta lectura

Al Colegio de Psicólogos, Distrito XV,  
y su "Comisión de Urgencias"  
por invitarme a conversar con otros lo que de la urgencia nos despierta...  
a Ricardo Mauro, Lisandro Isassa y Lucila López, por sus palabras de aliento

## BIBLIOGRAFIA

- **AAVV.** M. Bialer, B. Bianco, D. Cremniter, A. Dreyzir, M. Ivanier, M. Kuperman, E. Laurent, F. Legil, J. Lichensztajn, C. Lichentzain, G. Ufschitz, L. Michanie, R. Nacht, R. Nepiomachi, C. Palmieri, N. Rozenberg, R. Seldes, D. Wolodarski, A. Yacoi. La urgencia. El psicoanalista en la práctica hospitalaria. Ed. Vergara. Buenos Aires, 1989.
- **Autores Varios. Ravinovich, Débora.** Revista Lacaniana de Psicoanálisis Nro. 18. El Pase. Primer testimonio. Publicación de la Escuela de Orientación Lacaniana. Grama ediciones. Año X. Junio, 2015.
- **Autores Varios. Ravinovich, Débora.** Revista Lacaniana de Psicoanálisis Nro. 23. El Pase. Testimonio presentado en la EBP Rio de Janeiro en marzo del 2017. Grama ediciones. Año XI. Octubre, 2017.
- **Autores Varios. Torres, Mónica.** Gritos y susurros. Revista Lacaniana de Psicoanálisis Nro. 23. Año XI. Octubre, 2017.
- **Autores Varios.** El orden simbólico en el siglo XXI no es más lo que era. ¿Qué consecuencias para la cura? Volumen del VIII Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. El Pase. Actualidad del pase III. Flashes sobre el deseo del analista. AMP/WAP Grama ediciones. Buenos Aires, 2012.
- **Autores Varios.** Alejandra Eidelberg. Revista el Caldero Nro. 47. EOL, noviembre 1996.
- **Aramburu, J.** El deseo del analista. "Enseñanzas y control." Tres Haches. Buenos Aires, 2000.
- **Barthes, Roland.** El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2013.
- **Belaga, Guillermo (compilador).** La urgencia generalizada, la práctica en el hospital. Grama ediciones. Ciudad autónoma de Buenos Aires, 2006.
- **Belaga, Guillermo (compilador).** La urgencia generalizada 2. Ciencia, política y clínica del trauma. Grama ediciones. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2005.

- **Belaga**, Guillermo (compilador). La práctica del psicoanálisis en el hospital. Guillermo Belaga, M. Rosa Catoi, Valeria Cavallieri, Marta Coronel. Ramiro Gómez Quarello, M. Inés Iammatteo, Lucas Leserre, M. Delfina Quintana, Luciana Nieto, M. Belén Quiroga, Adriana Rógora, Alejandra Rossi, Inés Sotelo, Virginia Walker. Grama ediciones. Olivos, 2015.
- **Borges**, Jorge Luis. Poema. ([www.psiconet.com/carmargo/nota3.html](http://www.psiconet.com/carmargo/nota3.html))
- **Dafinchino** Soria, Nieves. Inhibición, síntoma, angustia. Hacia una clínica nodal de las neurosis. Serie del Bucle/6. Buenos Aires, 2010.
- **Dafinchino** Soria, Nieves. Confines de las psicosis. Teoría y práctica. Serie del Bucle/5. Buenos Aires 2008.
- **Delgado**, Osvaldo. La aptitud del psicoanalista. Grama ediciones. Olivos, 2018.
- **Duras**, Margarite. Escribir. Tusquets Editores. México, 1994.
- **Freud**, Sigmund. La interpretación de los sueños. (1900). Volumen 3. Obras Completas. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2013.
- **Freud**, Sigmund. Recordar, repetir, reelaborar. (1914). Volumen 12. Obras Completas. Siglo Veintiuno Editores. Buenos Aires, 2013.
- **Freud**, Sigmund. Construcciones en psicoanálisis. (1937) Volumen 24. Obras Completas. Siglo Veintiuno Editores. Buenos Aires, 2013.
- **Freud**, Sigmund. Conferencia 18 (1917). Volumen 17. Obras Completas. Siglo Veintiuno Editores. Buenos Aires, 2013.
- **Freud**, Sigmund. Lo siniestro (1919). Volumen 18. Obras Completas. Siglo Veintiuno Editores. Buenos Aires, 2013.
- **Foucault**, Michel. ¿Qué es un autor? El cuenco de plata. Ediciones literales. Buenos Aires, 2010.
- **García**, German. Actualidad del trauma. Grama ediciones. Martínez, 2005.
- **Gorostiza**, Leonardo. Lógicas colectivas. La invención colectiva. [www.cuatromasunoeol.com](http://www.cuatromasunoeol.com) Bibliografía sobre el Cartel.
- **Jullien**, Francois. Lo íntimo. Lejos del ruidoso amor. Traducción de Silvio Mattoni. El cuenco de plata. Teoría y ensayo. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2016.

- **Klunge**, Alexander. El contexto de un jardín. Discursos sobre las artes, la esfera pública y la tarea de autor. Caja Negra Editora, 2014. (página 27)
- **Koretzky**, Carolina. Sueños y despertares, una elucidación psicoanalítica. Grama ediciones. CABA, 2019.
- **Lacan**, Jacques. Seminario 2. El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2018.
- **Lacan**, Jacques. Seminario 3. Las psicosis. Editorial Paidós. Argentina, 1990.
- **Lacan**, Jacques. Escritos 1. El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. Siglo XXI Editores. Buenos Aires, 2002.
- **Lacan**, Jacques. Escritos 2. De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. La dirección de la cura y los principios de su poder. Siglo XXI Editores. Buenos Aires, 2013.
- **Lacan**, Jacques. Otros Escritos. Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista en la escuela. El atolondradicho. Prefacio a la Edición Inglesa del Seminario 11. Discurso en la Escuela Freudiana de París. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2016.
- **Lacan**, Jacques. Seminario 10. La angustia. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2007.
- **Lacan**, Jacques. Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2003.
- **Lacan**, Jacques. Seminario 19. ... o peor. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2012.
- **Lacan**, Jacques. Seminario 20. Aún. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2008.
- **Lacan**, Jacques. Seminario 16. De un Otro al otro. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2013.
- **Lacan**, Jacques. Seminario 24. L'Insu que sait de l'une-bevue s'aile a mourre. Versión Íntegra. Seminario inédito.
- **Lacan**, Jacques. Seminario 22. R.S.I. Versión Crítica. Edición completa. 1989. Seminario inédito.

- **Lacan, J.** El Señor A. [www.cuatromasunoel.com](http://www.cuatromasunoel.com) Bibliografía sobre el Cartel.
- **Laurent, Eric.** ¿Cómo se enseña la clínica? Cuadernos del Instituto Clínico de Buenos Aires. 13. Buenos Aires, 2007.
- **Laurent, E.** El caso, de la construcción a la mentira. Cuadernos de Psicoanálisis 26. Bilbao, Eolia. Junio 2002.
- **Laurent E., Briole, G.** Trauma y despertar. Con la participación de S. Baudini, G. Belaga, G. Brodsky, D. Campolongo, J. Chamorro, G. Esperanza, M. Grela, M. Manzotti, M. Marotta, R. Mazzuca, D. Millas, B. Schlieper, L. Valcarce, L. Varela. Instituto Clínico de Buenos Aires. Colección Diálogos 3. Buenos Aires, 2019.
- **Lemoine-Luccioni, Eugenie.** El grito. El sueño del cosmonauta. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1980.
- **Mandil, Ram.** Psicoanálisis en tiempo real. Urgencias, inercias, precipitaciones. Seminario internacional del CIEC. Colección Grulla. Córdoba, 2019.
- **Manzini, Silvia.** Hospital de Tigre, bitácoras. Editorial Eloisa Cartonera.
- **Millas, Daniel.** El psicoanálisis pensado desde la psicosis. Cuadernos del Instituto Clínico de Buenos Aires. 16. Grama ediciones. Olivos, 2015.
- **Millas, Daniel.** El espíritu del cartel en la gestión. [www.cuatromasunoel.com](http://www.cuatromasunoel.com) Bibliografía sobre el Cartel.
- **Miller, Jacques Alain.** El cartel en el mundo. [www.cuatromasuno.com](http://www.cuatromasuno.com)
- **Miller, Jacques-Alain.** El ultimísimo Lacan. Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2014.
- **Miller, Jacques-Alain.** Matemas 1. Los ensayos. Manantial. Buenos Aires, 1986.
- **Miller, Jacques-Alain.** El hueso de un análisis. Editorial Tres Haches. Buenos Aires, 1998.
- **Miller, Jacques-Alain.** Extimidad. Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2017.
- **Miller, Jacques-Alain.** Entonces: "Sssh..." Minilibros Eolia Barcelona. Uno por Uno, Revista Mundial de Psicoanálisis. Buenos Aires, 1996.

- **Miller**, Jacques-Alain. La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica. Los cursos psicoanalíticos de Jacques- Alain Miller. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2006.
- **Miller**, Jacques-Alain. Un esfuerzo de poesía. Los cursos psicoanalíticos de Jaques- Alain Miller. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2016.
- **Montes** Graciela. Buscar indicios, construir sentido. Babel. 2017.
- **Muñoz**, Pablo. La invención lacaniana del pasaje al acto. De la psiquiatría al psicoanálisis. Estudios de Psicoanálisis Manantial. Buenos Aires, 2009.
- **Piglia**, Ricardo. El último lector. Editorial De bolsillo. Buenos Aires, 2014.
- **Ravinovich**, Diana S. Una clínica de la pulsión: las impulsiones. Manantial presencias. Buenos Aires, 2003.
- **Seldes**, Ricardo. La urgencia dicha. Colección Diva. Ciudad autónoma de Buenos Aires, 2019.
- **Scilicet**. Asociación Mundial de Psicoanálisis. El sueño. Su interpretación y su uso en la cura lacaniana. Grama ediciones. Escuela de la Orientación Lacaniana, Buenos Aires, 2020.
- **Sotelo**, Inés. DATUS. Dispositivo analítico para tratamiento de urgencias subjetivas. Grama ediciones. Olivos, 2015.
- **Sotelo**, Inés. (compiladora) Perspectivas de la clínica de la urgencia. Grama ediciones. Martínez, 2009.
- **Sotelo**, Inés. Clínica de la Urgencia. JCE Ediciones. Buenos Aires, 2007.
- **Sotelo**, Inés. Tiempos de urgencia. Estrategias del sujeto, estrategias del analista. JCV Ediciones. Buenos Aires, 2005.
- **Sotelo**, Inés. Psicopatología () Psicoanálisis. Una apuesta a la singularidad. JCE Ediciones. Buenos Aires, 2010.
- **Schejman**, Fabián. Sinthome: ensayos de clínica psicoanalítica nodal. Grama ediciones. Olivos, 2013.
- **Valcarse**, Laura. Las presentaciones de enfermos en Lacan. Olivos, 2015. Grama ediciones.
- **Vieira**, Marcus André. La escritura del silencio (voz y letra en un análisis). Editorial Tres Haches. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2018.

- **Tarrab**, Mauricio. En el cartel se puede obtener un camello. [www.cuatromasunoeol.com/ Bibliografía sobre el Cartel](http://www.cuatromasunoeol.com/Bibliografía%20sobre%20el%20Cartel).
- **Tarrab**, Mauricio. Entre relámpago y escritura. Testimonio de pase y otros textos. Grama ediciones. Olivos, 2017.
- **Tute**. Diario de un hijo. Editorial Sudamericana. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2019.

